



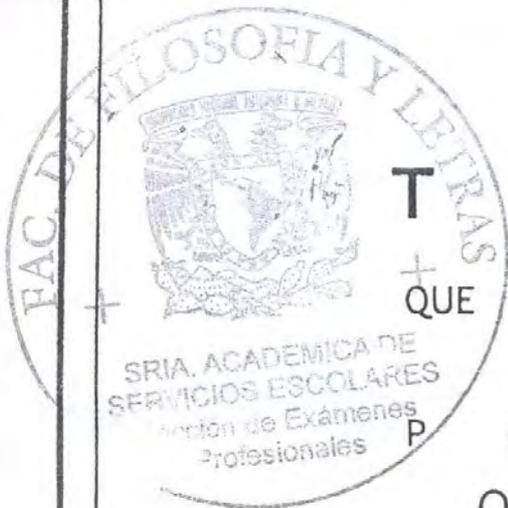
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COORDINACION DE HISTORIA

EDICIÓN DE UNA FUENTE MEDIEVAL. LAS MEMORIAS DE PHILIPPE DE COMMYNES



T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN HISTORIA

R E S E N T A:

OMAR OLIVARES SANDOVAL



ASESORA: CLARA INÉS RÁMIREZ GONZÁLEZ

CIUDAD UNIVERSITARIA, MÉXICO, D.F., 2009



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Esta tesis está dedicada en primer lugar a mi padre *qui, finalement, s'est endormi au sommeil de la terre* y a mi madre, por su fuerza y amor. A mi hermana Gisèle por su noble amistad. A Clara, mi directora de tesis, por su apoyo, su confianza en mí y su amistad. A mis sinodales, Antonio Rubial, Ambrosio Velasco, Martín Ríos y Daniela Pastor porque, a pesar de estar ocupados, me leyeron en tan poco tiempo, haciendo observaciones muy certeras. A Armando Pavón y Luis Enrique, quienes me ayudaron más de una vez. A Esteban y Adriana, por su inteligencia y su gran amistad (¡y por haberme prestado las *Memorias!*). A todos los King's (la buena onda). A Paulina, por su cariño y gustosa compañía. A mis maestros Renato González Mello, Fernando Betancourt y Alfredo López Austin, los que disfruté enormemente en cada una de sus clases. A Rodrigo Páez, por ser un ejemplo y sobre todo un querido amigo. A Andrea, Gabriel, Mónica (Carolina), Ana, Victoria y Citlali, historiadores geniales que me han acompañado en estos años. A Ara y Maryelli, amigas en las buenas y en las malas. A Emmanuel y Rubén (*El Terror de Texcoco*). A Héctor Mendoza Vargas por contagiarme de su gran entusiasmo intelectual. A Marie-Claire Robic, François Dosse y Bruno Latour por haberme recibido tan amablemente en sus seminarios y por enseñarme el valor vital de la crítica. A Debbie y toda su familia quienes me han tratado como si fuera parte del clan Philpott. A Marisol, Michell y Amanda, mis amigas *sciencespoinas*. A la tía Gela, Vero, Richard y Mariana, mi querida familia. A las primas y primos de Aguascalientes y a los "tíos" de Esteban: Marta y Ricardo. A mi amigo más metalero: Armando y a la Dra. Elizabeth Mendoza. A Mariana por ser una pieza fundamental de mi vida. A Andrés, Aurea, Raquel y Alfredo, todos ellos amigos entrañables. Y a Fritz †, al que nosotros, los vivos, debemos guardar y hacer brillar su memoria.

Índice

Introducción

1. Presentación de la obra.....	I
2. Aproximación filológica.....	VI
2.1 Los diferentes manuscritos.....	VI
2.2 Breve historia de las ediciones y traducciones.....	VII
2.3 Los parámetros de la presente edición.....	VIII
3. Las memorias: un género narrativo.....	X
3.1 Memorias y política.....	XII
4. Las <i>Memorias</i> y El Príncipe de Maquiavelo.....	XIII
Bibliografía.....	XXII

5. Cuadro cronológico.....	XXV
----------------------------	-----

Memorias de Philippe de Commynes

Prólogo.....	2
Libro I.....	3
Capítulo 1. Revuelo en la corte de Borgoña.....	3
Capítulo 2. Los comienzos de la guerra del bien público.....	5
Capítulo 3. Primeros tratados en Montlhéry.....	11
Capítulo 4. La batalla de Montlhéry.....	16
Capítulo 5. La coalición de los príncipes en Estampas.....	21
Capítulo 6. La ida de los príncipes a París.....	24
Capítulo 7. Digresión sobre la historia inglesa.....	27
Capítulo 8. Batallas alrededor de París.....	29
Capítulo 9. Combates y tratos en París.....	32
Capítulo 10. Retrato de Luis XI.....	36

Capítulo 11. Rumores de una ofensiva de las tropas reales.....	38
Capítulo 12. Negociaciones entre el Rey y los Príncipes.....	40
Capítulo 13. Ruán entregado a los Príncipes.....	43
Capítulo 14. El tratado de Conflans.....	45
Capítulo 15. El Rey recupera la Normandía.....	47
Capítulo 16. La dificultad de lograr un acuerdo entre los príncipes.....	48
Libro II.....	50
Capítulo 1. Ofensiva borgoñesa contra Dinante y Lieja.....	50
Capítulo 2. Batalla de Brusthem.....	53
Capítulo 3. Rendición de Lieja.....	59
Capítulo 4. Sumisión de Lieja y de Gante.....	63
Capítulo 5. Despliegue del Rey en contra del Temerario.....	66
Capítulo 6. La mutua desconfianza de los príncipes.....	70
Capítulo 7. Levantamiento de Lieja y entrevista de Perona.....	72
Capítulo 8. El peligro de las entrevistas principescas.....	74
Capítulo 9. El tratado de Perona.....	77
Capítulo 10. Campaña contra Lieja.....	79
Capítulo 11. Sitio de Lieja.....	82
Capítulo 12. Salida de los liejos.....	85
Capítulo 13. Captura y saqueo de Lieja.....	87
Capítulo 14. La destrucción de Lieja.....	90
Capítulo 15. La herencia de Carlos de Francia.....	92

Introducción

El tema de esta tesis es la edición de un manuscrito medieval: las *Memorias* de Philippe de Commynes. Este texto fue escrito a mediados del siglo XV por un diplomático francés del reinado de Luis XI. Esta es una fuente que se ha considerado primordial para entender la historia de Francia, y con esta edición, se presenta por primera vez al español moderno el texto de las *Memorias*.

Varias razones me llevaron a realizar la presente edición. La más personal es, sin duda, mi gusto por los temas de historia medieval. Esta misma preferencia me ha llevado a tomar consciencia de la importancia de los estudios medievales para nuestra propia historia. A pesar de que en México se estudia poco la Edad Media, esto no quiere decir que el estudio de esta época no constituya una pieza fundamental del conocimiento histórico de nuestro país. Una buena parte de nuestra sociedad, y más ampliamente, nuestra cultura, está fundada en el pensamiento de las sociedades medievales. Entender la historia de la Edad Media elabora un conocimiento sobre nuestra identidad.

Como podrá verse, la edición de esta obra busca precisamente esto: hacer familiar el escrito medieval con el fin de que se reconozca como un libro esencial para la historiografía. Creo que el lugar de este texto se halla en referencia a la pregunta sobre los orígenes de la cultura moderna. Por ello resulta indispensable darlo a conocer y por ello mismo se vincula con nuestro presente. Esto no quiere decir que mi edición busque despojar a la obra de su condición histórica al abordarse con categorías de nuestro presente. Al contrario, como he intentado mostrar, las páginas de este texto nos llevan a problematizar la concepción historiográfica que se ha dado a la transformación de la cultura medieval a la cultura moderna. Creo que este es el trabajo de una edición. Si, al principio del trabajo de edición, comencé por tratar de mostrar la pertenencia de este texto a las categorías históricas con las que se ha construido un discurso sobre la modernidad, el mismo trabajo de edición me ha revelado aspectos del texto que han modificado la manera en la que pensaba este problema. Espero transmitir en las páginas que siguen algo de este cambio.

Por otra parte. Es cierto que el trabajo de una edición está fincado en la normatividad con la que se rigen nuestras instituciones académicas. Es decir, la edición de un texto es una parte esencial de la *praxis* académica, en cuanto pone en marcha la interferencia entre dos ámbitos que no necesariamente están unidos: el de la producción textual y el de la circulación y recepción de los textos de conocimiento. Aunque pudiera parecer el escalón más bajo de un sistema de producción textual, la edición, por esta manera de trabajo, es el resultado de un esfuerzo reflexivo que implica a un buen número de herramientas cognitivas. Para decirlo en palabra más simples: la edición de un texto *no es una copia* de un texto de un lugar a otro, es una *interpretación*.

Y como toda interpretación, la que he dado del texto de Commynes ha tratado de dar cuenta de los elementos que nos hacen tener pertenencia con este texto. Así, las *Memorias* nos proveen, no de un marco más *amplio* (puesto que he querido expresar que no se trata de añadiduras) para comprender el surgimiento de la historiografía moderna, sino de un marco más *complejo*.

1. Presentación de la obra

Philippe de Commynes nació en 1445 en el castillo de Renescure,¹ procedente de una familia que, apenas a finales del siglo XIV, había adquirido la nobleza: los van den Clyte.² Vasallos del ducado de Borgoña, varias generaciones de la familia de Commynes habían sido funcionarios del duque. El padre de Commynes, Colard II van den Clyte, había sido funcionario del ducado hasta 1454, fecha de su muerte; de la misma manera, Commynes en 1464, a la edad de diecinueve años, se puso al servicio del duque de Borgoña³ en calidad de chambelán.⁴ Commynes realizó esta función hasta el 8 de agosto de 1472, fecha en la que pasó al servicio del rey de Francia: Luis XI.⁵ Vivió como vasallo del reino de Francia el resto de su vida. A la muerte de Luis XI, Commynes pasó al servicio de Carlos VIII y, a la muerte de este último, se puso al servicio de Luis XII, hasta 1511, fecha de muerte de Commynes.

Estos son los límites cronológicos en los que se desarrolla el contenido de las *Memorias*. Las *Memorias* tienen como punto de partida el año de 1464, momento en que Commynes entró al servicio del duque de Borgoña,⁶ y abarcan los años posteriores a este evento hasta 1498, fecha del advenimiento de Luis XII como rey de Francia. Las *Memorias* están divididas en ocho libros que abarcan esta temporalidad.⁷ Philippe de Commynes comenzó a escribir las *Memorias* en 1489, después de la muerte de Luis XI, cuando, por razones no aclaradas, quedó apartado de los asuntos políticos. Entre 1489 y 1491 Commynes redactó los libros I al VI de las *Memorias*.⁸ Durante el período de 1497-1498 retomó la redacción de las *Memorias*, escribiendo los libros VII al VIII.⁹ De esta manera, la obra de Commynes se divide en dos partes. Los libros I al VI, que relatan el pasado del autor, y los libros VII y VIII, que muestran el presente del autor.

¹ Hoy Renescure, Francia. En la época de Commynes este castillo se encontraba en el territorio de Flandes.

² Joël Blanchard. "Introduction" en Philippe de Commynes, *Mémoires*, Paris, Pocket, 2004, p. 10

³ Felipe III "el bueno" de Bourgogne. (1396-1467) De la casa de los Capeto.

⁴ *Memorias*, p.2

⁵ Luis XI. (1423-1483) De la casa de los Valois, sucesor de Carlos VII y antecesor de Carlos VIII.

⁶ *Memorias*, p. 2

⁷ Libro I: 1464-1465; Libro II: 1466-1469; Libro III: 1470-1474; Libro IV: 1474-1475; Libro V: 1475-1477; Libro VI: 1477-1483; Libro VII: 1484-1495; Libro VIII: 1495-1498

⁸ De la entrada al servicio del duque de Bourgogne hasta la muerte de Luis XI.

⁹ Del advenimiento de Carlos VIII al advenimiento de Luis XII (1477-1498)

pasaba al hijo de Carlos: Felipe de Valois, quien se coronó como Felipe VI. Así, Felipe VI fue el primer monarca francés que provenía de la casa de los Valois, oponiendo su derecho sucesorio con la casa de los Plantagenet en Inglaterra. Ello trajo consigo numerosos enfrentamientos entre Francia e Inglaterra agudizados por las intrigas sucesorias. No fue sino hasta principios del siglo XV, que un nuevo conflicto sucesorio trajo el fin de la guerra. A principios del siglo XV, Enrique V, rey de Inglaterra, decidió invadir nuevamente Francia. El resultado fue la derrota de Carlos VI y la firma del Tratado de Troyes en 1520, donde se obligó a Carlos VI a reconocer el derecho de sucesión al trono francés por parte de los ingleses. Sin embargo, dos años después Enrique V murió, antes que Carlos VI, quien le siguió dos meses después. La corte francesa decidió incumplir el Tratado de Troyes y mantuvo los derechos del delfín Carlos, reconociéndolo como Carlos VII. Inglaterra invadió nuevamente Francia, poniendo sitio a la ciudad de Orleans. Carlos VII recuperó

Orleans de manos de los ingleses y se coronó rey de Francia en Reims en 1429. Pocos años después Carlos VII consiguió el apoyo del ducado de Borgoña, que hasta entonces había sido aliado de los ingleses, firmando la Paz de Arras en 1435. El trono francés se consolidó con ello y en 1436 recuperó París. Sin el apoyo de Borgoña los ingleses entregaron Normandía a Carlos VII en 1450 y Aquitania en 1453; quedándose con el puerto de

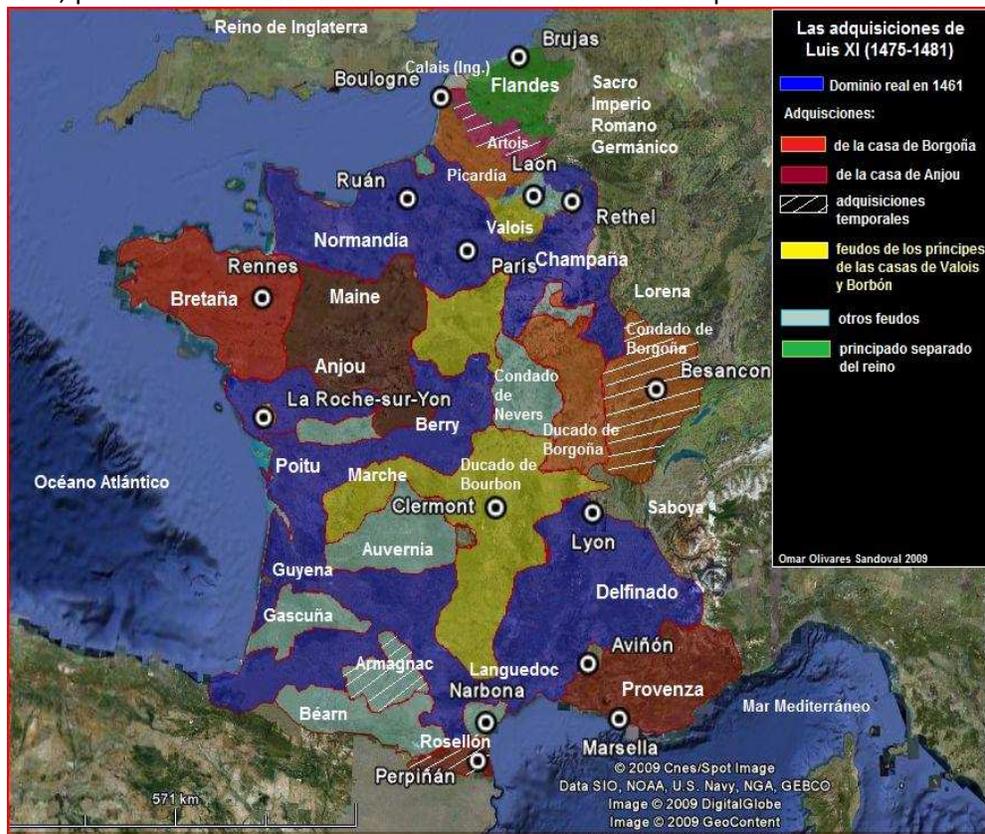


Ilustración 2. Las Adquisiciones de Luis XI (1475-1481). Mapa realizado por el autor. Base: Google Earth, Escala: 1 : 571 000 000

Calais como una única posesión inglesa en Francia. A la muerte

de Carlos VII, su hijo Luis XI fue coronado Rey de Francia. En una posición más ventajosa que su predecesor, Luis XI dirigió una política de consolidación de la autoridad monárquica y de expansión del territorio del reino. Así lo cuenta Henri Pirenne: el término de la guerra con Inglaterra marcó un acontecimiento decisivo para el desarrollo de la historia francesa posterior; puesto que este

había sido el único enemigo de Francia por largos años, en este momento la política de anexión territorial pudo concentrarse en el propio territorio continental.¹¹ La disputa entre el reino de Francia y el condado de Borgoña marcaron el periodo del reino de Luis XI, caracterizado por la abundancia de intrigas provocadas por el rey de Francia y que, en último instante, provocaron que, a la muerte del conde de Borgoña Austria se adueñara del condado borgoñés, poniendo en conflicto a la casa de los Habsburgo con la de Francia hasta el siglo XIX.¹² Asimismo el reino de Luis XI es caracterizado por una política mercantilista, de apertura y fomento de la economía comercial, constatada en el predominio de la feria de Lyon sobre la de Génova, la aclimatación de los gusanos de seda en el sur del reino y la introducción de la industria minera en el delfinado.¹³ Este es el marco en el que inicia la carrera de Comynes; como vasallo del ducado de Borgoña. El año de 1464 es el inicio del relato de las *Memorias*.

La etapa antes descrita es considerada por la historiografía francesa como el fin de los señoríos feudales y el inicio de las monarquías estatales.¹⁴ Asimismo, el siglo XIV francés es considerado como la época de transición de los modelos culturales medievales hacia los modelos culturales humanísticos. Es decir, son los años de transición de la Edad Media a la Época Moderna.¹⁵ Jacques Le Goff apoda a los siglos franceses XIV y XV como la “crisis de la cristiandad” en el sentido de que la economía medieval, sustentada hasta entonces por las relaciones feudales, se transforma, a través de cataclismos financieros, perturbaciones sociales y la caída demográfica (ocasionada por la peste) en una economía burguesa.¹⁶ En lo que Le Goff ve una crisis, Duby ve un renacimiento: a pesar de la caída demográfica en Europa, ésta sirvió finalmente para apresurar la transformación del “tono de vida”.¹⁷ Desde esta visión que toma los siglos XIV y XV como la transición de una época a otra, ya sea desde una visión económica o un desde acercamiento cultural, el valor del testimonio de Comynes radica en ser una fuente de primera mano para entender este cambio.

¹¹ Henri Pirenne. *Historia de Europa*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 440-444.

¹² *Ibidem*. También Cfr. José Luis Romero, *La Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, 97-98.

¹³ Henri Pirenne. *Historia económica y social de la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 159

¹⁴ Vid. Jacques Le Goff. *La civilización del occidente medieval*, [1a ed. en español de 1982], Barcelona, Paidós, 1999, p. 91-94. Georges Duby. *Europa en la Edad Media*, [1ª ed de 1979], Barcelona, Paidós, 2007, p.145-164.

¹⁵ Vid. Johan Huizinga. *El otoño de la Edad Media*, [1ª ed. de 1923; 2ª ed. de 1927] Madrid, Alianza, 2005, p. 415-429.

¹⁶ J. Le Goff, *Op. Cit.*

¹⁷ “Europa salió aliviada de la prueba. Estaba superpoblada. Restableció el equilibrio demográfico. El bienestar que se estableció explica que la creación artística no haya perdido su vitalidad. Pero como todas las cosas, cambió de tono”. Duby, *Op. Cit.*, p. 156

Con la edición de las *Memorias* se da cuenta de la transformación en el orden de lo político. Finalmente la lectura de las *Memorias* y la comprensión de esta transformación en el ámbito político nos ofrecen una imagen más compleja de este período. Las *Memorias* no son un texto que se subordine al uso de grandes categorías sobre la génesis de la época moderna.¹⁸ Por ello no es una fuente que se haya utilizado privilegiadamente para el estudio de la sociedad medieval. Las *Memorias*, un texto casi íntimo, nos llevan a la reflexión sobre la transformación de los conceptos medievales, puesto que es un texto de significados abundantes. A partir de las interpretaciones que se generan con la lectura de las *Memorias* se puede hacer una reflexión sobre *lo social* pero no en tanto se conciba la sociedad como una categoría homogénea. La revaloración de Comynnes como una fuente de primer orden tendrá origen en el éxito de ventas de la biografía de Luis XI escrita por Paul Murray Kendall en 1970¹⁹; también con ello tendrá lugar la vuelta de la biografía como género historiográfico.²⁰ Al día de hoy, en que la historiografía política se ha renovado inscribiéndose en el “momento epistemológico” de la historia,²¹ el texto de Comynnes cobra un valor que antes se había desdeñado: nos enseña la transformación de las categorías políticas del siglo XV, además que pone en cuestión las categorías históricas que hemos usado para referirnos a este periodo de transformación. Pero el justo valor de las *Memorias* como un texto histórico tendrán que darlo sus lectores.

¹⁸ Me refiero al texto de Ferdinand Seibt y Winfried Eberhard (eds.). Europa 1400. *La crisis de la baja Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1993. En este libro Seibt explica cómo el estudio del siglo XV se finca en la noción de crisis como paradigma explicativo. A pesar de que Seibt argumenta que el concepto crisis debe “complejizarse”, tomando como referencia los conceptos de *Wendezeit* (tiempo de cambio) y los aportes del concepto crisis en la biología del comportamiento, las categorías “medieval” y “moderno” quedan intactas; resultando, que el libro de Seibt se fundamente en las tendencias del análisis sociológico y económico. En este sentido es igual de paradigmático el manual de Mitre, quien apoya una revisión del concepto crisis (que se había arraigado acríticamente en la expresión de Pirenne sobre el fin de la expansión de la economía medieval) sin embargo, este autor termina por fundamentar la dicha transformación medieval a través del concepto: “crisis demográfica”. Emilio Mitre. *Historia de la Edad Media Occidente*, Madrid, Alhambra, 1988. En ambos libros se expresa una tradición historiográfica sociológica y cuantitativa que se norma por la oposición tradición-ruptura, uno de los tópicos preferidos de la historiografía del siglo XX.

¹⁹ Paul M. Kendall. Louis XI. *The universal spider*, New York, W. W. Norton, 1970.

²⁰ F. Dosse, entrevista con el autor en el *Institute d'Études Politiques de Paris*, junio de 2008.

²¹ F. Dosse. *Les courants historiques en France: XIXe-XXe siècle*, Paris, Gallimard, 2007.

2. Aproximación filológica

2.1 Los diferentes manuscritos

Como en la mayor parte de los textos medievales el texto original se ha perdido; por consiguiente las ediciones modernas se basan en otras ya publicadas o, en el mejor de los casos, en los manuscritos cercanos a la fecha de producción del texto. Al día de hoy se cuentan nueve manuscritos de las *Memorias* resguardados en bibliotecas públicas y privadas.²² Si bien esta edición no está hecha a partir de estos nueve manuscritos, se han consultado los cinco manuscritos existentes en la sede Richelieu de la Biblioteca Nacional de Francia, con el fin de hacer una lectura más completa y tener un acercamiento más profundo a la escritura commyniana. En especial el manuscrito *P*, que es el único que contiene los ocho libros de las *Memorias* y ha servido para la edición moderna de Bernard de Mandrot a principios del siglo pasado.²³

Las ediciones modernas de las *Memorias* de Commynes suelen basarse en las primeras ediciones del texto: la de abril de 1524²⁴, que contiene seis de los ocho libros; la de 1528,²⁵ en la que se editan los libros siete y ocho, y la de Denis Sauvage, la primera edición completa de los

²² *Manuscrito C*. Paris, BNF, ms. fr. 5063. (finales del siglo XV)

Manuscrito A. Paris, BNF, ms. fr. 10156. (principios del siglo XVI)

Manuscrito B. Paris, BNF, ms. fr. 3879. (principios del siglo XVI)

Manuscrito D. Nantes, Musée Dobrée, ms. XVIII, (Colección Dobrée, principios del siglo XVI)

Manuscrito M. (Colección Privada), (principios del siglo XVI)

Manuscrito P, Paris, BNF, ms. fr. 20960. (principios del siglo XVI)

Manuscrito VE, (Colección privada), (mediados del siglo XVI)

Manuscrito X¹: (Colección Privada), (1520)

Manuscrito X², Paris, BNF, ms. fr. 23086 (siglo XVI)

²³ Philippe de Commynes. *Mémoires*, ed. de B. de Mandrot, Paris, 1901-1903, 2v.

²⁴ Philippe de Commynes. *Cronique et hystoire faicte et composee par feu messire Phelippe de Commines Chevalier seigneur Dargenton, contenant les choses aduenues durant le regne du Roy Loys XIe. tant en France, Bourgongne Flandres Arthois Angleterre que Espagne et lieux circonuoisins. Nouuellement imprime a Paris. - Il se vend... en la boutique de Galliot du pre Libr. acheuee dimprimer le xxvie iour de Auril mil cinq cens xxiiii...*, Paris, Galliot Du Pré, 1524, [Se contaba con un ejemplar de esta edición en la Biblioteca Nacional de Francia, desafortunadamente en una búsqueda reciente no se ha encontrado.]

²⁵ Philippe de Commynes. *Croniques du Roy Charles huytiesme de ce nom que Dieu absoille, contenant la verite des faictz et gestes dignes de memoire dudict seigneur, quil feist en son voiage de Naples et de la conqueste dudit royaulme de Naples et pays adiacens Et de son triumphant et victorieux retour en son royaume de France : Compile et mise par escript en forme de memoires par messire Phelippes de Commines cheualier seigneur Dargenton et chambellam ordinaire dudict seigneur ; avec la table recollectiue du contenu au dict liure. - On les vend a Paris, a la rue saint iacques a lenseigne du Pellican et a Poictiers au Pellican acheuez dimprimer lan mil cinq cens xxxviii. le xxve iour de Septembre Pour maistre Enguillebert de Marnef...*, Paris, Marnef, 1528. [Biblioteca Nacional de Francia, Tolbiac]

manuscritos de Commynes, realizada en 1552.²⁶ Esta última es de especial importancia puesto que representa el primer esfuerzo para fijar el texto definitivamente, proveyendo la división de los ocho libros y su cronología.²⁷

2.2 Breve historia de las ediciones y traducciones

Si se presta atención a la narrativa commyniana puede pensarse que el texto no estaba dividido en ocho libros, como en la edición de Sauvage, sino que se realizó con una escritura de pequeños alientos, pausadamente, que en cada capítulo (o incluso menos) retoman el hilo de un relato mayor que debe contarse hasta su fin.²⁸ De esta manera, de existir el manuscrito original seguramente éste tendría la forma de un relato continuo. En todo caso, la aparición y el desarrollo de la imprenta están estrechamente ligados a la difusión del texto de Commynes y a sus diferentes ediciones a través de los siglos XVI y XVII.²⁹ La recepción del texto de Commynes es abundante y a pesar de que no es mencionado por los cronistas de su época,³⁰ el interés que suscitaron las primeras ediciones impresas de las *Memorias* se atestigua en la difusión del texto fuera del ámbito francés. De esta manera, Commynes se traduce rápidamente al latín en 1545 y 1548,³¹ al italiano en 1544,³² al alemán en 1551,³³ al holandés en 1612,³⁴ al inglés en 1614,³⁵ al sueco en 1624,³⁶ y al

²⁶ Philippe de Commynes. *Les memoires de messire Ph. de Commines, sur les principaux faicts et gestes de Louis onzieme et de Charles huictieme son fils, Roys de France*, ed. Denis Sauvage de Fontenailles, Paris, Galiot du Pré, 1552. [Biblioteca Nacional de Francia, Tolbiac]

²⁷ Libro I: 1464-1465; Libro II: 1466-1469; Libro III: 1470-1474; Libro IV: 1474-1475; Libro V: 1475-1477; Libro VI: 1477-1483; Libro VII: 1484-1495; Libro VIII: 1495-1498. Cfr. "Avertissement" en Denis Sauvage (ed.), *Op. Cit.*

²⁸ Hay muchos ejemplos de esto en el texto. Commynes refiere muy a menudo algún evento que sucede en el futuro del evento que se está narrando.

²⁹ En efecto, se cuentan al menos 120 ediciones entre 1540 y 1643. Cfr. Joël Blanchard, *Op. Cit.*, p. 34

³⁰ Cfr. *Ibidem*.

³¹ Philippe de Commynes. *Philippi Comini, ... de Carolo Octavo, ... et bello Neapolitano commentarii*, Joanne Sleidano interprete. *Accessit brevis quaedam explicatio rerum et authoris vita*, trad. Johannes Sleidanus, Argentorati [¿?], Aeidibus W. Rihelii, 1548, 111 f. [Biblioteca Nacional de Francia, Tolbiac] Esta traducción nos ayuda a entender la recepción de Commynes a lo largo del siglo XVI: Fue traducido por Johannes Sleidanus (1506-1556), quien al estudiar en Liège se compromete con las ideas protestantes y se pone al servicio del cardenal du Bellay, quien le encarga llevar las negociaciones de alianza con los alemanes protestantes en contra de Carlos V, éste mismo participa como representante de Estrasburgo en el Concilio de Trento, en 1551. Vid. La entrada de Johannes Sleidanus, en *Encyclopaedia Britannica*, 11ª ed.

³² Philippe de Commynes. *La historia famosa di monsignor di Argenton delle guerre et costumi di Ludovico undecimo, re di Francia... tradotta... in lingua italiana...*, trad. de Nic. Raince, Venecia, M. Tramezino, 1544, 267 f.

³³ Philippe de Commynes. *Histori des Burgundischen Krieges zwischen König Ludwigen inn Frankreich, dem XI diss namens, unnd Hertzog Carle von Burgund ...: Durch Philippsen von Comineis ... beschreiben, und newlich auss dem Latin durch Caspar Hedion verteutschet*. Estrasburgo, 1551. [Biblioteca Nacional de Suecia]

español en 1624³⁷. Las ediciones en francés de las *Memorias* han conocido por lo menos una nueva edición por siglo desde su aparición.

En lo que respecta a las ediciones contemporáneas este libro se ha traducido al alemán, en 1952³⁸; al italiano, en 1960;³⁹ dos veces al inglés, en 1973⁴⁰ y 1978;⁴¹ una al ruso, en 1981;⁴² y una al francés moderno, en 2004.⁴³ Esta última es de especial importancia, puesto que contiene el resultado de la investigación de Joël Blanchard,⁴⁴ quien ha consagrado toda su actividad académica a la obra de Comynes, lo que ha resultado en quizás la edición más sólida de las *Memorias*. La falta de una traducción al español moderno justifica, sin duda, la presente edición.

2.3 Los parámetros de la presente edición

La traducción y edición de las *Memorias* que aquí se presentan toman en cuenta el déficit de una traducción al español moderno, teniendo en mente que las *Memorias* son una fuente indispensable para la historiografía medieval. Como he dicho más arriba, lo ideal sería tener una edición basada en un estudio minucioso de los manuscritos de las *Memorias* con los que se cuenta en el presente. Sin embargo, por falta de tal especialización en nuestro país, lo que se presenta aquí es una traducción basada principalmente en la edición de Joël Blanchard al francés moderno

³⁴ Philippe de Comynes. *Historie va coninc Lodowyc van Vrancryc de XI. ende hertoch Carel van Borgongen*. Trad. De Cornelis Kyel, Delff, Adraen Gerritsen, 1612. [Biblioteca Nacional de los Países Bajos]

³⁵ Philippe de Comynes. *The historie of Philip de Commines, knight, lord of Argenton*, London, John Bill, 1614, 366 p. [Biblioteca del Congreso, Washington]

³⁶ Philippe de Comynes. *Grundelighe beskrifwelse om allehanda wichtige handlingar, som emellan konung Ludwijk then elleffte... och then namnkunnige krigshiälten hertigh Carl aff Burgund...*, trad. de Erik Schröder, Estocolmo, [s.e], 1624. [Biblioteca Nacional de Francia, Tolbiac]

³⁷ Philippe de Comynes. *Las memorias de Felipe de Comines con escolios propios de Don Ivan Vitrian Amberes, Empronta de Ivan Meursio,.. con licencia de los superiores, del virrey de Aragon, en 24. de Julio del año 1625. Del Vicario General de Calatayud en el de Henero 1631. Censvra del Senor Dean de Sigvenca...*, Amberes, Iván Meursio, 1624. [Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado]

³⁸ Philippe de Comynes. *Memoiren. Europa in der Krize zwischen Mittelalter und Neuzeit*, trad. de E. Fritz, Stuttgart, 1952.

³⁹ Philippe de Comynes. *Memoire*, trad. de Maria Clotilde Daviso di Charvensod, Turin, 1960.

⁴⁰ Philippe de Comynes. *The Memoirs of Philippe de Comynes*, S. Kinser (ed.), trad. de I. Cazeaux, Columbia, University of Sout Carolina Press, 1973, 2 v.

⁴¹ Philippe de Comynes. *Memoirs: the Reign of Louis XI*, ed. y trad. de M. Jones, Harmondsworth, 1978.

⁴² Philippe de Comynes. *Mémoires*, trad. de I. Mailinin, Moscú, 1978.

⁴³ Philippe de Comynes. *Mémoires*, ed. y trad. del francés antiguo de Joël Blanchard, Paris, Pocket, 2004.

⁴⁴ Profesor de la Université du Maine; investigador del Laboratoire de Médiévistique Occidentale de Paris (Université de Paris I)

que se ha citado más arriba.⁴⁵ Junto con ello, se coteja la edición moderna en francés con la traducción al español hecha por Ivan Vitrián, en 1643. Esta última ha sido muy útil por varios motivos. En primer lugar, la traducción de Vitrián está atiborrada de comentarios al margen del texto commyniano, elucidando algunos pasajes de la narración en algunos casos, y en otros, agregando la opinión del propio traductor, que con ellos constituye un invaluable estudio del texto de las *Memorias*. Por otra parte, Vitrián ayuda a mostrar la significación de un buen número de palabras que quizás tuvieron una equivalencia en el siglo XVI para ambos idiomas pero que ahora están en desuso. Por último, a pesar de que la traducción de Vitrián es bastante literal respecto al texto commyniano,⁴⁶ nos ayuda a entender la recepción que Commynes tuvo a lo largo del siglo XVII en el contexto ibérico, y el interés que pudo suscitar en los intelectuales y/o políticos del imperio español. La otra fuente esencial para esta edición es la que hace del texto del francés antiguo el mismo Joël Blanchard, con especial atención a los aspectos filológicos de las *Memorias*.⁴⁷ Si para su editor representa un paso anterior a la edición en el francés moderno, para esta edición significó la oportunidad de profundizar en la dinámica filológica-histórica del texto, en su introducción se encuentra el estudio filológico más completo que he hallado sobre las *Memorias*.⁴⁸ Asimismo, en ella se concretiza el esfuerzo de hacer una edición crítica y definitiva del texto de Commynes.

Así pues, son estas tres fuentes las que se toman como el material de base para esta edición. En ella se pretende dar a conocer una fuente medieval al español moderno, de ninguna manera me propongo hacer una edición canónica de este texto. Como he dicho más arriba, tal empresa podría ser llevada a cabo solamente por un especialista con una formación sólida en la historia medieval francesa y con el conocimiento del francés medieval; lo que está muy lejos de ser mi caso. Por otra parte, reconozco que lo que puede aportar esta traducción, fuera de la divulgación de una fuente histórica, es que se ha realizado desde la perspectiva de la formación de un historiador. A mi parecer, tal cosa no resulta deleznable, pues si bien las dos ediciones de Blanchard (que se pueden considerar como las dos ediciones modernas más importantes de las *Memorias*) constan de un rigor filológico implacable, el lugar y la significación del libro en cuanto texto historiográfico quedan relegados por una fascinación hacia la personalidad de Commynes. La manera en que he llevado a cabo la traducción del libro de Commynes ha tratado de dar cuenta de los aspectos

⁴⁵ Commynes. *Op. Cit.* 2004

⁴⁶ Probablemente se trata de una traducción de la edición de Denis Sauvage.

⁴⁷ Philippe de Commynes. *Mémoires*. ed. de Joël Blanchard, Paris, Le Livre de Poche, 2001.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 7-93.

conceptuales más importantes de la obra. De igual manera, este estudio introductorio intenta presentar el lugar de las *Memorias* en la historiografía medieval y de dar cuenta de su importancia en el presente.

3. Las memorias: un género narrativo

Claude-Gilbert Dubois reconoce tres géneros narrativos para los siglos XV y principios del XVI en Francia, que se podían utilizar para escribir sobre el pasado.⁴⁹ El primero era la crónica que se define por una estructura más o menos rigurosa de la cronología y la selección tópica de los hechos (por ejemplo, Enguerrand de Monstrelet, Mathieu d'Escouchy, Jacques Du Clercq, Pierre de Fénin, Jean Molinet, etc.). El segundo, el llamado *journal* que agrupa una serie de eventos dispersos y carece de alejamiento, un texto que sigue la historia de todos los días. Y el tercero la biografía, narración marcada por la temporalidad de una vida que tematiza las virtudes y defectos de un individuo. En este grupo, la crónica es el modelo narrativo privilegiado para escribir la *historia*, en donde se ponen de relieve todos los artefactos persuasivos y el modelo retórico copiado a Cicerón y a Tito-Livio, entre otros.

Al margen de la Crónica aparece un nuevo género, que será modelo para los siglos XVI y XVII, al cual llamaremos *Memorias* y que tiene tres rasgos fundamentales según Jean Dufournet.⁵⁰ El primero se caracteriza por el rechazo al estilo literario de las crónicas, la “bella lengua” de la que hablaba Froissart, un estilo poético que se usaba no pocas veces con el objeto de halagar a tal personaje o ensalzar tal o cual evento. Al contrario, las *Memorias* aparecen, en principio, como producto de un objetivo humilde; así lo pone Commynes en su prólogo al dirigir las *Memorias* a Angelo Cato.⁵¹ Usan un lenguaje coloquial, desprovisto (aparentemente) de efectos retóricos, además son un trabajo que implica a la memoria, en tanto la producción de un texto que tiene por objeto conservarla. El segundo de estos rasgos está estrechamente ligado al primero. Para Dufournet, esta intención de aparente humildad pone de relieve uno de los defectos de la crónica: su exageración, incluso su desapego con la verdad, haciendo que la relación de los hechos que pone por escrito el redactor de las memorias se caracterice por su fidelidad a la realidad. Con la simplicidad de la escritura de las memorias, que aparentemente no tiene la pretensión de ser un texto histórico, se revela otro tipo de historia, aquella que tiene como primicia la transmisión

⁴⁹ C-G. Dubois. *La conception de l'histoire en France au XVIème siècle (1560-1610)*, Paris, A. G. Nizet, 1977.

⁵⁰ Jean Dufournet. *Philippe de Commynes. Un historien à l'aube de temps modernes*, Paris, De Boeck, 1994.

⁵¹ *Memorias*, p.2.

precisa de los eventos, con todo y sus matices y ambigüedad. Así habla Commynes de su propia labor:

Los cronistas escriben comúnmente sólo las cosas que puedan halagar a quienes dirigen su obra, dejando así de lado muchas cosas importantes y desapegándose de la verdad. Yo quiero declarar que no hablo de ninguna cosa que no sea verdad, que haya visto o de la que me haya informado de los grandes personajes, dignos de confianza, sin prestar atención a ningún halago.⁵²

A estos dos rasgos se agrega un tercero que tiene que ver con el carácter personal de este texto, en el que se manifiesta un punto de vista individual. Tal y como nos dice Dufournet: “El yo del memorialista asume todas las funciones estructurales que corresponden en la crónica al eje cronológico, a la pertinencia temática y a la doctrina”⁵³. El escritor de las memorias hace una narración íntima, justificada por el valor de su testimonio; en este sentido las memorias pueden ser un texto casi *autobiográfico*, a la manera de Montaigne, excluyendo las categorizaciones universales, recreando el paso de una vida en una serie de eventos de carácter histórico.

Si el texto de las *Memorias* es un texto autobiográfico, sólo lo es en la medida en que a través del autor, en tanto límite temporal y actor del propio relato, se muestra un texto de carácter histórico. El paso de una temporalidad individual a una temporalidad histórica es un efecto que este género narrativo permite en el juego de su redacción. La memoria, que Commynes cita sin pretensiones, se transforma a lo largo del texto, en un contrato con la veracidad del pasado; la puesta en escena de un relato de carácter histórico está posibilitada por los recuerdos que en multitud conforman un relato temporal de más amplitud que la memoria personal. Sin ser un relato teleológico, las *Memorias* crean un paso decisivo entre el relato autobiográfico y el relato de lo social. La digresión funciona como una herramienta textual que logra tal efecto. Como bien ha mostrado Dufournet, Commynes no hace sino narrar las experiencias que tuvo con los príncipes de su época, lo que constituye una serie de memorias de eventos particulares y retratos individuales, sin embargo, al mismo tiempo, construye una tipología de los príncipes de acuerdo a su ideología.⁵⁴

⁵² Les chroniqueurs n'écrivent pas communément que les choses qui sont a la louenge de ceulx de qui ilz parlent et laissent plusieurs choses ou ne le scavent pas aucunes fois a la verité. Et je me delibere de ne pas parler de chose qui ne soit vraye et que je n'aye veue ou sceue de si grands personnaiges qu'ilz sont dignes de croire, sans avoir regard aux lounages. Commynes, *Op. Cit.* II, 172-173.

⁵³ Dufournet, *Op. Cit.*, p.26

⁵⁴ La tipología es: el príncipe brutal, el príncipe tonto, el príncipe sin sabiduría o inteligencia, el príncipe sabio, etc. Dufournet. *Op. Cit.*, p.30-31.

El contrato de veracidad que presentan el género de las *Memorias* no está dado en función del alejamiento entre el autor y los sucesos que se presentan, al contrario, la fuerza de la objetividad proviene de la propia experiencia vivida.⁵⁵ El carácter de trabajo preparatorio, como lo hace entender Commynes,⁵⁶ define a las memorias como un paso anterior a la redacción de una crónica. Sin embargo, en el transcurso del relato las *Memorias* construyen su propia verdad, una verdad relativa por supuesto, pero que invierte el recurso de la crónica para presentar su credibilidad. La verdad, que en la crónica depende de la capacidad estilística con que pueda presentar el autor su historia, en las *Memorias* se subordina a la ética del autor. Hay un giro decisivo entre lo que sería una simple relación de recuerdos y un género narrativo llamado *Memorias*; este giro se va construyendo lentamente en el relato commyniano y consiste en pasar del escribir *para recordar* al escribir *para que se recuerde*. Es el paso del individuo a la colectividad y del pasado hacia el futuro. Commynes es el primero en hacerlo.

3.1 Memorias y política

Las enseñanzas políticas se expresan a través de dos herramientas textuales: la digresión y las escenas privilegiadas.

Las *Memorias* en tanto género narrativo provocan el efecto de hacer pasar, por un relato demostrativo, un texto que en el fondo es sustancialmente persuasivo. A través de sus *Memorias*, en tanto discurso puesto entre la intimidad de la memoria y la persuasión de la retórica, Commynes nos hace creer en el juego que articula la exposición de los eventos y la crítica política; “es un juego que para dar la ilusión de verdad tenía que respetar la ambigüedad del mundo.”⁵⁷

Esta ambigüedad de los hechos políticos es reiterada por Commynes en no pocas ocasiones.⁵⁸ Las memorias constituyen un género nuevo y privilegiado para el campo de la historia política. De esta manera se modela la pregunta: ¿es la historia política de corte moderno la que es un resultado del

⁵⁵ Así el mismo Commynes valora su experiencia: “Yo tuve más relaciones con los grandes príncipes (así como reportes escritos con ellos) que ninguna persona en Francia de mi tiempo.” p.2

⁵⁶ *Memorias*, p.2.

⁵⁷ « [...] Pour donner l’illusion du vrai [...] il fallait respecter l’ambigüité du monde » Dufournet, *Op. Cit.*, p.13

⁵⁸ Un ejemplo de ello es la escena en la que Luis XI se entrevista con el Rey de Castilla. Al principio Commynes nos dice que: “Estos dos son los reyes más unidos, por tratado, en toda la cristiandad. Están ligados de rey a rey, de reino a reino y de hombre a hombre, bajo pena de los mayores infortunios que resulten de su separación.”, p.74. Más adelante Comynnes nos habla del desprecio que Luis XI sentía por el rey de Castilla, p.75. En este caso la ambigüedad está dada por la diferencia entre una cosa que se da por cierta (la amistad de Luis XI y el rey de Castilla) y la inconstancia de los personajes.

género de las *Memorias* o es, al contrario, el género narrativo que se pone al servicio de un nuevo tipo de pensamiento político? Es una dicotomía entre la narración de acciones políticas que constituyen un relato del tipo de la *Memorias*, con sus confusiones y sus contradicciones, o de otra manera, es el género narrativo que hace florecer una historia política de corte moderno, que pone el acento en la rapidez de los acontecimientos, en el constante cambio, en una constante crisis hermenéutica (que caracteriza a la historia política moderna) que da el efecto caótico de eventos e intenciones, y un texto de numerosos matices y extremas particularidades. La disyuntiva puede que sea falsa, pero merece nuestra atención.

Es un problema que se resume en la relación forma y contenido, y que ha sido tratado en especial por el historicismo.⁵⁹ Parece que en la medida que crece el texto commyniano, el autor se da cuenta de la oportunidad que tiene para exponer su pensamiento político, sin estar en el terreno de un texto de historia que tendría que ser criticado por su objetividad, ni tampoco en el recurso íntimo de una narración personal y restringida. Por ello, Commynes, al abrir un camino para la historiografía política, inaugura algunas de las problemáticas que este tipo de relato tendrá en la época moderna. Uno de los más relevantes es la relativización del punto de vista. La realidad en las *Memorias* aparece compleja y ambigua. En los actos políticos, Commynes dibuja siempre una sombra, incluso a veces estos aparecen vaciados de intenciones. Lo que se atestigua es la irrupción en el relato medieval de una realidad social de significaciones complejas. Esta problematización, que hasta ahora hemos hecho en términos de la narrativa commyniana, puede verse más claramente en una comparación con otro texto de su época.

4. Las *Memorias* y *El Príncipe* de Maquiavelo

En este apartado toca el turno de la comparación entre *El Príncipe* de Maquiavelo y el texto que edito, las *Memorias* de Philippe de Commynes. Uso la palabra comparación sin referirme a su sentido “agresivo”, que comprendo como la abstracción de una supuesta igualdad entre las proposiciones de un texto y otro. En cambio, lo que hago aquí, al comparar los dos textos, es elucidar algunas de las relaciones que los mantienen enlazados; haciendo esto de manera propositiva pero sobre todo restituyendo la historicidad a sus proposiciones.

⁵⁹ Los parámetros de este problema se pueden ver en: Hayden White. *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1992.

4. Las *Memorias* y *El Príncipe* de Maquiavelo

En este apartado toca el turno de la comparación entre *El Príncipe* de Maquiavelo y el texto que edito, las *Memorias* de Philippe de Commynes. Uso la palabra comparación sin referirme a su sentido “agresivo”, que comprendo como la abstracción de una supuesta igualdad entre las proposiciones de un texto y otro. En cambio, lo que hago aquí, al comparar los dos textos, es elucidar algunas de las relaciones que los mantienen enlazados; haciendo esto de manera propositiva pero sobre todo restituyendo la historicidad a sus proposiciones.

Para decirlo con palabras más simples. Para darle un lugar a Commynes hay que ponerlo a dialogar con la cultura de su época. Un texto que no es disímil y que nos ayuda a entender a las *Memorias* es *El Príncipe*. Por otra parte, creo que con este pequeño análisis –tratando de indicar el sentido historiográfico del texto de Commynes- terminé la presentación que he venido haciendo de las *Memorias*. Sin embargo, ello no quiere decir que con esto termine definitivamente la interpretación de Commynes, por el contrario, este primer análisis busca indicar la abundancia interpretativa a la que son susceptibles las *Memorias*. Así, esta comparación que me ha permitido entender mejor el texto commyniano, es una interpretación provisional.

Para empezar, hay que decir que *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo se considera como el libro que da origen a la teoría política moderna. Commynes está muy cerca de *El Príncipe* en tanto también es un fundador de un marco de pensamiento en el que la acción política se entiende de manera radicalmente diferente a su época precedente. Es así que el marco interpretativo en el que se valoran los dos textos es el horizonte de la génesis de los conceptos modernos. A pesar de que este argumento pueda parecer muy convincente trataré de problematizarlo un poco.

No trataré aquí de corroborar en qué medida, tanto un autor como otro, se encuentran imbuidos en estas dos grandes categorías que son lo medieval y la cultura moderna. Antes tengo que hacer un ejercicio de comparación en el que se pondrá de relieve una problematización de estas dos súper-categorías. Como se verá al final de este texto, tal comparación no prueba una pertenencia a una época histórica que nos podamos imaginar o a un contexto que demos por hecho. La operación inversa, que intento aquí, transforma estas dos súper-categorías en conceptos más complejos y más escurridizos.

Cuando Nicolás Maquiavelo nació en Florencia, en 1469, Philippe de Commynes contaba ya con veinticuatro años y estaba a un año de distancia de que le fuera otorgada su primera misión

diplomática importante. En 1489, al perder su cargo en la corte del rey con la muerte de Luis XI, Commynes empezó a redactar sus *Memorias*. En 1494, Carlos VIII emprendió una guerra contra Nápoles y Commynes estuvo a su lado. Esta excursión a Italia tuvo por resultado la expulsión de los Medici de Florencia y la restauración de la República. En 1495 Commynes se encontró con Savonarola, fraile dominico que venía influyendo en el sistema político de la República desde su restauración. El encuentro tuvo lugar tres años antes de la muerte del fraile florentino (de lo que escribiría Commynes) en 1498, el mismo año en que, como consecuencia de la salida de Savonarola de la escena política florentina, Maquiavelo recibió su primer cargo político como segundo canciller de la República Florentina. Dos años después, en 1500, Maquiavelo es enviado a Francia a la corte del rey Luis XII en su primera misión diplomática. No existe ningún indicio que haga pensar que ambos diplomáticos se hayan encontrado en este año o en 1507, año en que Commynes fue a Italia con Luis XII. En 1511 murió Commynes dejando el libro que él mismo titula *Memorias*. Un año después, la República Florentina se derrumbó y los Medici regresaron al poder. Maquiavelo perdió su puesto y en 1513 empezó la redacción de *El Príncipe*.

Las circunstancias que rodearon a estos dos personajes –como diplomáticos- son esencialmente las mismas. Esta fue una época en la que el éxito de un consejero real, un diplomático, etc., estaba marcado por la fragilidad de las circunstancias que se presentaban. Eran tiempos que cambiaban muy rápido y ante el curso de la carrera política se imponía la facilidad con la que la fortuna puede abandonar a “aquel que había favorecido antes”. No es fortuito que Commynes, al perder su cargo con la muerte de Luis XI y al ser retirado de la vida política por un tiempo, comience la redacción de las *Memorias*. Tampoco es fortuito que Maquiavelo, al ser retirado de la vida política con el regreso de los Medici, se haya escrito *El Príncipe*. La respuesta de ambos ante este infortunio fue la escritura. Esta base de experiencia sobre la contingencia del éxito político y la fragilidad de la misma acción política, por supuesto se expresa de manera contundente en los textos de Maquiavelo y Commynes.

La premisa según la cual ambos escritores habrían optado por construir discursos que intentan explicar la transformación de la institución política de su época, sin duda es importantísima para entender el lugar de estos textos de acuerdo a su época. El siguiente argumento que se sigue de este último es que ambos textos son la expresión de una transformación política sin precedentes, la de las monarquías feudales a los Estados modernos. Podría decirse que Commynes y Maquiavelo están el límite de su época o viven entre dos mundos. Ello acerca mucho a Maquiavelo

con Comynnes, puesto que la práctica escriturística se les presenta como una necesidad; un intento de recuperar el sentido de la acción política de su tiempo. Además, esta interpretación es corroborada por el hecho de que tanto Maquiavelo como Comynnes pertenecen a una nueva generación de hombres de estado que buscan su propia definición.

Es evidente que tanto las *Memorias* como *El Príncipe* son, en su origen, un relato de la experiencia que han obtenido en el transcurso de su vida. Sin embargo, aunque nos sirve mucho esta reflexión, el origen de la escritura de ambos diplomáticos, como modelo de intencionalidad, no abarca la totalidad de la interpretación de los textos. A pesar de que existe, en efecto, una situación de producción textual bastante parecida, los resultados de ambos relatos son diferentes.

En *El Príncipe*, Maquiavelo no escatima el uso de su experiencia personal para ilustrar sus preceptos políticos. Más que esto, la abstracción política de Maquiavelo no se refiere casi a nada más que a su propia experiencia. Es decir, si es verdad que la experiencia diplomática de Maquiavelo ha servido para la abstracción de la teoría política, el discurso de *El Príncipe* no está destinado más que a resolver la coyuntura histórica en que se halla Florencia en aquel momento.¹

En este momento aún no existe una separación duradera entre teoría y praxis. Por principio el relato de *El Príncipe* está fincado en la experiencia. Su contrato de veracidad se encuentra en el propio transcurso de la vida de Maquiavelo y es por ello mismo que le imprime tanta contundencia a sus proposiciones. Comynnes está en el mismo terreno. A pesar de que ambos textos amplían sus sentidos a través del tiempo, esta abundancia de significaciones está más restringida en la época de su producción. Es decir, la finalidad de *El Príncipe*, como bien lo nota Althusser, no es la construcción de categorías políticas modernas; antes que eso, es un texto histórico que busca convertirse en un instrumento político.²

De acuerdo a los preceptos de la historiografía humanista, Maquiavelo concibe que las obras de historia deben inculcar lecciones morales. Esto es bastante evidente en su *Historia de Florencia*, donde Maquiavelo pone a prueba todas sus capacidades literarias en la construcción de escenas

¹ Así se muestra cuando Maquiavelo escribe en el libro VII de *El Príncipe*: “De los principados nuevos adquiridos con armas ajenas y por la fortuna”, diciendo: “Estos individuos [quienes llegaron al gobierno por un golpe de fortuna] dependen sencillamente de la voluntad y de la fortuna de quien les ha concedido el Estado, dos cosas volubilísimas e inestables. Y no saben ni pueden conservar su puesto [...]” Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, trad. de Miguel Ángel Granada, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p.58. Evidentemente el que ha llegado al poder por un golpe de buena suerte es Lorenzo de Medici, a quien se dirige este texto y quien en este momento gobierna Florencia.

² Louis Althusser. *Maquiavelo y nosotros*, [1ª ed. de 1994] Madrid, Akal, 2004.

clásicas que tienen por fin extraer alguna enseñanza política. Pero si Maquiavelo usa a los autores clásicos para entender la política de su tiempo, no se ciñe a los valores clásicos, los utiliza y da una vuelta más a la tuerca. *El Príncipe* es la prueba de ello. Según Quentin Skinner, cuando Maquiavelo intenta explicar la acción política en *El Príncipe*, este se sirve de los valores humanistas, recuperando dos nociones centrales de la explicación histórica: la *virtú* y la *fortuna*. Skinner recuerda la idea según la cual la *fortuna* es un agente poderoso de transformación histórica. En la cultura clásica, la *fortuna* es una diosa que tiene por atributos la feminidad, la evasión, la volubilidad, etc., y sólo quienes son virtuosos pueden obtener sus favores.³ Una vez que es conquistada, la diosa trae honor y gloria a los que la “han tratado con rudeza”. En esto Maquiavelo sigue a la interpretación clásica al pie de la letra; sin embargo, lo novedoso, según Skinner, es que Maquiavelo posa, sobre la base de la relación *fortuna-virtú*, el problema de la libertad.

Si para el pensamiento clásico los favores de la fortuna podían obtenerse procediendo *virtuosamente*, de acuerdo con los valores cardinales de la racionalidad clásica,⁴ para Maquiavelo aquellos valores no se adecuan bien a su noción de *virtú*. Maquiavelo piensa que si un príncipe se comporta de acuerdo con estos valores lo único que provocará es su destrucción. Para Maquiavelo, un príncipe es “bueno” como a la vez es “malo”, porque la verdadera *virtú* consiste en adecuarse a la “necesidad de los tiempos”. Así, Maquiavelo trastoca la idea clásica de la *virtú*, quitándole uno de sus atributos fundamentales: su racionalidad. Pero este espacio no lo deja vacío, si Maquiavelo concibe que la acción política carece de racionalidad, no es porque crea que la política es un juego malvado sin sentido, sino porque en la acción política, el rasgo más visible (y de nuevo esto se exporta de la experiencia) es el de la libertad. Las consecuencias morales de esta sustitución son incalculables y es esto lo que lleva a una mala imagen de Maquiavelo en los siglos posteriores.⁵

A pesar de que Maquiavelo socava uno de los principios de la comprensión clásica de la acción política, su pensamiento no resulta negativo. Nuevamente, *El Príncipe* es la prueba de ello. Ahí, Maquiavelo está convencido que “el príncipe” que se da cuenta de la verdadera *virtú* (la que se adecúa a las circunstancias) podrá asegurar la sobrevivencia del Estado, incluso cometiendo todo

³ Quentin Skinner. *Maquiavelo*, [1ª ed. de 1984], trad. de Manuel Benavides, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p.39-48.

⁴ Bondad, prudencia, valor, coraje, generosidad, etc.

⁵ Sobre la imagen de Maquiavelo en los siglos subsecuentes véase: Michel Foucault, “Leçon du 1er février de 1978” [en el Colegio de Francia], en *Securité, territoire, population*, Paris, Seuil, Gallimard, 2004, p. 91-138.

tipo de exacciones. Es precisamente la “libertad” de la acción política lo que es positivo para la configuración histórica. Pensando en la situación de los Medici, cuando toman de nuevo el poder en Florencia, Maquiavelo no se da cuenta que introduce un problema mayor para las ciencias humanas. Esta es la razón por la que Skinner llama a Maquiavelo el “filósofo de la libertad”.⁶

Ahora bien, la práctica escriturística de Comynes está en el mismo margen de intención que la de Maquiavelo. Ambos políticos pertenecen a una incipiente clase de diplomáticos que buscan su lugar en el marco de un proceso de mejor definición de la organización política de los estados feudales. Es evidente que el intento de definir la razón de ser de sus ocupaciones diplomáticas en el seno de la política feudal, en el caso de Comynes, y la política republicana, en el caso de Maquiavelo, está en el centro de sus preocupaciones. La situación desventajosa en que se hallan los diplomáticos de su época los obliga a insistir tanto en el valor del consejo como una herramienta fundamental en la gestión principesca.

Al comienzo de sus *Memorias*, Comynes dice que tiene en cuenta que su texto se traduzca al latín.⁷ Comynes al igual que Maquiavelo, concibe que la historia debe contener una lección moral. En este sentido está muy cerca de los clásicos y puede que ésta sea la razón por la que pretende que su obra se traduzca en la lengua latina. Sin embargo, la realidad es que las *Memorias* se escriben en francés (al igual que Maquiavelo escribe en italiano) además, con el tiempo su obra se considerará una referencia patriótica de la literatura histórica francesa. Pero lo que anima a Comynes a escribir las *Memorias* no es tanto la recuperación desinteresada de los clásicos (su texto no muestra un conocimiento amplio de las referencias clásicas) como la necesidad de extraer las lecciones de su experiencia política.

Al igual que Maquiavelo, Comynes nos da prueba de una relación con el pensamiento clásico que no es sencilla: por una parte reconoce la importancia de los clásicos, aunque la tonalidad de la concepción histórica está dada por el acontecimiento experiencial. Con esto puede verse que el marco interpretativo del renacimiento humanista francés, que Johan Huizinga basa en la tensión

⁶ Skinner, *Op Cit.*, “El filósofo de la libertad”, p. 91-111. El texto de Skinner pretende ser una introducción al pensamiento de Maquiavelo. Por ello no problematiza en términos filosóficos esta visión de la “libertad” que Maquiavelo introduce en el seno de su teoría sobre la acción política. Aún así, la interpretación de Skinner por su novedad es muy útil para este estudio.

⁷ *Memorias*, p. 2.

de las nociones de forma y contenido, estilo y vida, no sirve para explicar el texto commyniano.⁸ Es verdad que Comynes no sigue el estilo de sus predecesores –a los que se ha llamado como “los grandes retóricos”– no obstante, la páginas de las *Memorias* contienen la fuerza humanista necesaria para decir que este es un texto renacentista.

Si cupiera la objeción de que las *Memorias* provienen esencialmente de la tradición de los *espejos de príncipe*, y por lo tanto, son parte de la tradición política monárquica, y por ello opuestos a la tradición del republicanismo renacentista, se estaría negando la síntesis que hace Maquiavelo entre estas dos tradiciones, que desde mi punto de vista, tal problemática tiene también un lugar en las *Memorias*. En efecto, como lo ha mostrado Ambrosio Velasco, el concepto de *virtú* unifica la lectura de *El Príncipe* y los *Discursos*, también por ello, la tradición política monárquica y la tradición republicana del “humanismo cívico”.⁹ La *virtú*, ya sea tenida por el príncipe o por los ciudadanos, tiene como función indispensable la sobrevivencia de la institución estatal.¹⁰ De esta manera, a pesar de que en Comynes no hallemos rastro de los conceptos republicanos¹¹ (o al menos no con la misma consistencia formal con la que se expresan en Maquiavelo) sí queda constatada la preocupación de Comynes por la relación entre el poder de un príncipe y la pervivencia del estado.¹² ¿Acaso esto sugiere que hay un paralelismo de las circunstancias políticas en los feudos franceses y los principados italianos, que hacen que salte a la superficie, abruptamente, la noción de estado, como un concepto necesario para explicar la Historia? Probablemente sí. A pesar de que en las *Memorias* ni siquiera se ponga a la república como una alternativa política, la noción de estado, bien público, *virtú* y fortuna son una constante en la argumentación de la narrativa histórica.

⁸ Huizinga aborda en unas pocas páginas, al final de su libro *El Otoño de la Edad Media*, el problema del renacimiento europeo. Centrándose en el “renacimiento francés” pone en juego una explicación del renacimiento como una etapa histórica que se anima por la oposición “estilo” y “vida”. En algunas partes del texto estos conceptos se pueden entender como equivalentes a “literatura” y “sociedad”. Johan Huizinga. “El advenimiento de la Nueva Forma” en *El Otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 415-429.

⁹ Ambrosio Velasco. *Republicanism and Multiculturalism*, México, Siglo XXI, 2006, p.62-75.

¹⁰ “En contra de las interpretaciones que sostienen el doble carácter del pensamiento maquiaveliano, considero que la dimensión monárquica y la republicana forman una teoría republicana del estado. Esta unidad está fundada en el criterio maquiaveliano de verdad efectiva, que es un criterio epistemológico eminentemente prudencial, basado en el conocimiento de la historia y en la experiencia de la actividad política.” *Ibid.* p. 66. Más adelante Velasco reitera: “Asumiendo una lectura intertextual podemos encontrar fácilmente que el concepto clave más general de las obras de Maquiavelo es el de estado.” *Ibid.*, p.67.

¹¹ A pesar de que sabemos que conoció las formas políticas de la república florentina.

¹² Hay varios ejemplos de ello. Quizá el más claro sea la frase con la que termina el segundo libro de las *Memorias*. El conde de Charolais desprecia los atributos del poder monárquico: “el Rey no tenía más que el homenaje que se le hacía y la autoridad de justicia”, en contraste con una visión estadista. *Memorias*, p. 93.

A lo largo de las *Memorias* se construye una imagen de Luis XI, que tiene “tanto bien como mal” que actúa “conforme a su voluntad” y es “el más sabio para salir adelante”. El interés de Commynes en sus primeros seis libros es señalar cuáles son las causas del éxito político de Luis XI frente a sus competidores como los duques de Borgoña y de Bretaña. Asombrosamente, la virtud que atribuye Commynes a Luis XI, en la que se fundamenta su éxito, es la “humildad frente a las circunstancias”. Los príncipes que fracasan su empresa lo hacen por arrogancia (como sucede con Carlos el Temerario); aquel que sobrevive es quien conoce su papel mundano. Es así que Luis XI sobrevive porque reconoce que “los príncipes son hombres como nosotros” y que “sólo a Dios pertenece la perfección”. Al resaltar este atributo principesco, Commynes está en la línea de Maquiavelo; de su experiencia sustrae una lección política invaluable: un príncipe obtiene la gloria y la fortuna cuando es flexible con sus circunstancias. En el texto de Commynes no se desprenden las consecuencias filosóficas sobre la relación de la libertad y la acción política, que sí se expresan en el texto de Maquiavelo. Sin embargo, está muy cerca. El éxito político de Luis XI no está basado en la posesión de las virtudes cardinales clásicas; puesto que es un príncipe en el que hay tanto “vicios como virtudes”, al contrario, los logros de Luis XI se fundamentan en una genuina habilidad política.

Si Maquiavelo comienza a partir del “golpe de fortuna” la descripción de las habilidades que necesita el “yo moral” para conquistar los favores de la fortuna, Commynes hace lo inverso. A través del reconocimiento de los rasgos de la personalidad de Luis XI debilita la concepción de la fortuna como una “ancilla dei”. Esta interpretación cristiana de la fortuna se expresa con gran coherencia en la *Consolación de la Filosofía* de Boecio. En esta obra la fortuna se caracteriza por ser un agente de la providencia de Dios; una fuerza inexorable que prueba que no hay honor ni gloria mundanos. De esta manera, Commynes, al hacer el retrato de su príncipe, reconoce que no es solamente la fortuna la causa del éxito político de Luis XI, también lo es su educación y las peripecias que forjaron su carácter cuando este era apenas un niño.¹³

Si Commynes no se expresa con tanta fuerza como Maquiavelo en estos temas, es porque las *Memorias* se hallan muy arraigadas en las limitaciones argumentativas de la Crónica. A pesar de ello, las *Memorias* constituyen un género aparte en el que la novedad surge de la necesidad de dar cuenta de la perplejidad con la que se concibe la acción política de su tiempo. Así, es verdad que

¹³ *Memorias*, p.37.

Commynes utiliza este género narrativo para expresar su opinión a lo largo del relato histórico.¹⁴ Es la experiencia relatada la que adquiere un valor preceptivo en Maquiavelo y un valor histórico en Commynes. Así dice el francés confiadamente: “Y de qué servirían los libros, que son objetos planos, sino fuera para recordar las cosas que han pasado; pues en un libro se puede ver más en tres meses de lo que veinte hombres pudieran ver en veinte vidas”.¹⁵

Es el paso de la vida a la escritura; de la experiencia a la historia, lo que le da un valor a la temporalidad. La escritura una vez plasmada se convierte en otro tiempo que ya no es el de la vida. Por eso mismo, la vida de Commynes, a pesar de que es el origen de su escritura, no es el último bastión de su sentido. El texto una vez escrito está en el orden de *lo escrito* y su sentido amplio se halla de acuerdo con los textos con los que se comunica, con su *contexto*. Así, el único sentido humanista que se puede atribuir a Commynes está en la apertura interpretativa que se pone de relieve en las páginas de las *Memorias*. Por esto excluyo la dicotomía de Huizinga, en tanto que el texto commyniano no puede identificarse con una tensión ejercida entre “concepto y estilo”, puesto que la comparación que he hecho no muestra la comprensión general de un “movimiento humanista”. El diálogo con *El Príncipe* reivindica la manera compleja con la que la escritura se refiere al pasado y sobre todo, a los textos pasados.

Termino así, sin otorgarle un sentido pleno al texto commyniano. Debe entenderse que así lo hago puesto se trata de una problematización que creo es necesaria para animar otras interpretaciones y continuar con la mía propia. Lo que es una certeza es que hay un cambio rápido, casi fulminante, a la mitad del siglo XV y en los primeros años del siglo XVI, en que la acción política, que se había explicado como una consecuencia de la “ancilla dei”¹⁶, se convierte en un problema humano. Es por ello que estos textos son vigentes, porque aún hoy sus palabras nos tocan.

¹⁴ Véase el apartado anterior: “Las memorias: un género narrativo”.

¹⁵ *Memorias*, p.71.

¹⁶ Téngase en cuenta que apenas unos años antes de que Commynes hiciera su vida política, la explicación de la acción política estaba fuertemente arraigada en el designio divino. La historia de Juana de Arco, quien corona a Carlos VII, el padre de Luis XI, en Reims, es un relato ejemplar de esta visión. *Vid.* Michel Winock, « Jeanne d’Arc », en Pierre Nora (ed.) *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1992, v.3.

Bibliografía

Ediciones de Commynes consultadas para esta edición:

Commynes, Philippe de. *Mémoires*. ed. de Joël Blanchard, Paris, Le Livre de Poche, 2001.

_____. *Mémoires*, ed. y trad. del francés antiguo de Joël Blanchard, Paris, Pocket, 2004.

_____. *Las memorias de Felipe de Comines con escolios propios de Don Ivan Vitrian Amberes, Empronta de Ivan Mevrsio,.. con licencia de los superiores, del virrey de Aragon, en 24. de Julio del año 1625. Del Vicario General de Calatayud en el de Henero 1631. Censvra del Senor Dean de Sigvenca...*, ed. de Ivan Vitrian, Amberes, Iván Meursio, 1624. [Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado]

_____. *Mémoires*, ed. de B. de Mandrot, Paris, 1901-1903, 2v.

_____. *Les memoires de messire Ph. de Commines, sur les principaux faicts et gestes de Louis onzieme et de Charles huictieme son fils, Roys de France*, ed. Denis Sauvage de Fontenailles, Paris, Galiot du Pré, 1552. [Biblioteca Nacional de Francia, Tolbiac]

Obras consultadas:

Althusser, Louis. *Maquiavelo y nosotros*, [1ª ed. de 1994], trad. de Beñat Balza, Madrid, Akal, 2004.

Bakos, Adrianna E. *Images of kingship in early modern France : Louis XI in political thought, 1560-1789*, Nueva York, Routledge, 1997.

Blanchard, Joël. *Commynes l'européen. L'invention du politique*, Génova, Droz, 1996.

Burns, J.H. (ed.). *The Cambridge History of Medieval Political Thought*, Camdridge, Cambridge University Press, 1988.

Cassagnes-Brouquet, Sophie, Pichot, Daniel, Martin, Hervé. *Religion et mentalités au Moyen Âge*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2003.

Demers, Jeanne. *Commynes Mémorialiste*, Montreal, Presses Universitaires de Montréal, 1975.

Dosse, François. *Les courants historiques en France: XIXe-XXe siècle*, Paris, Gallimard, 2007.

Dubois, Claude-Gilbert. *La conception de l'histoire en France au XVIème siècle (1560-1610)*, Paris, A. G. Nizet, 1977.

Duby, Georges. *Hombres y estructuras de la Edad Media*, [1ª ed. de 1973] trad. de Arturo Roberto Fripo, México, Siglo XXI, 2000.

_____. *Europa en la Edad Media*, [1ª ed. de 1979], trad. de Luis Monreal y Tejada, Barcelona, Paidós, 2007.

_____. *Atlas Histórico Mundial*, Madrid, Debate, 1997.

Dufournet, Jean. *Philippe de Commines, Un historien à l'aube de temps modernes*. Bruxelles, De Boeck Université, 1994.

Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población*, Paris, Seuil, Gallimard, 2004.

Gaussin, Pierre Roger. *Louis XI: un roi entre deux mondes*, Paris, A. G. Nizet, 1976.

Genet, Jean-Philippe. « L'évolution du genre des Miroirs de princes », Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1997.

_____. (ed.). *Coups d'état à la fin du moyen âge ? : Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale*. Madrid, Casa de Velázquez, 2005.

Hay, Denys. *Annalist & Historians. Western Historiography from the VIIIth to the XVIIIth Century*, Londres, Methuen & Co, 1977.

Huizinga, Johan. *El Otoño de la Edad Media*, [1ª ed. de 1927], ed. de José Gaos, Madrid, Alianza Editorial, 2005.

Le Goff, Jacques. *La Civilización del Occidente medieval*, [1ª ed. de 1982], trad. de Godofredo González, Barcelona, Paidós, 2002.

_____. *Los intelectuales en la Edad Media*, [1ª ed. de 1985], trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 2008.

Maquiavelo, Nicolás. *Historia de Florencia*, trad. de Felix Fernández Murga, Madrid, Alfaguara, 1979.

Mitre Fernández, Emilio. *Historia de la Edad Media Occidente*, [1ª ed. de 1983], Madrid, Alhambra, 1988.

_____. *El Príncipe*, trad. de Miguel Ángel Granada, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

Nora, Pierre. *Les Lieux de Mémoire*, Paris, Gallimard, 1992.

Orcástegui, Carmen. Sarasa, Esteban. *La historia en la Edad Media. Historiografía e historiadores en Europa Occidental: siglos V-XIII*, Madrid, Cátedra, 1991.

Pauphilet, Albert. (ed.). *Historiens et chroniqueurs du Moyen Âge*. Paris, Editions de la Nouvelle Revue Française, 1938.

Pirenne, Henri. *Historia económica y social de la Edad Media*, [1ª ed. en francés de 1933], trad. de Salvador Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

_____. *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, [1ª ed. en francés de 1936], trad. de Juan José Domenchina, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Romero, José Luis. *La Edad Media*, [1ª ed. de 1949], México, Fondo de Cultura Económica, 2006. (Breviarios, 12)

Seibt, Ferdinand y Eberhard, Winfried (eds.). *Europa 1400. La crisis de la baja Edad Media*, [1ª ed. de 1984], trad. de Alfredo Mateos Paramio, Barcelona, Crítica, 1993.

Skinner, Quentin. *Maquiavelo*, [1ª ed. de 1984], trad. de Manuel Benavides, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

Velasco, Ambrosio. *Republicanism y Multiculturalismo*, México, Siglo XXI, 2006.

White, Hayden. *El contenido de la forma, narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

5. Cuadro cronológico

Vida de Commynes y acontecimientos en los que estuvo presente	Acontecimientos Políticos	Acontecimientos culturales
<p>1445 Nacimiento de Commynes en el castillo de Renescore</p>	<p>1453 Toma de Constantinopla por los turcos. La toma de Constantinopla por Mehmed II representó el fin del imperio bizantino en pos de la expansión del Imperio Otomano. Con Constantinopla bajo el dominio musulmán el comercio entre Europa y Asia declinó súbitamente. Esto animó la búsqueda de nuevas rutas entre Europa y Asia, dando lugar a la época de las exploraciones como la de Vasco da Gama y Cristóbal Colón.</p>	<p>1450 (circa) inicio de la imprenta con la llegada de Gutenberg a Mayence</p>
<p>1464 (primeros días de noviembre) Commynes se pone al servicio del conde sin ningún puesto en específico</p>	<p>1455 Inicio de la guerra civil inglesa llamada "guerra de las dos rosas". Enfrentó intermitentemente a los miembros y partidarios de la Casa de Lancaster contra los de la Casa de York entre 1455 y 1485. Ambas familias pretendían el trono de Inglaterra, por origen común en la Casa de Plantagenet, como descendientes del rey Eduardo III. La guerra se dio principalmente entre los miembros de la aristocracia terrateniente y ejércitos de los señores feudales. provocó la extinción de los Plantagenet y debilitó enormemente las filas de la nobleza, además de generar gran descontento social. Este período marcó el declive de la influencia inglesa en el continente europeo, el debilitamiento de los poderes feudales de los nobles y, en contrapartida, el aumento de influencia por parte de los comerciantes, y el crecimiento y fortalecimiento de una monarquía centralizada bajo los Tudor.</p>	<p>1456 Antoine de La Sale, <i>Jehan de Saintré</i></p>
	<p>1461 (20 de junio) advenimiento de Edward IV de York. Fue el rey más importante de la familia de York, durante la "guerra de las dos rosas".</p>	
	<p>1461 (22 de julio) muerte de Carlos VII. Este logró expulsar finalmente a los ingleses de Francia durante la guerra de "Cien Años". A su muerte su hijo Luis XI regresa del condado de Borgoña para sucederle en el trono.</p>	

	1463 (septiembre) Louis XI compra las ciudades de la Somme al duque de Bourgogne: Felipe el Bueno. Esta controversia es el origen de las guerras francoborgoñesas, entre Luis XI y Carlos el Temerario.	
	1464 El 15 de agosto muere del papa Pío II y el primero de agosto muere de Cosme de Medici. Advenimiento de Pedro de Medici y de Pablo II (30 de agosto)	
1470 (junio-julio) Commynes va como diplomático a Calais para reunirse con Wenlock, capitán de Calais.	1466 (8 de marzo) muerte de Francisco Sforza, duque de Milán.	1469 traducción de la <i>Historia de Alejandro</i> por Vasque de Lucène
1470 (octubre) Commynes va de nuevo a Calais	1475 (6 de julio) Eduardo IV entra a Francia con su ejército. De regreso de Borgoña, donde había sido recibido por Carlos el Temerario y al haber derrotado a sus enemigos de la casa de Lancaster, durante la "guerra de las dos rosas. Una vez que aseguró el trono, Eduardo emprende una breve campaña militar en contra de Francia.	1470 <i>Farce de Maistre Pathelin</i> . Esta obra de teatro se considera como la primera del género cómico en la literatura francesa. Su popularidad se atestigua en las numerosas reediciones durante el siglo XV
1471 (mayo) viaje de Commynes a Londres	1476 (26 de diciembre) asesinato de Galeazo María Sforza, duque de Milán, hijo de Fransisco Sforza. Hubo tres principales involucrados en la muerte de Galeazzo: Carlos Visconti, Gerolamo Olgiate y Giovanni Andrea Lampugnani, todos oficiales con altos cargos en la corte milanesa. Giovanni Andrea Lampugnani descendía de la nobleza milanesa y se le reconoce como cabeza de la conspiración. Sus principales motivos estaban basados en una disputa por unas tierras, en la que Galeazzo falló al intervenir haciendo que la familia Lampugnani perdiera propiedades considerables.	1470 <i>Traitté des faiz et haultes prouesses de Cyrus</i> de Vasque de Lucène
1472 (noche del 7 al 8 de agosto) Commynes se pone al servicio de Louis XI	1479 (19 de enero) Fernando el Católico, rey de Aragón	1470 inicio de la imprenta en París

<p>1473 (27 de enero) Commynes se casa con H��l��ne de Chambes. Se convierte en el señor de Argenton</p>	<p>1479 (8 de septiembre) entrada de Ludovico Sforza a Milán. Tras el asesinato del hermano mayor de Ludovico Galeazo María Sforza en 1476, la corona pas�� a su sobrino de 7 años de edad Gian Galeazzo Sforza. Ludovico se apoderó del control del gobierno de Milán durante la minoría de edad de Gian Galeazzo, a pesar de los intentos de quitarle del poder. Cuando Gian Galeazzo murió en 1494, Ludovico recibí la corona del ducado por los nobles milaneses.</p>	<p>1471-1472 <i>Histoire de Charles VII</i> de Thomas Basin. Basin, antes consejero de Carlos VII, se opuso al gobierno de Luis XI, lo que causó su exilio y la redacción de su <i>Historia</i>.</p>
<p>1476 (enero) Commynes entra a la orden de la Hermine</p>	<p>1481 (3 de mayo) muerte del sultán otomano Mehmed II. Lo sucede Beyazid II.</p>	<p>1473 Georges Chastellain es calificado como "historiógrafo" e "indiciario" de la corte de Borgoña.</p>
<p>1476 (marzo-julio) misiones de Jean Bianco y François da Pietrasanta enviados por Gal��as Marie Sforza con Louis XI. Desde entonces a Commynes se le encarga llevar los asuntos italianos y saboyanos</p>	<p>1483 (9 de abril) muerte de Eduardo IV. Antes de su muerte designa a Ricardo III como "lord protector" de Inglaterra en razón de la minoría de edad de su sucesor: su hijo Eduardo V. A la muerte de Eduardo IV, Ricardo III declara bastardo a Eduardo V y asume el trono de Inglaterra.</p>	<p>1473-1475 <i>Apologie</i> de Thomas Basin</p>
<p>1477 Commynes es excluido del reglamento de sucesión de Bourgo��ne</p>	<p>1483 (30 de agosto) muerte de Louis XI. Le sucede en el trono su hijo Carlos VIII. Siendo su sucesor menor de edad es "regente" del trono la hermana de Carlos VIII Ana Beaujeu.</p>	<p>1473-1487 <i>Histoire de Louis XI</i> de Thomas Basin</p>
<p>1478 (7 de septiembre) El rey le otorga a Commynes los feudos de G��nes y Savone</p>	<p>1484 (15 de enero al 14 de marzo) Los Estados Generales se reunen en Tours convocados por Ana Beaujeu ante la pretensión de Luis de Orleans de ocupar la regencia de Carlos VIII. Los Estados Generales se crearon en 1302 por Felipe el Bello y tenían como función la reunión de clérigos, nobles y burgueses en casos de crisis política o financiera. La convocación de los Estados Generales de 1484 son de especial importancia pues por primera vez se reconoce que el poder que se otorga a la monarquía viene del "pueblo"; además por primera vez son representados en esta asamblea los campesinos.</p>	<p>1475 Jean Molinet se convierte en "indiciario" a la muerte de Chatellain. Molinet había sido secretario de Chastellain. Se le caracteriza como la insignia del estilo "retórico" en la poesía borgoñesa.</p>
<p>1483 (27 de octubre) es parte del consejo provisional que se forma a causa de la minoría de edad de Charles VIII</p>	<p>1492 (2 de enero) Toma de Granada. Fin de la reconquista española.</p>	<p>1477 (enero) publicación de las <i>Grandes Chroniques de France</i>. Esta compilación de obras históricas, escritas entre los siglos XIII y XV, narran la historia de los reyes de Francia desde sus</p>

		orígenes hasta mediados del siglo XV.
1484 miembro del Consejo Real acordado por los Estados Generales de Tours	1492 (9 de abril) muerte de Lorenzo de Médici. Su hijo Pedro II de Medici le sucede.	
1485 (agosto) Commynes es expulsado de la corte por René de Lorraine, quien se convierte en aliado de los Beaujeu. Participa en los preparativos de la "guerre folle"	1492 (12 de octubre) Colón llega a América	1486 inicio de la predicación de Savonarola en Florencia
1487 (14 de enero) Commynes es arrestado en Amboise y puesto en prisión en Loches	1494 (9 de noviembre) Los Medici huyen de Florencia. Tras la invasión de Carlos VIII Pedro II de Medici acepta la rendición. Los florentinos expulsan a Pedro II y restauran el gobierno republicano.	1486 <i>Mystère de la Passion</i> por Jean Michel en Angers. Esta obra de teatro fue originalmente compuesta por Arnoul Gréban. Jean Michel la alarga y modifica.
1489 (24 de marzo) el Parlamento decide condenar a Commynes a vivir en una de sus tierras relegado de cualquier asunto político. Se va a Dreux	1498 (7 de abril) Muerte de Carlos VIII. Al hallarse sin descendencia la corona de Francia pasa a su primo Luis de Orleans o Luis XII	1488 Jean de Candida comienza una reedición de las <i>Grandes Chroniques de France</i>
1493 Commynes forma parte de la comisión real encargada de las relaciones con Italia	1498 (23 de mayo) Suplicio de Savonarola. Tras ser excomulgado (1497) y a la muerte de su protector Carlos VIII, Savonarola es arrestado en Florencia y torturado en prisión hasta que firma una confesión. El 23 de mayo se le quema en Florencia.	1489-1490 redacción de la primer parte de las <i>Memorias</i> (libros I-VI)
1495 (inicios de septiembre) Commynes es enviado a Casale para negociar con Jacques Suardo, embajador de la Ligua, y Julio Cattaneo, enviado de Ludovico Sforza		1490 <i>Mémoires</i> de Olivier de la Marche. Estas <i>Memorias</i> son otra fuente privilegiada para entender la época que relata Commynes. Olivier de la Marche, armado caballero borgoñés en la batalla de Monthléry, relata en sus <i>Memorias</i> el período de 1435-1492.
1495 (9 de octubre) principal artífice del tratado de Verceil		1491 Commynes termina el libro VI de las <i>Memorias</i>
1495 (25 de noviembre) se encuentra con Ludovico Sforza en Vigevano para pedir la ejecución de las cláusulas del tratado de Verceil		1492 (julio) <i>Apologues</i> de Guillaume de Tardif. Preceptor de Carlos VIII Tardif publica en francés bajo el nombre de <i>Apólogos</i> los <i>Facetiae morales</i> de Lorenzo Valla

1504 (agosto) casamiento de la hija de Commynes Jeanne René de Brosse (de la casa de Bretaña)		1493 Jean Meschinot los <i>Lunettes des princes</i> . El poema moralista que escribe el bretón se considera como el primer libro impreso en Nantes.
1505 (julio) Commynes se incorpora en la corte. Louis XII apoya las negociaciones de Commynes con los banqueros de los Medici		1495 Novela <i>Jehan de Paris</i> de Pierre de Sala
1505 (30 de diciembre) es nombrado chambelán ordinario del rey		1497 redacción de los libros VII y VIII (hasta el capítulo XXII) de las <i>Memorias</i>
1506 (mayo) es enviado a Alemania para reunirse con los Electores del Imperio		1498 (antes del 7 de abril) redacción del libro VIII (capítulo XXIII), (octubre) redacción de los capítulos XXIV-XXVII
1511 (18 de octubre) muerte de Commynes en el castillo de Argenton		1498 Simon de Phares <i>Recueil des plus célèbres astrologues</i> . Este es un texto que compendia el conocimiento astrológico de la época. Simon de Phares fue astrólogo de Carlos VIII, después el Parlamento y La Sorbona declaran sus textos heréticos. Phares es puesto en prisión pero logra escapar.
		1500 muerte de Olivier de La Marche
		1504 Jean Bouchet, <i>Les Regnarts traversant</i> . Pertenece al grupo de escritores medievales franceses llamados "Grandes Retóricos". Es uno de los primeros escritores franceses que ataca a Lutero en lengua vernácula.
		1504-1505 <i>Vergier d'honneur</i> de André de La Vigne. Acompañó a Carlos VIII en las campañas militares en Italia.
		1507 Jean Lemaire de Belges se convierte en "indiciario" a la muerte de Jean Molinet. Es uno de los "grandes retóricos".
		1507 Lutero es ordenado padre
		1509 nacimiento de Calvino
		1511 Erasmo publica el <i>Elogio de la Locura</i>

		1512 <i>Journal</i> de Philippe de Vigneulles. Viniendo de una familia campesina, Vigneulles logra algunos puestos de importancia en su ciudad natal Metz. El <i>Journal</i> y la <i>Chronique</i> son unos de los primeros ejemplos del género narrativo denominado "La Nouvelle".
		1514 traducción del <i>Compendium</i> de Robert Gaguin
		1517-1539 Paul Émile De Rebus gestis Francorum. Nombrado cronista oficial de Carlos VIII, el italiano Paul Émile escribe originalmente esta obra de la historia de Francia en latín, y sólo es hasta 1581 que se traduce en francés.
		1525 <i>Chronique</i> de Philippe de Vigneulles. "La Nouvelle", género que aparece en esta época, consiste en una mezcla de autobiografía, historia universal e historia de la vida cotidiana. La <i>Chronique</i> comienza en el origen del mundo y acaba en 1525, pasando por la historia cotidiana de Metz.

PHILIPPE DE COMMYNES

MEMORIAS

Prólogo

Monseñor Arzobispo de Viena, en respuesta al encargo que me pidió de escribir y recordar lo que supe y aprendí de los acontecimientos del rey Luis XI - ¡que Dios lo perdone! -, nuestro amo y nuestro bienhechor - un príncipe tan digno de pasar a la posteridad- he escrito lo más apegado a la verdad, tanto como me lo permiten los recuerdos.

De su juventud no podría decir más lo que él mismo me contó; pero desde el momento que vine a su servicio hasta la hora de su muerte, en la cual estuve presente, me quedé a su lado más que cualquiera, en el oficio que era el mío: el de chambelán o adjunto a los más importantes asuntos. En él, como en otros príncipes que conocí o serví, vi tanto bien como mal, ya que los príncipes son hombres como nosotros. Sólo Dios tiene la perfección. Pero cuando en un príncipe la virtud y las buenas disposiciones no lo arrojan a los vicios, este merece grandes elogios; ya que los príncipes tienden más que otros a actuar conforme a su voluntad, ya sea por su educación y los pocos regaños que han recibido en su juventud como porque cada quien se sobrestima cuando llega a la edad adulta. Y como yo no quisiera mentir, podría ser que en algún lugar de este discurso pudiéramos encontrar algo que no sea parte de la gloria de Luis, sin embargo tengo la esperanza que aquellos que lo lean admitan las razones que he dado más arriba. Y estaría bien decir por su honor que no conocí algún príncipe con menos vicio que él. No tome a la ligera esto. Yo tuve más relaciones con los grandes príncipes (así como reportes escritos con ellos) que ninguna persona en Francia de mi tiempo. Así, hablaré de aquellos que reinaron en este reino o en el de Bretaña, dentro de las regiones de Flandes, en Alemania, en Inglaterra, en España, en Portugal, en Italia, así como de los señores temporales y espirituales; igualmente de aquellos que no conocí personalmente pero de los que tengo conocimiento por el correo de sus embajadas, cartas e instrucciones, gracias a las cuales podemos informarnos bien de su carácter y sus intenciones. Es así que no pretendo por nada disminuir el honor ni el buen renombre de los demás señores; lo que aquí le envío es lo que he recordado espontáneamente; teniendo en cuenta que agregue mi relato en una obra que tiene pensado hacer en latín, una lengua que usted conoce bien. Así, podremos apreciar la grandeza del

príncipe del cual le voy a hablar, así como la de su espíritu.¹ Y si algo me faltara, puede dirigirse con monseñor Du Bouchage y otros con los que podrá hablar mejor y escribirle en mejor lengua que la mía. Sin embargo, en razón del honor que me hizo, de la intimidad que compartí con él y de las riquezas que me dio (y eso sin interrupción hasta su muerte) es verdad que nadie sabría acordarse mejor de él que yo. Las pérdidas y los sufrimientos que tuve que soportar después de su muerte están ahí para recordarme las gracias que recibí de él. Bien se sabe que después del deceso de un príncipe tan grande y tan poderoso los cambios son violentos, y si unos ganan otros pierden, ya que los bienes y los honores están lejos de ser compartidos por quienes los reciben y quienes los merecen. Y para informarle, como usted me lo pide, sobre el tiempo que pasé cerca de él, me es necesario comenzar antes del momento que llegué a servirle; en seguida, según el orden cronológico, continuaré mi relato hasta el momento en que estuve a su servicio y finalmente iré hasta su muerte.

¹ “ainsi que celle de votre esprit”, Commynes se refiere al arzobispo de Viena. (Angelo Cato [¿? - antes de 1498], Napolitano, emigra a Lorena, donde se convierte en médico y consejero de Juan y Nicolás, duques de Calabre, pasa en 1476 al servicio de Luis XI, quien lo hace arzobispo de Viena. También es un humanista brillante y un astrólogo con reputación). N. del E. Fr.

Libro I

Capítulo 1

Revuelo en la corte de Borgoña.

Al salir de la niñez, en el momento en el que pude montar a caballo, me trajeron a Lille con el duque de Borgoña, al que llamábamos entonces conde de Charolais: él me tomó a su servicio en 1464. Más o menos tres días después, los embajadores del Rey llegaron a Lille. Ahí estaba el conde d'Eu, el canciller de Francia Morvilliers y el obispo de Narbonne. Aquel día se les dio audiencia pública en presencia del duque Felipe de Borgoña, del conde de Charolais y de todo su consejo. En la audiencia Morvilliers tomó la palabra con gran arrogancia: este acusó al conde de Charolais de haber hecho capturar, mientras él se encontraba en Holanda, un pequeño navío de guerra que partió de Dieppe en el que venía el bastardo de Rubempré, a quien se echó a la prisión. El conde de Charolais acusaba al bastardo de querer remplazarlo en Brujas (ciudad donde residen gran cantidad de extranjeros). Tal cargo, se decía que se había hecho por un caballero borgoñés, Olivier de la Marche. Por esas razones, el Rey, encontrándose injustamente involucrado, según su voluntad, pedía al duque que se hiciera prisionero al tal Olivier de la Marche y que lo enviaran con él para que pudiera castigarlo como fuera conveniente.

A eso el duque Felipe les respondió que el señor Olivier de la Marche había nacido dentro del condado de Borgoña, que era un mayordomo¹ de condado y no estaba sujeto al poder de la corona, así que si había hecho cualquier cosa contra el honor del Rey y si la información lo pudiera confirmar, él mismo aplicaría el castigo apropiado. El duque dijo que en lo que respectaba al bastardo de Rubempré, su comportamiento y su conducta, así como los de su séquito, en los alrededores de La Haya en Holanda (donde se encontraba su hijo el conde de Charolais en este momento) explicaban su arresto. También dijo que si su hijo era suspicaz, eso no le venía de él sino de su madre, la persona más desconfiada que jamás hubiese conocido; que a pesar de que él no compartía el carácter de su hijo, no hubiera actuado de manera diferente si él mismo se hubiera encontrado en tal situación

¹ “maître d’hôtel” N. del T.

con el bastardo de Rubempré; y que si la intención del bastardo de relevar a su hijo no era probada, lo pondría en libertad lo más pronto para enviarlo con el Rey, como los embajadores lo pedían.

Morvilliers volvió a tomar la palabra lanzando graves acusaciones contra el duque Francisco de Bretaña. Este último y el conde de Charolais habían pactado secretamente una alianza para la guerra, cuando el conde estaba en Tours para ver al Rey. Tanneguy Du Chastel (quien después fue gobernador del Rosellón) un hombre poderoso en el reino, les había servido como intermediario. De esa manera, Morvilliers, sin escatimar en ninguna palabra injuriosa y humillante que se pueda hacer a un príncipe, denunciaba un acto de bastante gravedad. A lo que el conde de Charolais (profundamente consternado por las acusaciones que le llevaban contra su amigo y aliado) quiso varias veces responder. Pero Morvilliers lo interrumpía sin cesar: “Monseñor de Charolais decía, no vine aquí para hablarle a usted sino a monseñor su padre”. El conde suplicó varias veces a su padre poder replicar, su padre le dijo: “Respondí por ti como creo que un padre debe responder por su hijo. Pero si lo deseas tanto, reflexiona hoy y mañana di lo que quieres decir”. Morvilliers seguía diciendo que él veía una sola razón que hubiera podido provocar que el conde se aliase con el duque de Bretaña: la pensión que el Rey le había quitado para después otorgársela al gobierno de Normandía.

Al día siguiente, en asamblea con la presencia de aquellos que vengo de evocar, el conde de Charolais, arrodillado con un pie sobre un cojín de terciopelo, se dirigió a su padre. Comenzó por justificar los fundamentos de la captura del bastardo de Rubempré, dijo que eso sería demostrado durante el proceso. Yo creo que no se encontró nada, aunque las sospechas fuesen grandes; después yo mismo vi como se liberó al bastardo luego de cinco años de prisión. En seguida, el conde comenzó a disculparse y a este le siguió el conde de Bretaña. Dijeron que era cierto que habían acordado una alianza y amistad, pero que esta alianza no era en perjuicio del Rey sino al contrario: se había hecho para servirle y apoyarlo cuando se necesitara. En cuanto a la pensión que se le había retirado, dijo que de esta no había recibido más que una parte, por un monto de nueve mil francos, y que jamás había reclamado la pensión ni el gobierno de Normandía. Así, continuó diciendo el conde, mientras tuviera el favor de su padre, él podía pasar por alto los demás bienes. Y yo creo

verdaderamente que si no hubiera estado ahí su padre, a quien temía, el conde de Charolais hubiera usado palabras más agresivas. El duque Felipe concluyó sabiamente - con todo de humildad- que se le suplicase al Rey no creer a la ligera lo que se decía en contra de su hijo y de él, que le manifestase la bondad que siempre le brindaban.

Después de eso se trajo el vino y las especias. Los embajadores se despidieron del padre y del hijo. Pero cuando el conde d'Eu y el canciller se hubieron despedido del conde de Charolais, éste último, que estaba lo suficientemente lejos de su padre, dijo al obispo de Narbonne, que venía al último: “¡Recuérdeme con el Rey, y dígame que me ha regañado bastante este canciller pero que se arrepentirá de aquí a un año!”. El obispo de Narbonne transmitió el mensaje al Rey, como se verá más adelante. La visita de Morvilliers suscitó en el conde de Charolais un gran odio hacia el Rey; agregando que un poco antes el Rey había comprado por cuatrocientos mil escudos las ciudades situadas en la Suma, como Amiens, Abbeville, Saint-Quentin, y otras, las cuales Carlos VII había dado a Felipe de Borgoña a través del tratado de Arras, para que las disfrutasen él y sus herederos varones. Eran dos hermanos, monseñores de Croÿ y de Chimay, y algunos más cercanos a ellos, quienes llevaban los asuntos del duque (ya viejo) y fueron estos quienes habían recibido el dinero del Rey y le habían restituido las tierras, lo que enfadó mucho a su hijo el conde: estas tierras se situaban en los límites y las fronteras de sus señorías, con este trato perdían muchos sujetos que eran guerreros de calidad. El conde le imputó la responsabilidad a los Croÿ. Encontrándose su padre en el ocaso de su vida, el conde expulsó a todos los Croÿ y les confiscó todas las tierras y bienes que tuviesen en sus manos.

Capítulo 2

Los comienzos de la guerra del bien público.

Pocos días después de la partida de los embajadores, el duque de Borbón: Juan (ese mismo que murió recientemente) llegó a Lille bajo el pretexto de ver a su tío. De entre todas las casas de príncipes del mundo, al duque de Borgoña le gustaba más aquella de Borbón. El duque de Borbón era el hijo de la hermana del duque Felipe; viuda desde hace mucho tiempo, ella vivía al lado de su hermano el duque con varios de sus hijos: tres niñas y un niño. La verdadera razón de la llegada del duque de Borbón era la siguiente:

quería convencer al duque de formar un ejército, como lo harían todos los demás príncipes de Francia, para volver a mostrar al Rey que el gobierno que hacía de su reino era malo e injusto, diciendo que tenían que tener fuerza para obligarlo si no quería seguirlos. Esta guerra fue después llamada “guerra del Bien público”, ya que se había emprendido tomando como pretexto el “bien público” del reino.

El duque Felipe, que después de su muerte fue llamado “buen duque Felipe”, consintió que se formaran las tropas, pero en el fondo el asunto verdadero se le escapaba, y nunca pensó que se volvería una cosa violenta. Rápidamente se comenzó a movilizar gente por todos lados, y el conde de Saint-Paul, después general de Francia, vino al lado del conde de Charolais, en Cambrai, donde entonces estaba el duque Felipe. Una vez ahí, con el mariscal de Borgoña, de la casa de Neufchâtel, el conde de Charolais reunió una gran asamblea de consejeros y gentes de su padre en el palacio del obispo de Cambrai, allí declaró públicamente que todos aquellos que pertenecían a la casa de Cröy eran sus enemigos mortales, tanto para él como para su padre (aún sabiendo que, hacía mucho tiempo, el conde de Saint-Pol había casado su hija con el señor de Cröy), no obstante, éste último dijera haber sido forzado). En breve, todos los Cröy tuvieron que irse de las tierras del duque de Borgoña, perdiendo en su huída muchos bienes.

Todo esto entristeció al duque Felipe, cuyo primer chambelán, nombrado después monseñor de Chimay, era un hombre joven, de excelentes disposiciones, sobrino del señor de Cröy. Él dejó a su amo sin decir adiós, por temor a su persona: se le había hecho saber que de otra manera se le haría prisionero o se le mataría. La avanzada edad del duque Felipe lo obligaba a tolerar estas acciones llevadas a cabo contra sus hombres; estas acciones que estaban enteramente dirigidas hacia la restitución de los señoríos situados en el río Suma, que el duque Felipe había devuelto al rey Luis por la suma de cuatrocientos mil escudos. El conde de Charolais acusaba a la casa de los Cröy de haber hecho aceptar al duque esta restitución.

El conde de Charolais se reconcilió con su padre lo mejor que pudo y pronto puso sus soldados en campaña. Con él se encontraba el conde de Saint-Pol, quien tenía la

responsabilidad principal en la conducción de los asuntos militares, siendo el jefe superior del ejército del conde. Había fácilmente trescientos soldados y cuatro mil arqueros bajo sus órdenes, entre los cuales se encontraban excelentes hombres de armas y escuderos en gran número, que habían venido bajo las órdenes del conde de Charolais y su comandancia en los países de Artois, de Hainaut y Flandes. El monseñor de Ravastin, hermano del duque de Clèves también tenía tropas de la misma importancia al igual que Antoine, bastardo de Borgoña. A todos estos se habían puesto bajo su autoridad excelentes caballeros. También había otros jefes que no nombraré ahora para no prolongarme; sólo señalemos a dos de ellos, los cuales eran de gran confianza para el conde de Charolais: uno era el señor de Haubourdin, un viejo caballero, hermano bastardo del conde de Saint-Pol, formado durante las antiguas guerras franco-inglesas, cuando Henri, el quinto rey de Inglaterra con este nombre, reinaba en Francia y con el que el duque Felipe se reunió y se alió. El otro se llamaba el señor de Contay, quien era de la misma generación que el primero. Estos dos eran caballeros sabios y valerosos que tenían la comandancia principal del ejército.

Había muchos jóvenes, entre ellos, uno muy reputado llamado Felipe de Lalaing, quien venía de un linaje de hombres bravos y valientes: todos –pocos faltaron- habían muerto en la guerra al servicio de su señor. El ejército podía albergar mil cuatrocientos soldados mal equipados y poco expertos, ya que hacía bastante tiempo que estos señores vivían en paz, y después del tratado de Arras habían visto raramente una guerra más o menos larga, creo que hacía más de treinta y seis años que ellos estaban en descanso, si exceptuamos algunas pequeñas guerras contra Gante que no habían durado nada. Los soldados tenían excelentes monturas con un equipaje importante, casi no había quien tuviese consigo cinco o seis caballos grandes. Arqueros debía haber ocho o nueve mil. Cuando se terminó de pasar revista, se prefirió conservar a los mejores y no llamar más caballeros.

En esta época los súbditos de la casa de Borgoña eran muy ricos gracias a la paz, que había desde hacía tiempo, y a la bondad del duque, que les imponía poco. En mi opinión, sus tierras merecían el nombre de Tierra prometida más que ningún otro señorío en el mundo; estaban colmados de riquezas y plena tranquilidad; lo que no fue el caso después

de esta situación, que había durado veintitrés años. Particularmente los gastos del vestido de hombres y mujeres eran considerables (más allá de lo necesario) los festines y los banquetes eran más imponentes y abundantes que en ninguna otra parte, ¡los baños y otros lugares de retozos con las mujeres (hablo de mujeres de pequeña condición) se multiplicaban sin ninguna reserva ni pudor! En suma, para los súbditos de esta casa, ningún príncipe era lo suficientemente grande, al menos ninguno que pudiera atacarlos (y hoy no conozco una casa en este mundo que esté más arruinada que aquella). Temo que los pecados del tiempo de su prosperidad no sean la razón de su adversidad, sobretodo, ellos no tenían conciencia que todos esos bienes les venían de Dios, que los distribuye dónde él quiere.

Una vez que el ejército estuvo listo y equipado rápidamente con todas las cosas que he enumerado más arriba, el conde de Charolais se puso en marcha; todos los hombres de este ejército iban a caballo excepto por aquellos que tenían a cargo la artillería, imponente para la época, su equipamiento también era muy importante; este bastaba para formar un círculo alrededor de casi la totalidad del ejército. El conde tomó su camino hacia Noyon y asedió un pequeño castillo llamado Nesle, dentro del cual se hallaba gente de guerra pero fue ocupado en pocos días. El mariscal Joachim, mariscal de Francia, que venía de Perona, lo seguía de cerca, pero no lo atacaba ya que tenía poca gente con él, además de que enfermó en París cuando el conde se hallaba cerca.

A lo largo del camino, el conde no lanzaba ningún ataque, y su gente no tomaba nada sin pagar. Las ciudades de la Suma y todas las demás dejaban entrar a su gente en pequeñas cantidades y les proveían de lo que quisieran a cambio de dinero, parecía que estas ciudades especulaban sobre quién sería el más fuerte, si el Rey o los señores. El conde caminó hasta Saint-Denis en dónde todos los señores del reino habían prometido reunirse, sin embargo, ninguno fue a la cita. Para representar al duque de Bretaña estaba allí el vicescanciller de Bretaña, que tenía órdenes en blanco, firmadas por su amo, y con ellas se servía para difundir noticias o hacer notas cuando era necesario. Él era un normando y un hombre muy hábil, y esto último fue una gran ayuda frente al disgusto que se esparcía contra él.

El conde fue a mostrarse frente a París y enfrente de las puertas de la capital tuvo violentas escaramuzas en contra de los defensores. No había otros soldados más que Joachim y su compañía, también monseñor Nantouillet, gran jefe, después de que había servido al rey de Francia como nunca nadie lo había hecho cuando este se encontraba en la dificultad. De ello Nantouillet fue mal recompensado: la culpa era más de los enemigos del Rey que del Rey mismo, sin embargo, ni unos ni otros hubieran aceptado la responsabilidad del asunto. Ese mismo día, como después lo supe, el pueblo fue asustado hasta gritar: “¡están dentro!”, según me lo han contado diversos testigos, sin embargo no había razón alguna para decir esto. Mientras que esto pasaba, monseñor de Habourdin, de quien he hablado más arriba, quien había sido ascendido allí mismo, estaba listo para que se lanzase el asalto (la ciudad era menos fuerte que hoy en día). Los soldados lo deseaban, ya que, despreciaban al pueblo y las escaramuzas se libraban hasta la entrada de la ciudad. A pesar de todo (esto debe reconocerse) la ciudad no se podía tomar por ningún punto: el conde se regresó a Saint-Denis.

La mañana siguiente tuvo lugar un consejo para saberse si se iría al frente del duque de Berry y del duque de Bretaña, que no estaban lejos, según las palabras del vicescanciller de Bretaña. Este mostraba cartas, que supuestamente pertenecían a ellos, pero que él mismo había hecho sobre hojas firmadas en blanco; él ignoraba la situación real. La conclusión fue que se atravesaría el Sena, (a pesar de la opinión de otros que proponían volver) los otros señores habían faltado a su compromiso; por otra parte, pensaban que haber pasado la Suma y la Marne bastaría sin que fuera necesario cruzar el Sena. Había quienes introducían grandes objetos de preocupación: a espaldas suyas, no había ningún lugar seguro para refugiarse si la necesidad de una retirada se hiciera presente. En el ejército se murmuraba cada vez más sobre el conde de Saint-Pol y el vicescanciller. A pesar de ello, el conde de Charolais pasó el río y se instaló cerca del puente de Saint-Cloud. Al siguiente día de su llegada, el conde recibió noticias de una dama de este reino, que le escribía de su puño y letra, diciendo que el Rey dejaba el Borbonés a marchas forzadas para combatirlo.

Hay que recordar en pocas palabras porque el Rey se había ido a Borbonés. Sabiendo que todos los señores del reino se declaraban en contra de él, o al menos en contra de su

manera de gobernar, el Rey decidió atacar en primer lugar al duque de Borbón, sabiendo de que él se había comprometido más que ningún otro, pero que su país estaba débil, y sería fácil aplastarlo. Ahí fueron tomados varios fuertes. El Rey hubiera terminado con todo a no ser gracias a la ayuda de Borgoña, traída por el marqués de Rothelin, el señor de Montagu y algunos más. Ahí mismo empuñaba las armas aquel que es hoy el canciller de Francia, desde entonces un hombre muy estimado, monseñor Guillaume de Rochefort.

En Moulins, el conde de Beaujeu y el cardinal de Borbón (los hermanos del duque Juan de Borbón) habían reunido esta coalición de Borgoña. También, el duque de Nemours, el conde de Armañac, el señor d'Albret, vinieron en ayuda del duque de Borbón, con una gran cantidad de gente, entre los cuales se encontraban buenos guerreros de sus casas: estos últimos habían dejado las compañías que estaban bajo el mando del Rey y se habían sumado con los otros. La mayoría de estos soldados estaban en mal estado, ya que no tenían sueldo, viviendo a costa del pueblo.

Aunque estos fueron bastantes, el Rey los puso en aprietos. Después, entablaron negociaciones de paz, sobretodo el duque de Nemours, quien hizo juramento al Rey, prometiéndole que cumpliría su parte. Pero este último hizo enseguida lo contrario. Después de eso, el Rey le guardó un odio por largo tiempo. Así me lo dijo varias veces.

El Rey viendo que no podía resolver el asunto rápidamente y que el conde de Charolais se acercaba a París, temía que la ciudad abriera sus puertas al conde, a su hermano y al duque de Bretaña, quienes llegaban de Bretaña. Ya que, todos ellos tomaban como pretexto el bien público del reino, él temía sobretodo que lo que hiciera París fuera imitado por las otras ciudades, es por eso que decidió regresar a marchas forzadas para instalarse en París de manera que estos dos grandes ejércitos no se reagruparan. Después, cuando él mismo me contó el asunto, supe que su intención no era la de pelear, así me lo dijo en reiteradas ocasiones.

Capítulo 3

Primeros tratados en Montlhéry

Cuando el conde de Charolais supo que el Rey había partido del Borbonés y que venía derecho hacia él –o al menos eso pensaba- decidió salir a su encuentro. Hizo público el contenido de la carta (sin nombrar a su autora) y dijo que cada uno hiciese lo correcto, que para él estaba decidido tentar su fortuna. El conde se alojó en un pueblo cerca de París llamado Longjumeau y monseñor contestable fue con toda su vanguardia a instalarse en Montlhéry, tres leguas más adelante. Estos enviaron al campo espías y exploradores para saber cuándo y por dónde llegaría el Rey. Se decidió entonces, en presencia del conde de Saint-Pol, que el lugar de la batalla sería Longjumeau, y que este mismo se retiraría si viniese el Rey. En esta deliberación estuvieron también presentes el señor de Haubourdin y el señor de Contay.

El señor de Maine, que contaba con setecientos u ochocientos hombres de armas, se encontraba al lado del ejército del duque de Berry y de Bretaña. Todos ellos venían con sus ejércitos para ayudar al conde de Charolais. Con ellos venían algunos principales y sabios caballeros, los cuales el Rey Luis había retirado de su servicio cuatro años atrás, cuando él sucedió en la corona de Francia, a pesar de que habían servido bien a su padre en la restauración y paz del Reino de Francia. Después de haberlos desfavorecido, muchas veces se arrepintió y reconoció haber tenido con ellos una actitud de hierro. Entre aquellos estaba el Conde de Dunois (estimado en todos los aspectos) el Mariscal de Lohéllac, el Conde de Dammartin, el señor de Bueil y muchos otros, que al final fueron acogidos por el duque de Bretaña. Aunque habían sido todos fieles vasallos del Rey, ahora venían en el ejército contrario, al servicio y sueldo de este duque.

El conde de Maine viéndose inferior que este ejército de Bretones, andaba siempre en la delantera, llevando su campo hacia el Rey,² hasta que llegó a juntarse con el ejército de este. Los duques de Berry y de Bretaña procuraban permanecer al lado de los ejércitos del conde de Charolais. Algunos dijeron que este conde de Maine (que era de la casa de Anjou, y tío del Rey, hermano de su madre) había pactado con sus enemigos: pero yo nunca lo supe verdaderamente, ni lo creo. El conde de Charolais estando con sus tropas alojado en

² Campear. Es una estrategia de la guerra de caballería que, como refiere Vitrián, consiste en avanzadas y retiradas sucesivas. N. del T.

Longjumeau y su vanguardia en Monthléry (como ya he dicho) tuvo aviso por alguien del ejército del Rey (que habían capturado los reconocedores y le habían traído preso) que el conde de Maine se había reunido con el Rey. Se le informó que estaban ya también preparados los ejércitos del reino, que serían cosa de dos mil doscientos hombres de armas y la guardia del delfinado compuesta por cincuenta hombres de armas, además de cuarenta o cincuenta caballeros de Saboya, unos soldados muy particulares. El Rey, sabiendo que tenía ya muy cerca al ejército enemigo, reunió a su consejo, al que asistieron el conde de Maine, El gran senescal de Normandía y el almirante de Francia de la casa de Montauban, y otros grandes personajes. Y a pesar de los diversos pareceres, el Rey decidió que no había que pelear, sino solamente seguir con su camino hasta meterse a París, sin acercarse a donde los borgoñones estaban apostados con sus tropas. Esta resolución fue muy buena, a mi parecer. El Rey desconfiaba del gran senescal de Normandía, y le hizo una pregunta, rogándole que le dijera la verdad: si había tenido algún acuerdo con los príncipes que venían en contra suya; a lo que el gran senescal respondió que sí, que era cierto pero que este acuerdo no era en contra del Rey y que podía contar con su apoyo. Tal cosa la dijo alegremente, como siempre solía hablar. El Rey con esto se dio por satisfecho y le encomendó su vanguardia, así como a los guías del ejército, pensando en evitar la batalla. Aunque por el contrario, este senescal no podía ocultar las ganas que tenía de pelear; diciendo así a alguno de sus amigos: “Hoy yo los pondré tan cerca el uno del otro, que será bien diestro el que los pueda separar”. Y así lo hizo. Él y su gente fueron los primeros en morir. Fue el Rey quien me refirió estas palabras, porque en este momento estaba yo al servicio del Conde de Charolais, acompañando a su persona. Así pues, a los veintisiete días del mes de julio de mil cuatrocientos setenta y cinco la vanguardia del Rey llegó a Monthléry, donde estaba el conde de Saint-Pol, el cual a toda prisa dio aviso al Conde de Charolais que estaba dos leguas atrás, en Longjumeau, pidiéndole que viniese rápido en su ayuda, porque se habían ya puesto en pie los hombres de armas con los arqueros. Y que si se retiraba como lo había previsto estos creerían que se les huía, poniendo a todo el ejército en riesgo. El conde de Charolais aceptó enviar la ayuda y mandó al bastardo de Borgoña, Antoine, con gran parte del ejército, para que a toda prisa se uniese al de Saint-Pol. En este mismo momento también se discutió si el mismo Conde de Charolais debía acudir en ayuda de Saint-Pol llevando su ejército adelante, y así fue, aunque no llegó al puesto de Saint-Pol

en Monthléry hasta las siete horas de la mañana. A aquella hora habían llegado cinco o seis estandartes de la caballería del Rey; los caballos habían hecho alto a lo largo de una gran fosa que había entre ambos campos.

En esta misma hora estaba aún en el ejército del Conde de Charolais el vicescanciller de Bretaña (que se llamaba Rouville) embajador de aquel duque, y un viejo hombre de armas llamado Madrey, que nos había entregado el lugar del Pont-Sainte-Maxence. Estos temían por sus vidas a causa de los rumores que se escuchaban en contra de ellos. Como veían que, llegada la batalla los demás con los que contaban no estaban presentes, estos dos huyeron del campo antes de llegar a las manos de los dos ejércitos contrarios, por el camino que pensaban encontrar a los bretones.

El conde de Charolais, cuando llegó al lado de Saint-Pol, vio cómo estos estaban de pie, y al ver esto todos resolvieron ir también a pie. Así hallamos a todos los arqueros sin sus botas (con las que acostumbran ir a caballo) cada uno con una estaca delante de sí. También había muchas pipas de vino abiertas con las que se les daba de beber. Y en mi experiencia (poca para la batalla) jamás vi gente que estuviese tan deseosa de pelear como esta. Una excelente cualidad a la hora de la batalla. Cuando acababan de llegar el conde, la primera resolución que tomó fue que todo hombre se pusiese a pelear a pie, sin excepción alguna; aunque después, viendo que así no representaban oposición a los franceses se hizo nuevo acuerdo de que todos los hombres de armas volvieran a sus caballos, y muchos buenos caballeros y escuderos que estaban a caballo se les ordenó que se quedasen a pie, entre los cuales estaban monseñor Des Cordes y su hermano Messire Felipe de Lalaing. Estos se pusieron de pie entre los arqueros y soldados de infantería borgoñones (gesto de honor en aquel entonces). Así entre estos se encontraban hombres principales y nobles, con el fin de que la infantería tomara confianza y pelease mejor. Esta costumbre la habían heredado de los ingleses, en cuya compañía el duque Felipe (siendo muy joven) había hecho la guerra en Francia (guerra que duró treinta y dos años sin tregua). Aquella ocasión los ingleses soportaron todos los costos de esta larga lucha, siendo ricos y poderosos en aquella época y teniendo un rey sabio, que fue Enrique. Valerosísimo por sí mismo y por los muy valientes sabios y grandes capitanes que lo asistían, como fueron el Conde de Salisbury, Talbot, y otros cuyo nombre no puedo decir puesto que no fueron de mi tiempo, si bien pude alcanzar a ver sus reliquias. Cuando Dios se cansó de favorecerlos, este sabio Rey murió en el

castillo del bosque de Vincennes, y su hijo fue coronado Rey de Francia y de Inglaterra en París. Después los ingleses se dividieron (lo que ha durado hasta el día de hoy) en razón de la disputa sobre si los de la casa de York usurparon la corona de este reino o la tuvieron de buen título; eso no lo sé y no me compete puesto que estos altos secretos se determinan en el cielo. Pero volviendo a mi propósito y al principio de la batalla en la que quedamos. Como los borgoñones se habían puesto primero de pie y luego habían vuelto a sus caballos, lo que les había quitado bastante tiempo, murió en este primer acontecimiento aquel caballero valiente y joven: Messire Felipe de Lalaing, por estar mal armado. En este momento, la gente del Rey venía en hilera sencilla por el bosque de Torfou, sin llegar aún siquiera a cuatrocientos hombres de armas franceses, los tuvimos a la vista, y si en ese momento se hubiera arremetido contra ellos en vez de perder el tiempo, los borgoñones no hubieran encontrado resistencia, pues los que estaban atrás de ellos se encontraban muy lejos para llegar a tiempo para socorrerlos. Así, poco a poco, se fueron engrosando y formaron un mayor escuadrón. Viendo esto, el sabio caballero monseñor de Contay, fue a decirle a su señor el Conde de Charolais que si quería ganar la jornada ya era tiempo de cerrar con el enemigo, alegando que si lo hubiera confrontado antes hubiera ganado pues eran pocos en número, pero para entonces el escuadrón de los franceses crecía a sus ojos. Y así era en verdad.

Así las cosas, la primera resolución que se había tomado se abandonó y cada quien comenzó a decir su propia opinión. Ya se había comenzado una fuerte batalla a un lado del pueblo de Monthléry, entre los arqueros de una y otra parte. A los arqueros del Rey los dirigía Poncet de Rivière. Estos eran todos arqueros de ordenanza, bien guarecidos. De la parte de Borgoña peleaban sin orden (como al principio de todas las escaramuzas). Trabada la disputa, se hallaban ahí Messire Felipe de Lalaing y Jacques du Mas, (que después fue Gran Escudero de este duque Carlos). Era mayor el número de los borgoñeses y gracias a esto pudieron tomar una casa, tumbando dos o tres puertas para hacer su defensa, comenzando a entrar por las calles para seguir al enemigo. Entonces, prendieron fuego a una casa, y con el viento a favor fue a dar el humo a donde estaban las tropas del Rey, los cuales empezaron a romper sus filas y a poner a la gente del pueblo a caballo para huir. El conde de Charolais, se puso en marcha con su gente de Longjumeau a Monthléry, olvidando todo acuerdo anterior. Las tropas del Rey estaban en la otra parte del pueblo,

defendiendo el castillo, instalados detrás de una larga trinchera y una gran fosa. Además de esto, dificultaba el paso a los borgoñones (ya que el año era fértil) los campos llenos de trigo, haba y otros granos recios. Los arqueros del conde, marchaban delante de él en desorden. Mi opinión es que los arqueros son los más importantes en la batalla pero que se necesitan en miles, porque en pequeño número no hacen mella en el enemigo, no se les da buenos caballos ni equipaje, para que no teman perderlos; y lo más seguro es que no lleven ninguno. Los mejores para ser arqueros son los que no han vivido aún una batalla y no los más experimentados. Esta es la opinión de los ingleses, quienes son la flor de los arqueros del mundo.

Se había dicho que se harían dos o tres pausas en el camino para darle respiro a la gente que venía a pie, ya que el camino era largo y las largas y fuertes plantas dificultaban el paso. Pero se hizo todo lo contrario (casi como si se quisiera perder a propósito). Dios mostró con esto que la suerte de las batallas se encuentra en sus manos y que otorga la victoria a su parecer. No creo que sólo un hombre tenga suficiente atino para dar órdenes a un número tan grande de gente, ni que las cosas se pasen en el campo de la misma manera que se planearon en un cuarto. Cualquiera que tuviera esta pretensión, cometería una falta frente a Dios y carecería de buen juicio. Cada quien debe hacer lo que pueda de acuerdo a las circunstancias en las que se encuentre, reconociendo que es la obra de Dios, que a veces actúa enviando minúsculas señales, y otorga la victoria tanto a uno como a otro. Siempre es un misterio saber por qué algunos señores acaban arruinados y en desolación mientras que otros crecen y adquieren resplandor.

Volviendo a mi propósito. El conde había recorrido de un solo esfuerzo el camino, sin dejar a sus arqueros ni a la gente que venía a pie descansar un solo momento. La gente del Rey había franqueado la brecha en la que se hallaba protegida, poniendo sus lanzas en el suelo al momento de tener contacto con el ejército de Borgoña. Los hombres de armas borgoñeses deshicieron a sus propios arqueros, sin darles tiempo de tirar un solo golpe (estos que eran la flor y la esperanza de su ejército). Todavía no creo cómo entre los mil doscientos hombres de armas que había allí solamente había cincuenta que sabían cómo recibir una lanza parada. No había ni cuatrocientos hombres que llevaran armadura, ni tampoco los servidores se hallaban armados. Todo esto fue ocasionado por la larga paz y el hecho de que no contrataban mercenarios (con el fin de no cobrar muchos impuestos.)

Y después de aquel día, el país de Borgoña, no descansó hasta hoy, que está en la ruina. Así los propios borgoñeses habían destruido por sí mismos a la flor de su esperanza. Sin embargo Dios, que procede con misterio, quiso que el lado en el que se encontraba el conde, es decir el brazo derecho de este cuerpo militar que se dirigía hacia el castillo, venciera sin encontrar gran resistencia. Yo me encontraba ese día todavía con él, sin el miedo que sentiría después al estar en estas batallas. Era joven y tenía poca experiencia del peligro. Me hallaba estupefacto de ver el número de personas que no osaban oponerse a este príncipe, pensando que era el mejor de todos. Así son las gentes con poca experiencia; muy a menudo dicen cosas sin fundamento ni propósito. También hay que creerle a aquel que dice que uno no se arrepiente casi nunca de hablar poco pero sí muchas veces de hablar demasiado.

En el cuerpo izquierdo de este ejército se hallaban el señor de Ravastin, messire Jacques de Saint-Pol y algunos otros. Estos podían ver claramente que les faltaban hombres para resistir la embestida de los que tenían enfrente; sin embargo, era demasiado tarde para cambiar de estrategia. En efecto sus filas se rompieron hasta la retaguardia y tuvieron que huir hacia el bosque,³ que se hallaba a media legua de ahí. Algunos borgoñeses que se hallaban en la retaguardia pudieron reagruparse un poco. Los que los perseguían eran principalmente nobles del Delfinado y de Saboya, así como muchos otros hombres de armas. Así pues, de este lado los borgoñeses habían sufrido una gran derrota. Entre ellos se hallaban personajes de gran reputación que huían hacia Sainte-Maxence, donde creían que podían protegerse.

Muchos otros se quedaron en el bosque, entre ellos el contestable Saint-Pol,⁴ que se retiró junto con un gran número de hombres, ya que la retaguardia se encontraba en el bosque. Después mostró cómo no había dado por pérdida la batalla.

Capítulo 4

La batalla de Montlhéry

El conde de Charolais, junto con una pequeña tropa, persiguió a sus enemigos hasta una media legua más allá de Montlhéry, sin encontrar alguna resistencia de parte de las

³ El bosque de Séquigny, entre Longpont y Morsang, en la riviéra derecha del Orge. N. del E. Fr.

⁴ Commynes da aquí por adelantado el título de contestable al conde de Saint-Pol. N del E. Fr.

numerosas gentes con las que se cruzaba, creyendo que había alcanzado la victoria. Un viejo gentilhombre llamado Antoine Le Breton fue a buscarlo y le dijo que los franceses se habían reagrupado en el campo de batalla y que si proseguía su avance estaría perdido. Aunque Le Breton le dijo esto dos o tres veces el conde no se detuvo, hasta que monseñor de Contay llegó de pronto para decirle la misma cosa. Se lo había dicho con tanta seguridad que el conde no avanzó más y volvió para tener consejo. Y yo creo que si hubiera avanzado un poco más, lo hubieran hecho prisionero como a los otros que avanzaban delante de él. Atravesando la ciudad se encontraron con una pequeña tropa de gente que venía a pie huyendo. A estos se les persiguió con una centena de caballos. Sólo un hombre que venía a pie se volvió y le dio al conde un golpe de cuchillo en el estómago (herida que después vimos en la noche). La mayoría de ellos huyó, salvándose por los jardines, pero al que había vuelto se le mató. Cuando el conde pasó delante del castillo, vimos que las puertas estaban protegidas por la guardia del Rey, sin moverse de ahí. El conde se sorprendió mucho de esto, pues pensaba que ya no había más defensores. Se fue en dirección contraria a ellos en donde se encontró con quince o dieciséis hombres de armas que lo atacaron. De golpe, estos enemigos mataron a su escudero, que traía consigo una bandera con sus armas. Se llamaba Felipe d'Orgnis. El conde, hallándose en gran peligro, recibió varios golpes, en particular un golpe de espada en la garganta, del que guardó la cicatriz toda su vida (lo que había pasado es que había perdido en la batalla su mentonera que se había atado mal por la mañana, yo mismo la había visto caerse). Sus enemigos le habían puesto ya la mano encima diciéndole: “¡Monseñor entréguese!; nosotros le reconocemos, ¡no se haga matar!”. Sin embargo este se defendía todavía a la hora en que el hijo de un médico de París, llamado Juan Cadet, un hombre de él, grande y potente, llegó a socorrerlo dispersando a los que se encontraban ahí. Los hombres del Rey se retiraron a la orilla de la fosa que habían ocupado por la mañana, ya que temían los movimientos de algunos que se acercaban. El conde ensangrentado, regresó con los suyos, a mitad del campo. El estandarte del bastardo de Borgoña se hallaba deshecho (no tenía ni un pie de estatura) y la bandera de los arqueros del duque había corrido con la misma suerte. No había en este momento más que cuarenta hombres y nosotros, que llegamos a reunirnos con ellos, y que contábamos treinta. Nos reunimos con ellos en el más grande miedo. Pronto el conde cambió su caballo, Simón de Quingey, que en ese momento era su

paje, le dio el suyo.

El conde corrió a lo largo del campo de batalla para reagrupar a sus hombres. Nosotros no veíamos salida posible más que la huída, incluso si hubieran sido cien hombres con los que tuviéramos que habernos enfrentado. Algunos hombres se reunían con nosotros, primero diez, luego veinte. La gente que venía a pie estaba muy herida y agotada, tanto por las marchas extenuantes de la mañana como por las heridas que le había infligido el enemigo. El conde volvió con menos de una centena de hombres, que llegaban poco a poco. El terreno, donde hace una media hora había grandes plantas de trigo, estaba ahora todo podado. El polvo estaba terrible: el suelo estaba tapizado de caballos muertos de los que no se podía reconocer ni uno sólo por esta polvareda.

De repente vimos salir del bosque al conde de Saint-Pol, que traía consigo una bandera, y con ella, alrededor de cuarenta hombres de armas, número que crecía conforme avanzaba. Lo veíamos muy lejos y muchas veces se le mandó decir que se apresurara, pero este no hizo más que guardar su paso. Los hombres que estaban a pie fueron recogiendo lanzas en el camino. Hizo venir a todos sus hombres en orden, lo que a final de cuentas tranquilizó a nuestra gente. Gran cantidad de guerreros se le unieron para llegar a donde nosotros estábamos. Ahora, nos encontrábamos con ochocientos hombres de armas, pero poca o casi ninguna gente a pie; lo que no le daba una ventaja clara al conde, ya que una gran fosa y una gran valla separaban a los dos ejércitos.

Del lado del Rey, el conde de Maine había emprendido la huída, así como muchos otros, que en total sumaban ochocientos hombres de armas. Algunos dijeron que el conde se había puesto de acuerdo con los borgoñeses, pero no creo que fuera así. Nunca se vio una fuga de hombres tan grande como la que habían tenido estos dos ejércitos aquel día. Otro hombre del Rey también había huido hasta Quesnoy-le-Compte. A estos dos no les importaba su honor. El hecho notable fue que los dos príncipes se habían quedado en el campo de batalla.

Ahora que los dos ejércitos se hallaban acomodados frente a frente, se tiraron balas de cañón que mataron a algunas gentes de ambos lados. Nadie quería combatir ya. Nuestro ejército era más grande que el del Rey, pero la presencia de este en su ejército era esencial, pues sus palabras alentaban a sus hombres. Creo en verdad (por lo que después supe) que si el Rey no se hubiera hallado ahí en persona, toda su gente hubiera huido.

Algunos de los nuestros deseaban entablar el combate de nuevo, sobre todo monseñor de Haubourdin, que decía que había visto una fila de gente del Rey que había emprendido la fuga. Y si hubiéramos podido encontrar a una centena de arqueros para tirar del otro lado, todo hubiera estado de nuestro lado.

Siguiendo con estos pensamientos, la noche llegó sin haber ninguna batalla. El Rey se retiró a Corbeil, donde pensamos que tendría sus aposentos. Un barril de pólvora prendió del lado en el que estaba el Rey, y el fuego se propagó a las carretas que estaban a lo largo de la valla. Nosotros creímos que se trataba de las fogatas de su campamento.

El conde de Saint-Pol, que daba la impresión de un verdadero jefe de guerra, y monseñor de Haubourdin, que daba aún más esta impresión, ordenaron que se trajera el equipaje para formar un círculo en el campo en que nos hallábamos. Así fue hecho. A la hora en que nos hallábamos reagrupados en el campo de batalla, algunos hombres del Rey regresaron creyendo que la victoria había sido de ellos, pasando necesariamente por donde nosotros estábamos. Algunos escaparon pero la mayoría pereció allí. Del lado del Rey había muerto gente de importancia como messire Geoffroy de Saint-Belin, el gran senescal de Brézé,⁵ también un hombre llamado Flocquet, capitán del Rey. Del lado de los borgoñeses había muerto Felipe de Lalaing, también, habíamos perdido mucha más infantería que el Rey; no obstante, ellos perdieron más gente que estaba a caballo. Asimismo, los mejores prisioneros (de entre la gente que huía) los había hecho el Rey. De ambos lados se contaban dos mil muertos. Fue una batalla bastante cerrada; de ambas partes se hallaban muchos hombres de calidad bastante agotados. Y en mi opinión, no sirvió a nada reagruparse en el campo de batalla y quedarse ahí durante tres o cuatro horas más, un ejército enfrente de otro.

Los dos príncipes debían haberse dado cuenta quién les había sido leal en aquellos momentos, sin embargo, estos actúan como hombres y no como ángeles. Me enteré después de alguno que había perdido su puesto por dárselo a otro que había huido; uno de los nuestros, abandonado por nuestro señor, perdió todo su poder un mes más tarde.

Así nos encontrábamos resguardados por nuestras carretas que nos circundaban y cada quien se acomodó lo mejor que pudo. Había bastantes heridos y la mayoría de nosotros estaba descorazonado y asustado con la idea de que pudieran salir los parisinos con el

⁵ Pierre II de Brézé, señor de Maulévrier, gran senescal de Normandíe. Muerto en Monthléry el 16 de julio de 1465. N. del E. Fr.

mariscal Joachim (lugarteniente de la ciudad) con doscientos hombres de armas que tenían, en ayuda del Rey, y que tuviéramos que hacer frente a dos embestidas por lugares diferentes. La noche cayó y se ordenó a unas cincuenta lanzas que vieran dónde se había alojado el Rey. Pensábamos que si sabíamos dónde estaba podíamos lanzarle dos o tres roseadas de flechas; veinte hombres fueron a cumplir esta tarea. Durante este tiempo, monseñor de Charolais comió y bebió un poco, también le curamos la herida que tenía en la garganta. Tuvimos que quitar cuatro o cinco hombres muertos para hacerle un lugar al conde, donde pudiera comer y dormir. Uno de estos desafortunados que estábamos quitando de repente habló para pedir algo de beber. Pronto le pusimos en la boca un poco de la infusión que estaba tomando el conde, que lo hizo revivir. Lo reconocimos: se trataba de un arquero del señor, de mucha reputación, que se llamaba Savarot; lo curamos y después sanó.

Ahí deliberamos qué hacer. El conde de Saint-Pol dio primero su opinión: decía que nos encontrábamos en un gran peligro y aconsejaba emprender la retirada en dirección de la Borgoña tan pronto llegara la mañana. Decía que se prendiera fuego al equipaje, salvando solamente una parte de la artillería, y que nadie trajera equipaje a menos que tuviera más de diez lanzas. Quedarse ahí sin víveres, entre París y el Rey, era imposible, de acuerdo con él. Después opinó lo mismo el señor de Haubourdin con la reserva de que había que esperar para saber que habían encontrado los hombres que se mandaron a explorar el campamento del Rey. También compartían esta opinión tres o cuatro señores más. El último que tomó la palabra fue monseñor de Contay, que dijo que la difusión de estas noticias entre el ejército significaría el comienzo de una desbandada total y así, en la huida, se detendría al duque no más allá de veinte leguas. También agregaba otras buenas razones, decía que si descansaban esta noche y se recuperaban un poco para la mañana, podía atacarse al Rey. Pensaba este señor que había que vencer o morir, que esto era incluso más seguro que emprender la huida. Monseñor de Charolais se convenció por la opinión de Contay. Ordenó que todo mundo descansara lo mejor posible por el tiempo de dos horas y estar listos a la hora en que sonara la trompeta dando la señal de ataque. El conde habló con varias personas en privado para que fueran a darles valor a sus gentes.

Hacia la media noche regresaron los exploradores que habíamos enviado (créanme que no habían tenido que ir muy lejos) informando que el Rey había hecho su campamento muy

cerca de los fuegos que habíamos visto. En seguida enviamos otros exploradores. Una hora después todo mundo se alistaba de nuevo para el combate, no obstante, la mayoría tenía ganas de huir. A la hora de los primeros rayos del día, los exploradores regresaron junto con un carretero: un hombre de nosotros que había sido capturado en la mañana del día anterior, ahora traía consigo una cola⁶ de vino y decía que en la ciudad todo mundo se había ido. Dijo esto a alguna gente del ejército, que fue hasta allá y regresó para confirmar la noticia. Esto se recibió con alegría por todas partes en el ejército. Ahora había muchos (que antes se hallaban muy descorazonados) que decían que había que ir tras ellos. Yo traía un caballo muy viejo y cansado, que en un momento (sin darme cuenta) se bebió un saco de vino. Lo dejé terminar y después lo encontré fresco y en plena forma, como nunca lo había visto.

A la hora en que salió completamente el sol todo el mundo se puso a caballo. Las tropas se veían reducidas, sin embargo mucha gente vino después ya que se habían refugiado en el bosque. El señor de Charolais hizo venir un franciscano a quien le hizo decir que venía del ejército de los bretones y que debían estar pronto ahí. Lo que nadie creyó, sin embargo, poco después, como a las diez de la mañana, llegó el vicedanciller de la Bretaña, Rouville, acompañado de Madrey y dos arqueros de la guardia del duque de Bretaña (que traían hocquetons)⁷ lo que reanimó mucho a las tropas. A Rouville ahora se le agradecía de haber huido (lo que había suscitado rumores en contra suya) y más aún se le agradecía por haber regresado. Les hicimos una calurosa recepción.

Todo el día el conde de Charolais se paseó por el campo de batalla, muy contento de lo que él mismo concebía como su propia gloria. Esto mismo, después le costó muy caro, ya que no escuchó el consejo de nadie, haciendo con necesidad su voluntad. Antes de aquel día apenas había conocido la guerra. Nunca le había gustado, pero después cambió de parecer, y la guerra la tuvo hasta el día de su muerte; por ella misma murió y destruyó toda (o casi toda) su casa. Sus predecesores, tres príncipes muy sabios habían puesto en alto esta casa; pocos reyes (o solamente el Rey de Francia) habían sido más poderosos que él. Nadie debe tener tanto orgullo, menos un gran príncipe; esto hace que se olvide que todas las gracias y la buena fortuna provienen de Dios. Diré dos otras cosas de este tema: nunca vi

⁶ Tonel de un “muid” (del *lat.* modius, medida medieval equivalente en París a 268 litros para el vino. N. del T.) y medio. N. del E. Fr.

⁷ Suerte de corsé relleno, vestido por debajo de la malla de cota. N. del E. Fr.

príncipe que pudiera soportar más penas en todas las circunstancias que este conde de Charolais; tampoco, conocí un hombre más intrépido que este. Nunca lo escuché decir que estuviera agotado y nunca me dio la impresión de tener miedo. Tómese en cuenta que estuve siete años con él en muchas guerras, por lo menos en el verano (a veces en el verano y el invierno). Sus ambiciones eran grandes, pero ningún hombre puede alcanzarlas si no es con la ayuda de Dios.

Capítulo 5

La coalición de los príncipes en Estampas

Al día siguiente, al tercer día de la batalla, nos fuimos a alojar en el pueblo de Montlhéry. Los habitantes habían ido a esconderse en el campanario de la iglesia y en el castillo, pero se les hizo regresar para pagar su cuota, como si se hubieran hallado en Flandes. La gente que estaba en el castillo cumplió con ello y no se le atacó. Después del tercer día, siguiendo el consejo del señor de Contay, el señor de Charolais decidió irse a Estampas, que es un lugar importante, muy bien provisto y con campos fértiles. Su intención era llegar ahí antes que los bretones para que la gente que estaba herida y agotada se metiera al abrigo, y a los otros en los campos. La selección de este lugar (favorable para nosotros) salvó la vida de muchas de sus gentes.

Ahí llegaron messire Carlos de France, en ese entonces duque de Berry, único hermano del Rey; el duque de Bretaña; monseñor de Dammartin; monseñor de Lohéac; monseñor de Bueil; monseñor de Chaumont y messire Carlos d'Amboise, su hijo (quien después se convirtió en alguien importante para el reino). Cuando el Rey había tomado el trono los había echado a todos fuera del reino, incluso aunque habían servido bien al Rey, su padre, y al reino en la reconquista de la Normandía y en otras guerras.

Monseñor de Charolais y los más importantes de su ejército fueron hacia ellos para recibirlos y los condujeron hasta los alojamientos que les habían preparado en Estampas. Traían consigo ochocientos hombres de armas, de excelente calidad (muchos de entre ellos eran bretones que habían abandonado las compañías de ordenanza, como lo he dicho antes) haciendo que el nivel del ejército se mejorara mucho. También traían muchos arqueros y hombres de guerra con armadura, en cantidad. Podían haber sido bien seis mil

hombres a caballo. Al ver este ejército, daba la impresión que el señor de Bretaña era muy poderoso, pues todo este ejército se pagaba de su bolsa.

El Rey, que había llegado a Corbeil, como lo he contado, no olvidaba lo que tenía que hacer. Había llegado a Normandía con el fin de conseguir más gente y aplacar a los habitantes ante el temor de alguna rebelión. Asimismo, puso una parte de sus guerreros alrededor de París, donde juzgaba que eran más necesarios.

La primera noche de su llegada a Estampas, todos estos señores se contaron sus nuevas. Los bretones habían capturado algunos guerreros del ejército del Rey que emprendían la huida. Decían que si hubieran avanzado más podían haber derrotado un tercio del ejército del Rey, pero cuando habían decidido mandar gente de reconocimiento para ver si los ejércitos se aproximaban se les había aconsejado de no hacerlo. No obstante, messire Carlos d'Amboise y algunos otros habían avanzado para ver si encontraban algo, y en efecto, habían hecho algunos prisioneros y habían tomado la artillería del Rey. Los prisioneros les decían que el Rey estaba muerto, lo que les creyeron de buena gana ya que los habían visto huir desde el primer momento en que entablaron el combate.

Se envió esta noticia al ejército de Bretaña, quienes se alegraron mucho, sabiendo el botín que les tocaría en caso de que monseñor Carlos de France subiera al trono.⁸ Estos bretones se hallaban tan contentos que se reunieron para saber cómo harían para deshacerse de los borgoñeses. Alguno proponía que se les atacara si fuera posible. La alegría no les duró mucho, pero es un ejemplo de los problemas e intrigas que surgen cuando hay un cambio de reino.

Regreso a mi relato sobre este ejército que estaba en Estampas. Todos había cenado ya y había mucha gente que se paseaba por las calles. Monseñor Carlos de France y monseñor de Charolais estaban en una ventana platicando amigablemente. Con los bretones se hallaba un hombre llamado Juan Boutefeu o Juan Des Serpents (ya no me acuerdo) que se entretenía en tirar al aire algunos proyectiles, que cuando volvían a caer hacían un fuerte estrépito. Este bretón tiró dos o tres de sus proyectiles al aire, desde lo alto de una casa, sin que nadie lo viera, y uno vino a dar a la ventana en la que se hallaban los dos príncipes; quienes estaban inclinados, el uno hacia el otro, sin haber el espacio de un pie entre ellos. Los dos se pusieron de pie sorprendidos, mirándose el uno al otro,

⁸ El hermano del rey, Carlos de Francia (1446-1472) quien debía ocupar el trono en el caso de la muerte de Luis XI. N. del E. Fr.

sospechando de una conspiración contra su encuentro. El señor de Contay fue a hablarle al oído a monseñor de Charolais. Este último hizo que en seguida se armara toda la gente de su casa y todos los arqueros de su guardia. El conde también ordenó al duque de Berry que armara a los arqueros de su guardia. Pronto se hallaban doscientos o trescientos hombres armados, al pie de la puerta de la casa en la que se alojaba el conde. En seguida se pusieron a buscar por todas partes el lugar de donde podía provenir el fuego. El pobre diablo, autor de aquel desorden, fue hasta sus pies, arrepentido. Ahí tiró tres o cuatro veces más para demostrar que era culpable. Con ello disipó la desconfianza que se tenían unos de otros y todo mundo se puso a reír. Después de este episodio, todo mundo se desarmó y se durmió.

Al día siguiente por la mañana se hizo una solemne reunión en la que estaban presentes todos los señores y sus servidores principales con el fin de saber qué se iba a hacer. Todos eran de diferente opinión, y nadie reconocía a un solo jefe, como siempre pasa en estas reuniones. Resaltó la opinión de monseñor de Berry, que era entonces muy joven y nunca había participado en una guerra. Daba la impresión de estar afligido por la presencia de muchos heridos del ejército del conde de Charolais. Hablaba con mucha compasión, diciendo que hubiera sido mejor que la guerra nunca hubiera empezado en lugar de ver tantos infortunios, temiendo por las cosas que podían suceder en el futuro. Escuchar esto no complació mucho al monseñor de Charolais y a su gente, como lo diré más adelante. Sin embargo, se concluyó de esta reunión que se marcharía a París para convencer a la ciudad de actuar en beneficio del reino, lo que era el propósito de esta coalición. Pensaban que si convencían a los parisinos, todas las demás ciudades seguirían su ejemplo.

Como acabo de relatarlo, los argumentos que había sostenido monseñor Carlos en el curso de esta reunión habían desatado la desconfianza del conde de Charolais y de su gente. Alguna de esta le decía al conde: “¿Ha escuchado a este hombre? Está afectado por setecientos u ochocientos hombres que han muerto y que ni siquiera conocía. Sería mucho peor si fueran sus hombres, seguramente es un hombre que sin dudar lo buscaría acomodarse con quien fuera, dejando a Borgoña en el lodo.” A lo que el conde agregó: “En razón de las guerras que han tenido en otros tiempos el Rey Carlos, su padre, y el duque de Borgoña, mi padre, creo que este señor se podría poner fácilmente en nuestra contra. Por ello debemos proveernos de amigos. Sobre esta reflexión el conde de

Charolais envió a messire Guillaume de Cluny, en ese entonces protonotario (después murió siendo obispo de Poitiers) con el rey Eduardo de Inglaterra, que reinaba en ese entonces. Monseñor de Charolais había sido desde siempre su enemigo, y la casa de Lancaster estaba contra él (él era pariente de esta casa por su madre).⁹ En las instrucciones dadas a Guillaume de Cluny se le decía que discutiera el asunto del casamiento de la hermana del rey, Margarita, con el conde, pero sin concluir nada. A sabiendas que el Rey deseaba mucho este casamiento, el conde estaba seguro que en el peor de los casos, el rey de Inglaterra no haría nada en contra de él, y que en el mejor, se uniría a su causa. Y aunque la última intención que tuviese fuese casarse con la hermana del rey y que la cosa que más odiaba era la casa de York, el asunto fue llevado tan bien que algunos años después el casamiento se realizó. Carlos de Borgoña tomó la orden de la Jarretiere y la mantuvo toda su vida. Así, hoy en día los hombres se dejan llevar por las ilusiones (como de la que acabo de hablar) sobre todo los grandes príncipes, que son más suspicaces que cualquiera por los miedos que les inspiramos o por las advertencias que se les dan; muchas veces como consecuencia de los aduladores que actúan sin fundamento.

Capítulo 6

La ida de los príncipes a París

Como fue convenido, después de haber pasado unos días en Estampas, todos estos señores se fueron a Saint-Mathurin-de-Larchant y a Moret-en-Gâtinais. El señor Carlos y los bretones se alojaron en estas dos pequeñas ciudades y el conde de Charolais hizo su campamento en un gran prado a la orilla de la Sena. Antes, había mandado decir que cada uno trajera consigo algún hombre que pudiera atar los caballos; también había hecho transportar siete u ocho pequeños barcos sobre carretas; así como muchos toneles, desmontados en pequeños pedazos, con la intención de construir un puente sobre la Sena, ya que no había paso para los príncipes.

Monseñor de Dunois lo acompañaba en una litera, que traía su bandera. No podía montar a caballo, pues estaba enfermo de gota. Desde que llegaron al río, echaron al agua sus

⁹ Isabel de Portugal (1397-1472), madre de Carlos el Temerario, era la hija de Felipa, ella misma hija de Juan de Gante, duque de Lancaster, tercer hijo de Edward III, rey de Inglaterra, de ahí que la casa de Lancaster exigiera derechos respecto a Bourgogne. N. del E. Fr.

barcos y tomaron una isla que estaba más o menos en medio. Algunos arqueros desembarcaron del otro lado del río, donde entablaron batalla con algunos jinetes que defendían el paso; entre estos últimos estaban el mariscal Joachim y Salazar. Estos últimos se hallaban en un lugar muy desventajoso para la batalla, estaba muy alto y entre unos viñedos. Los borgoñeses traían una muy buena artillería conducida, entre otros, por un cañonero de mucha reputación llamado maestro Giraud, que antes habían estado al servicio del Rey pero se les había capturado en Monthléry. Al final los defensores tuvieron que abandonar el paso y se fueron hacia París. Esa noche se hizo un puente hasta aquella isla, y en seguida el conde de Charolais hizo levantar una gran tienda, en la que pasó la noche junto con cincuenta hombres de armas de su casa.

Por la mañana, los carpinteros se pusieron rápidamente a trabajar con la madera que habían traído para hacer toneles, y antes de mediodía el puente se echó hasta la otra orilla del río. En seguida, el conde de Charolais pasó del otro lado e instaló muchas tiendas e hizo pasar a todo su ejército y artillería. El conde se instaló en una pequeña ladera que descendía al río. El espectáculo que ofrecía este ejército era espléndido para los que los veníamos detrás de ellos.

Todo ese día no pudieron pasar más que sus tropas. Al día siguiente por la mañana, los duques de Bretaña y Berry se reunieron en este puente con todo su ejército, asombrados por la rapidez y calidad con que se había construido el puente. Tan pronto oscureció, comenzamos a observar que había unas luces muy a lo lejos que apenas se alcanzaban a ver. Algunos pensaron que se trataba del Rey, sin embargo, antes de medianoche, se nos avisó que era el duque Juan de Calabria, hijo único del rey René de Sicile, que traía consigo novecientos hombres de armas del ducado y del condado de Borgoña, entre los que habían muchos caballeros aunque poca infantería. Aunque el duque trajera pocos hombres con él, jamás vi un ejército tan galante, ni compuesto por tantos hombres experimentados como este. En él había ciento veinte hombres de armas (italianos y de otras nacionalidades) todos vestidos con armadura, formados en las guerras italianas. Entre ellos estaba Jacques Galeotto¹⁰, el conde de Campobasso¹¹ y el señor de Baudricourt

¹⁰ Jacques Galeotto, condotiero napolitano, llevado a Francia por el rey René después de su tentativa infructuosa de apoderarse de Nápoles. Después de la muerte de Jean de Calabre (1471) se pone al servicio de Carlos el Temerario (quien acogió a todos estos capitanes italianos) después pasa al servicio de Louis XI y de los Beaujeu. Después le ofrece sus servicios a la ciudad de Venecia, pero muere en la batalla de Saint-Aubin-du-Cornier, antes de poder concretizar cualquier acuerdo. Cf. P.-M. Perret, "Jacques Galéot et la république

(hoy en día gobernador de Borgoña). Hombres de guerra, muy hábiles, y a decir verdad (guardando toda proporción) eran la flor de nuestro ejército. También estaban con ellos cuatrocientos ballesteros que el conde de Palatín le había prestado a Juan de Calabria; gente con muy buenos caballos; verdaderos hombres de guerra. Había también quinientos suizos (por primera vez en el reino) que venían a pie y que fueron el origen de la reputación que mantuvieron después, ya que se comportaron valientemente en todos los lugares en los que estuvieron. Puedo asegurarle que esta compañía era muy galante y muy bien provista de hombres de calidad; bien entrenados. Se necesitaría que los aliados del reino la hayan visto para tener una exacta apreciación, así como sus enemigos, que no hubieran durado un instante sin miedo del Rey y del reino.

El jefe de los borgoñeses era monseñor de Neufchâtel, mariscal de Borgoña, con el que se encontraban su hermano, el señor de Mantagu, el marqués de Rothelin, y un gran número de caballeros y escuderos (algunos de los cuales habían estado en el Borbonés, como ya lo he dicho). Todos se habían encontrado para venir junto con monseñor de Calabria (del que ya he dicho cuan excelente príncipe e importante jefe de guerra era). Así, el conde de Charolais y Juan de Calabria trabaron una sólida amistad.

Cuando todas las compañías hubieron pasado (se estimaba que en total eran cien mil, tanto buenos como malos caballos, lo que me parece cierto) los señores decidieron ir frente a París, reuniendo todas sus vanguardias. El conde de Saint-Pol conducía a los borgoñeses y el mariscal de Lohéac dirigía para los duques de Berry y Bretaña. Todos los príncipes se quedaron en el cuerpo de batalla. El conde de Charolais y el duque de Calabria, cabalgando muy bien equipados y de buena gana, procuraban dirigir con orden el conjunto de las tropas. Los duques de Berry y de Bretaña cabalgaban confortablemente en unas pequeñas yeguas y estaban vestidos con unas pequeñas armaduras muy ligeras; algunos decían que no tenían más que unos pequeños tachones de oro por fuera para hacerlas menos pesadas, no sé si sea cierto. Todas las compañías cabalgaron hasta el puente de Charenton (a dos leguas de París) del cual nos apoderamos, a pesar de que unos

de Venise”, en *Bibliothèque de l'École des chartes*, 52 (1891), p.590-614. N. del E. Fr. Fr.

¹¹ Nicolás de Monteforte, conde de Campobasso, condottiero napolitano, al servicio de Jean d'Anjou de Nápoles, a quien sigue hasta Provence, después entra al servicio de Temerario, a quien traiciona en Nancy. Sobre la personalidad de este tráfugo, véase el artículo, ya clásico, de Benedetto Croce, “Un condottiere italiano del quattrocento, Cola di Monforte, conte di Campobasso, e la fede storica del Commynes”, *La Critica*, 31, 1933, p. 401-430; 32, 1934, p. 16-36; 88-121. N. del E. Fr.

franco-arqueros se hallaban ahí. Así, todo el ejército pasó por este puente. El conde de Charolais hizo su campamento, que iba desde el puente de Charenton hasta su casa de Conflans (casi el largo del río) donde delimitó una gran extensión de terreno entre el equipaje y la artillería, poniendo ahí todo su ejército. El duque de Calabria igualmente se instaló ahí; los duques de Berry y de Bretaña se instalaron con mucha de su gente en Saint-Maur-des-Fossés. Al resto se le envió a Saint-Denis, a dos leguas de París. Todas estas compañías se quedaron ahí por once semanas. En estos lugares sucedieron las cosas que contaré más adelante.

Los combates empezaron al día siguiente, llegando hasta las puertas de París, donde se encontraban monseñor de Nantouillet (gran maestro) y el mariscal Joachim. El pueblo se hallaba aterrado. Otros estados, ante esta pretensión de los señores de ser útiles y hacer bien al reino, hubieran querido que los príncipes entraran. También había otros sujetos de señores rebeldes ahí, que esperaban obtener después de la victoria, los oficios y profesiones de la ciudad. Estos oficios que son los más deseados de entre todas las ciudades del reino. Estos últimos esperaban que se les diera todo lo que se pudiera y no solamente lo que debía dárselos. En París hay oficios sin retribución que se venden en ochocientos escudos; también hay otros oficios que se venden a un precio superior de su retribución a lo largo de quince años, pero que se venden en pequeños pagos. Es raro que alguien renuncie a estos cargos; a justo título, la corte del Parlamento sostiene esta disposición, que casi concierne a todo el mundo. Entre los encargados de estos oficios se hallan personas de muy buena calidad; por supuesto, también hay quienes son incompetentes. Tantos como la variedad de oficios que hay en esta ciudad.

Capítulo 7

Digresión sobre la historia inglesa

Hablo de estos oficios porque se relacionan muy a menudo con los cambios de régimen. Esto no data de hoy. En el tiempo de Carlos VI, cuando la guerra empezó (prolongándose hasta la paz de Arras) los ingleses estuvieron dos meses en el reino para negociar el fin de la guerra. Del lado del Rey se hallaban cuatro o cinco príncipes, duques o condes, cinco o seis prelados y diez o doce consejeros del Parlamento. Del lado del duque Felipe también

se hallaban grandes personajes en número. Del lado del papa se hallaban dos cardenales en papel de mediadores; así como también estaban ahí muchos importantes personajes de los ingleses. Antes de que se despidieran ingleses y borgoñeses, el duque de Borgoña quiso pagar lo que había acordado con ellos. El duque le propuso al rey de Inglaterra que se quedara con los ducados de Normandía y de Guyenne, bajo la condición de que se rindiera homenaje al Rey, como lo habían hecho sus predecesores, y también que renunciara a lo que tenía en el reino (a excepción de estos dos ducados que he mencionado). Lo que los ingleses rechazaron, de muy mala gana, ya que no querían hacer homenaje alguno al Rey. Fue una mala decisión, puesto que la casa de Borgoña los abandonó, perdieron sus tratos dentro del reino y su estado comenzó a declinar.

El duque de Bedford, hermano del rey Henri V, casado con la hermana del duque Felipe de Borgoña, vivía en París como regente de Francia en nombre de los ingleses; su sueldo era de veinte mil escudos por mes (por lo poco que hacía o alguna vez hizo). Los ingleses perdieron París, y después, poco a poco, el resto del reino. Una vez que regresaron a Inglaterra, ninguno quiso restringir su tren de vida, sin tener en cuenta que no había suficiente dinero para satisfacer a todo el mundo. No pudiendo pagar los oficios, la guerra pronto estalló entre ellos, extendiéndose muchos años. El Rey Henri V, coronado rey de Francia y de Inglaterra en París¹², se le echó a la prisión acusado de traición y lesa-majestad, donde pasó la mayor parte de su vida y se le mató de viejo. El duque de York,¹³ el padre del último rey Eduardo, se declaró rey. Días después sufrió una derrota y fue matado, ya fallecido, se le hizo cortar la cabeza, como luego se le hizo cortar la cabeza al conde de Warwick, quien tuviera tanto poder en Inglaterra.¹⁴ Este último había llevado por mar, hasta Calais, al conde de la Marche (quien después fuera Edward IV) con una pequeña tropa que huía de la batalla. El conde de Warwick pertenecía a la casa de York y el duque de Somerset a la casa de Lancaster. Esta guerra duró tanto tiempo que todos aquellos de la casa de York y la de Lancaster perecieron con la cabeza cortada o fueron

¹² En 1431. N. del E. Fr.

¹³ Richard, duque de York, muerto en la batalla de Wakefield el 30 de diciembre de 1460, después de haberse proclamado rey.

¹⁴ Richard Neville, conde de Warwick, llamado el “hacedor de reyes”, quien fuera muerto, no al mismo tiempo que el duque de York, como se entendería en el texto, sino diez años después, en la batalla de Barnet, el 14 de abril de 1471. Su padre, Richard Neville, conde de Westmoreland y de Salisbury, hecho prisionero en Wakefield, y se le decapitó al día siguiente. Commynes tiene un interés manifiesto por el conde de Warwick por su éxito administrativo y financiero, que detalla con insistencia a lo largo de las *Memorias*. N. del E. Fr.

mueritos en batalla. El rey Edward mató a su hermano, el duque de Clarence. Se decía que quería destronar a Edward y fue hallado muerto en un tonel de vino de malvasía. Una vez que murió Edward, su segundo hermano, el duque de Gloucester mató a los dos hijos de Edward, declaró a las hijas bastardas y se coronó rey de Inglaterra. Poco tiempo después, el conde de Richmond (rey en el presente) después de estar largo años prisionero en Bretaña, fue a Inglaterra donde derrotó y mató en batalla a este cruel Richard, que había matado a sus sobrinos. Es así cómo alrededor de veinticuatro personas que pertenecían al linaje real de Inglaterra, si mi memoria no se equivoca, perecieron por causa de estas divisiones; algunas que yo mismo vi, otras que me contaron los ingleses que se hallaban con monseñor de Borgoña. Así pues, no solamente en París y en Francia se pelea por los bienes y los honores de este mundo. Los príncipes, o los que están a la cabeza de grandes señoríos, deben procurar que no nazcan estas divisiones en sus casas, ya que de ahí el fuego se extiende hasta todo su reino. Por lo demás, creo que esto no se hace sino por disposición divina, ya que cuando los príncipes y los reinos han tenido un largo tiempo de prosperidad y de riqueza, fácilmente olvidan de dónde les viene todo aquello y Dios les envía un enemigo o una fuerza enemiga. Como los reyes que se nombran en la Biblia, o lo que ha podido observar respecto a Inglaterra, o en Borgoña. Y en otros tantos lugares en donde se ha visto esto, lo ve todos los días y lo verá en el porvenir.

Capítulo 8

Batallas alrededor de París

Ya me entretuve mucho en otro tema y es hora de regresar al que nos concierne. Desde que estos señores llegaron a París comenzaron todos a negociar y a prometer puestos, bienes y todo lo que les podía ayudar a llevar a buen fin su empresa. Después de tres días hubo una gran asamblea en la alcaldía de París,¹⁵ donde se escucharon y discutieron largamente todas las peticiones y exigencias que hacían los príncipes en público, por el bien del reino (al menos eso es lo que decían) concluyendo que se les mandarían enviados para negociar la paz. Así, numerosas personas de calidad fueron con los príncipes a Saint-Maur, siendo portavoz de estos, maestro Guillaume de Charretier (quien en ese entonces

¹⁵ El "Hôtel de ville". N. del T.

era obispo de París). Por el lado de los príncipes habían designado como portavoz al conde de Dunois. El duque de Berry, hermano del Rey, sentado en una cátedra, presidía la reunión. A su lado se hallaban de pie, los duques de Bretaña y de Calabria, y del otro lado el señor de Charolais, con su armadura (a excepción del casco y los guardabrazos) trayendo una pequeña capa muy rica en adornos. El conde necesitaba venir de Conflans acompañado ya que el bosque de Vincennes estaba en poder del Rey, habiendo mucha gente ahí. La petición y el objetivo de estos señores era entrar a París con el propósito de que se conviniera una reforma del reino, diciendo que este se hallaba mal gobernado. Los señores regresaron, no sin tejer grandes acuerdos. Estos tuvieron muchas reuniones en privado, y creo que, algunos negociadores habían pactado secretamente la entrada de estos príncipes, y sus hombres, bajo la condición de que fuera por pequeños grupos. Si este acuerdo se hubiera llevado a cabo no solamente hubiera significado la posesión de París, sino el éxito de toda la empresa, puesto que la población se habría puesto fácilmente del lado de los príncipes y en consecuencia, siguiendo el ejemplo de París, todas las otras ciudades del reino hubieran hecho lo mismo.

Dios le dio un sabio consejo al Rey, que supo aprovechar muy bien. Pues, informado de todo lo que pasaba, incluso antes que los servidores de los señores hubieran entregado reporte a los suyos, llegó a París con el ejército que se necesitaba para tranquilizar al pueblo, trayendo consigo grandes tropas y poniendo en la ciudad hasta dos mil hombres de armas. Habían venido con él muchos nobles de Normandía, con una cantidad importante de arqueros, también gente de su casa, gente pensionada por él y muchas otras personas de calidad que debían acompañarlo en estas circunstancias. De esta manera, las negociaciones secretas se interrumpieron y la percepción de los parisinos cambió súbitamente. Después de esto, no hubo persona que hubiera negociado algo con nosotros que se atreviera a hablar de algún acuerdo. Algunos de ellos estuvieron dispuestos a sufrir las consecuencias, pero el Rey no se mostró cruel con ellos. Solamente algunos perdieron sus oficios y otros fueron expulsados del reino. Creo que esto fue un acto honorable del Rey, ya que si las cosas hubieran terminado de la misma manera que habían empezado, lo único que podría haber hecho era huir. Tiempo después, muchas veces me dijo que si no hubiera podido entrar a la ciudad o si la hubiera hallado del lado de estos señores, hubiera emprendido la huida hacia Suiza o con el duque de Milán, Francisco, a quien tenía por

gran amigo.¹⁶ Y este último lo demostró, puesto que envió en ayuda del Rey a su hijo mayor, Galéas (después duque de Milán) junto con quinientos hombres de armas y tres mil soldados de infantería, que llegaron hasta el Forez, donde combatieron con el duque de Borbón, no obstante, por causa de la muerte del duque en Milán, se vieron obligados a regresar. Este último le había dado un gran consejo al Rey: le dijo que no rehusara nada en el tratado de Conflans, con la intención de echar abajo esta reunión, que se preocupara únicamente por conservar a sus hombres de armas.

Según lo recuerdo, no hacía más de tres días que estábamos en París, cuando el Rey entró. En seguida, la guerra comenzó. Siendo agotadora para nosotros, puesto que nuestros forrajeros estaban obligados a ir muy lejos y tenía que movilizarse bastante gente para su protección. Hay que reconocer que esta región de Île-de-France y esta ciudad de París están muy bien provistas como para abastecer a dos grandes ejércitos. Nunca nos faltaron víveres ni nunca tuvimos que racionar la comida o nada que ocupáramos. Solamente el precio del pan aumentó en razón de un denario más. Tampoco tuvimos que ocupar los ríos que se encuentran más arriba: la Marne, la Yonne y la Sena, y sus pequeños afluentes. Guardando toda proporción, de todas las ciudades que vi, París es la que tiene las tierras más ricas y fértiles, y no se puede tener una idea exacta de los bienes que llegan a esta ciudad. Mucho tiempo después, me quedé ahí una temporada con el Rey, durmiendo y comiendo regularmente a su lado. Después de su muerte, pasé veinte meses, en contra de mi voluntad, en la prisión de su Palacio. Ahí, desde mi ventana, veía todas las cosas que se traen desde Normandía y llegan a la Sena. Verdaderamente llegan aquí, sin comparación a otra ciudad, más cosas de las que hubiera imaginado jamás.

Pues bien, todos los días salía gente de París en cantidad y las batallas eran significativas. Nuestro puesto de guardia se componía por una cincuentena de lanzas, apostadas cerca de la Grange aux Merciers. Se mandaba alguna avanzada para que llegara lo más cerca posible a París y muy a menudo los replegaban hasta nuestra guardia (también muy seguido tenían que regresar hasta nuestra retaguardia) en seguida, se mandaba otra

¹⁶ Francisco Sforza, duque de Milán (1401-1466). Las relaciones que hablan de la amistad entre Louis XI y Sforza son antiguas. Los documentos que nos han llegado testimonian la amistad que se tejió entre estos dos, mientras Louis se encontraba en el delfinado. Los embajadores italianos corroboran lo que dice el memorialista respecto a la intención del rey de refugiarse en Italia si las cosas se hubieran puesto en su contra. *Dépêches des ambassadeurs milanais en France sous Louis XI et Francesco Sforza*, ed. de B. de Mandrot y Ch. Samaram, Paris, 1916-1923, t. III, p.285

avanzada que obligaba a los perseguidores a retirarse hasta las puertas de la ciudad. Esto sucedía a todas horas, ya que en la ciudad había dos mil quinientos hombres de armas, de buena calidad y bien acomodados, una gran cantidad de nobles de Normandía y de arqueros. Además, en la ciudad había damas todos los días lo que les daba a estos caballeros el deseo de mostrarse.

De nuestro lado, había una gran cantidad de gente, no obstante, no había casi nada de jinetes, a excepción de los borgoñeses que contaban con dos mil lanzas, entre buenas y malas (por causa de su largo periodo de paz, que ya dije antes). Dentro de este número hay que contar a los doscientos hombres de armas que se encontraban en Lagny bajo las órdenes del duque de Calabria. Por otra parte, teníamos muchos y buenos soldados de infantería.

El ejército de los bretones se hallaba en Saint-Denis, haciendo la guerra donde podían. Los otros señores se habían dispersado por abastecer a sus tropas. Al final, llegaron el conde de Armañac, el duque de Nemours y el señor d'Albret. Su gente se quedó lejos de la ciudad, ya que no recibían salario, y si se hubieran instalado en la región sin pagar, hubieran agotado las provisiones de nuestro ejército. Sé que el conde de Charolais les dio cinco o seis mil francos, decidiendo que en ese momento no avanzarían más. Se trataba de seis mil caballeros, que cometían infinitas exacciones.

Capítulo 9

Combates y tratos en París

Regresemos a la situación de París. No hay que creer que los días pasaban si haber ganancia o pérdida, de un lado como de otro. Pero grandes combates no había, ya que el Rey no quería tomar ningún riesgo. Buscaba la paz y actuaba inteligentemente para deshacer la coalición a la que se enfrentaba. Sin embargo, una mañana se instalaron cuatro mil arqueros, los nobles de Normandía y una pequeña cantidad de hombres de armas, frente al campamento de Conflans. Todos se pusieron a lo largo del río, muy cerca de sus orillas. Otros guerreros que pertenecían al ejército regular del Rey se instalaron a un cuarto de legua de ahí, en un pequeño pueblo, separados de su infantería sólo por una pequeña planicie. La Sena nos separaba y la gente del Rey empezó a cavar una zanja en

Charenton, construyendo una defensa avanzada hecha de madera y de tierra¹⁷ hasta los límites de nuestro ejército. Esta zanja recorría lo largo de la ciudad de Conflans, hallándose el río entre nosotros, como ya lo he dicho. Ahí mismo, usaron un gran número de piezas de artillería, que en un instante sacaron a las gentes del duque de Calabria fuera de Charenton. Estos últimos tuvieron que replegarse a toda prisa hacia nosotros, dejando atrás hombres y caballos muertos. El duque Juan se instaló enfrente de donde se alojaba monseñor de Charolais, frente al río.

Esta artillería comenzó a tirar también en contra de nuestro ejército, lo que asustó mucho a la compañía, matando de golpe mucha gente. Dos o tres golpes de cañón llegaron hasta la casa en la que estaba alojado el conde de Charolais, matando a un sirviente que traía un plato de carne. Terminando la cena el conde descendió a la planta baja. Decidiendo no moverse más, hizo en seguida recubrir los muros con tantos tablones como pudo.

Por la mañana todos los señores se reunieron en consejo. Fueron a la casa del conde de Charolais en donde cenaron todos juntos. Los duques de Berry y de Bretaña tomaron asiento en un banco que se hallaba contra el muro y el conde de Charolais y el duque Juan de Calabria se sentaron frente a ellos. El conde hacía sus honores a todos ellos, como debe hacerse cuando se está en la mesa, hallándose en su casa. Ahí se decidió que toda la artillería debía usarse en contra del adversario. La artillería del conde era imponente; también la del duque de Calabria y la del duque de Bretaña eran muy grandes. Se hicieron grandes brechas a lo largo de la muralla que se encuentra frente al río, detrás de la alcaldía de Conflans, donde se colocaron las mejores piezas de artillería (a excepción de las bombardas y otras piezas) y se instalaron otras en los lugares en los que podían llegar a servir. Es verdad que del lado de los señores se contaba con mejor artillería que en el lado del Rey. La zanja que había hecho la gente de este último era muy larga e iba hasta París, y seguían echando tierra hacia nuestro lado con el fin de protegerse de nuestra artillería. Todos se habían escondido en los fosos y nadie hubiera osado a sacar un poco la cabeza.

¹⁷ El texto del siglo XV usa la palabra “boulouvar” (boulevard): “Et commencerent ceulx du Roy une tranchee a l’endroit de Charanton, ou ilz firent ung boulouvard de boys et de terre jusques au bout de nostre ost” Comynes, *Mémoires*, [texto del siglo XV] Joël Blanchard (ed.), Paris, Librairie Générale Française, 2001, p. 137. N. del T. Se trata de una suerte de defensa avanzada que sustituyó a la antigua barbacana. Tenemos aquí la descripción de un “contra-sitio”: en general los que asedian cavan zanjas alrededor de la ciudad y desde ahí atacaban, no obstante, el proceso puede invertirse como aquí. Louis XI toma la iniciativa de una defensa avanzada en contra de sus enemigos. La noción de una ciudad como una masa inerte, defensiva, se halla en declive para el siglo XV. N. del E. Fr.

El terreno del lado del Rey era una planicie tan plana como una mano.

Nunca vi que se tiraran más golpes de cañón en tan pocos días. También de nuestro lado esperábamos moverlos con nuestra artillería. Todos los días los parisinos venían en ayuda de nuestros adversarios, lo que hacía que no escatimaran la pólvora en contra nuestra. Muchos de nosotros cavamos fosos en los lugares en los que nos habíamos instalado. Había muchos de ellos, ya que este es un lugar donde se extrae la piedra. Pasaron tres y cuatro días, y cada uno tuvo que protegerse así. De ambos lados, el miedo fue mayor que la pérdida, puesto que ninguna persona de renombre murió.

Cuando estos señores vieron que la gente del Rey no se movía en lo mínimo, sintieron el peligro que los acosaba y vergüenza de su artillería; pensaron que además esto le daría valor a los parisinos. En efecto, un día de tregua, los parisinos salieron en tal cantidad que creímos que nadie se había quedado dentro de la ciudad. Nuestros señores decidieron que se haría un gran puente sólido juntando los grandes barcos que se hallaban en la Sena. Pensamos que podríamos poner los barcos transversalmente, cortando la proa y la popa, uniéndolos a través de las planchas, y dejando dos barcos de cada lado encallados en la orilla a manera de anclas. Hicimos traer tales barcos con la intención de pasar, de un solo golpe, un gran número de soldados de infantería. Así se decidió atravesar el río para atacar cuerpo a cuerpo a la gente del Rey; las diligencias de esta empresa se encargaron al maestro Giraud (el cañonero). Los borgoñeses tenían la ventaja de que la tierra se había echado hacia su lado, lo que hacía que al atravesar se encontrarían en un lugar más alto que los Parisinos, creyendo que estos últimos no osarían asomarse de sus trincheras por causa de nuestra artillería.

Estas reflexiones dieron a los nuestros mucho valor y ganas de pasar. Se terminó el puente en el lugar que se debía y se puso en función, con excepción de los dos últimos barcos que se habían movido de lado. A pesar de ello, lo único que se necesitaba es que se mantuvieran en el eje. En el momento en que el puente estuvo listo, un oficial de armas del Rey vino a decirnos que nuestras acciones rompían con la tregua (este día y el día anterior había habido tregua) y había venido para ver qué pasaba. Por azar, este último se encontró a monseñor de Bueil y algunos otros, a quienes les contó todo. Esa noche la tregua finalizaba. Por el puente podían pasar una fila de infantería con tres hombres lado a lado, llevando la lanza en el muslo. También contábamos con seis grandes barcos (y

otros más pequeños) que podían pasar mil hombres a la vez. Preparamos la artillería que debía ayudarlos a pasar y se redactaron las listas de las compañías que debían asistir. Todas dirigidas por el conde de Saint-Pol y el señor de Habourdin. Tan pronto como llegó la noche, los que se habían elegido se comenzaron a armar, estando listos al alba. Esperando la mañana, algunos escuchaban la misa como lo hacen los buenos cristianos en estas circunstancias. Esa noche yo me hallaba haciendo la guardia, ya que nadie había sido dispensado. El jefe de esta guardia era monseñor de Châteauguyon, muerto después en Morat, que no ocultaba su ansia de divertirse en la batalla. De pronto, escuchamos a los que estaban en las trincheras del otro lado gritar: “¡Adiós vecinos! ¡Adiós!”, en seguida, prendieron en llamas su campamento y retiraron su artillería. La mañana se aproximaba y los que habían sido escogidos para el ataque estaban (al menos una parte) ya en el río. Ahí vieron como sus enemigos se hallaban ya lejos, en dirección a París. Muy contentos de esta retirada, cada uno se desarmó. Seguramente las fuerzas que había puesto ahí el Rey estaban destinadas solamente para bombardearnos y no para pelear con nosotros cuerpo a cuerpo. El rey no quería tomar ningún riesgo, como ya lo he dicho, incluso si sus fuerzas fueran igual de poderosas que nuestro ejército. Sin embargo, tal y como lo demostró, su intención era negociar la paz y romper la coalición; sin arriesgar la posición eminente y soberana de un Rey de Francia en la incertidumbre de una batalla.

Cada día había reuniones secretas para ganarse a la gente del adversario. Varios días hubieron treguas y encuentros que se realizaron sobre todo en la Grange aux Merciers, un lugar que se encontraba cerca de nuestro campamento. Del lado del Rey iban a estas reuniones, el conde de Maine y muchos otros; del lado de los señores, iba el conde de Saint-Pol y algunos otros. Se reunieron en muchas ocasiones sin que estas reuniones tuvieran éxito. Durante este tiempo, la fosa que separaba a los dos ejércitos se agrandaba, haciéndose del tamaño de la mitad de un camino. La tregua prohibía a todos pasar de un lado a otro; sin embargo, no había día en que diez o doce hombres del lado del Rey vinieran hacia nosotros, o los nuestros pasaran en mismo número del lado del Rey. Esta es la razón por la que llamamos a este lugar: el mercado, en razón de tales comercios que se llevaban a cabo.

A decir verdad, estos comercios o reuniones conllevan grandes peligros. No es fortuita la ocasión en la que a alguno de los que se hallan ahí se les hace creer que llevan las de

perder, y como la mayoría de la gente naturalmente busca su seguridad o su salvación, arrastran en su descalabro a sus señores. Hay sirvientes virtuosos y constantes que no tienen estas inclinaciones, no obstante, son muy pocos. Cuando un príncipe trata de ganarse a la gente de alguien se corre mucho peligro. Esto es una gran gracia que da Dios a quien sabe utilizarla, y para esto un príncipe no debe estar manchado por el terrible vicio y pecado del orgullo (lo que desata el odio de todos). Como ya lo he dicho, esta es la razón por la cual en el momento de realizarse negociaciones son los servidores más fieles de los príncipes los que deben llevarlas a cabo. Hombres de edad madura que no sean débiles como para hacer de estas negociaciones un mercado, ni de regreso atemorizar, más de lo que se necesita, a su señor. Debe de preferencia confiarse tales asuntos a los que se les ha honrado con un favor o a los que se les ha mostrado buena voluntad, pero por encima de todo, a un hombre sabio, pues de un tonto nunca se saca provecho. Asimismo, deben negociarse los tratados mejor de lejos que de cerca. Cuando los embajadores se hallan de regreso, se deben escuchar a solas o con muy poca gente, por si sus reportes son delicados y puedan asustar a la gente; también, se deben comunicarles las respuestas que deben dar a quiénes les pregunten por tan delicados asuntos. Ya que todo mundo desea enterarse de las noticias de las negociaciones, habiendo muchos que dicen: “Tal persona no me ocultará nada”, pero al contrario, si tienen un amo que es sabio y tienen el carácter del que he hablado, los embajadores deberán ocultarlas.¹⁸

Capítulo 10

Retrato de Luis XI

He tocado este tema porque he visto muchos engaños en este mundo, sobretodo de servidores que engañan a sus amos. Engañando más fácilmente a los príncipes y señores orgullosos que no escuchan nada, que a los humildes señores que de buena gana escuchan

¹⁸ Estas observaciones son el comienzo de la larga cuestión que el memorialista dedicará al tema de los embajadores. Commynes hace hincapié en que estos son los intermediarios indispensables y seguros en las situaciones inestables o peligrosas, en las que el príncipe se juega el todo por el todo. El autor destaca la necesidad de confiar las negociaciones a hombres experimentados, tema que tocará en varias ocasiones. Commynes también destaca la necesidad de controlar la información que poseen los consejeros o embajadores, junto con la preocupación de filtrarla cuando se da a conocer a un público más amplio. La cuestión de la difusión restringida de la información de los embajadores es también una de las preocupaciones de los diplomáticos italianos. *Vid.* M. E. Mallet. “Ambassadors and their audiences in Renaissance Italy”, *Renaissance Studies*, 8, 1994, p.229-243.

a sus sirvientes. De todos los príncipes que conocí, el más sabio para salir adelante frente a la adversidad, fue el Rey Luis XI. El más humilde de palabras y vestidos, el que hacía el mayor esfuerzo para ganarse a una gente que pudiera servirle (o perjudicarlo). Nunca se molestaba con nadie que le diera una negativa si estaba dispuesto a reconciliarse; al contrario, se esforzaba más en satisfacerlo hábilmente, haciéndole promesas generosas y prodigándole muchos bienes. A los que había echado de su reino en tiempos de paz y prosperidad, los perdonaba con cariño cuando los necesitaba, sin tener ningún resentimiento en contra de ellos por el pasado. Naturalmente, era el amigo de las gentes de mediano estado y enemigo de todos los grandes que pudieran prescindir de su amistad. Nadie escuchaba tanto a la gente como él, ni nadie estaba al pendiente de tantos asuntos y se enteraba de más cosas que pasaban que él. Es verdad que conocía a todas las personas de calidad que se hallaban en Inglaterra, España, Portugal, Italia y en los señoríos de Borgoña y Bretaña. Su comportamiento hacia los demás y sus maneras de tratar le salvaron la corona; especialmente contra sus enemigos (que él mismo se había hecho) luego de su advenimiento a la cabeza del reino. Pero por encima de todo, fue su gran generosidad la que le ayudó más, ya que salía adelante y con inteligencia de las mayores dificultades; aunque también, al contrario, cuando se imaginaba estar seguro (o incluso en tregua) se afanaba en disgustar a los demás, comportándose mezquinamente (lo que no le servía en nada) hartándose de la paz. Siempre se expresaba con soltura frente a la gente o en su ausencia, no obstante, se reprimía con la gente de la que desconfiaba (que no eran pocos) teniendo un carácter temeroso. Cuando utilizaba impertinentemente su lengua, temiendo que le trajera consecuencias, le decía a la misma persona afectada: “Ya sé que mi lengua me ha causado una gran desavenencia, también es cierto que a veces me ha dado grandes placeres, sin embargo, es normal que quiera reparar la desavenencia.” Así usaba estas palabras familiares, con generosidad, recurriendo a ellas en no pocas ocasiones.

Dios concede una gran gracia a un príncipe cuando este conoce la diferencia entre el bien y el mal, sobre todo cuando el bien lo tiene en sí mismo, como era el caso de nuestro Rey Luis XI. Creo que fueron las dificultades que pasó en su juventud, cuando huyó de su padre y se refugió con el duque Felipe de Borgoña (con el que se quedó seis años)¹⁹ lo que

¹⁹ De septiembre de 1456 a finales de julio de 1461. N. del E. Fr.

le sirvió mucho. Ahí se vio obligado a complacer a la gente que él necesitaba, conociendo la adversidad, lo que no es poco. Cuando se coronó Rey no pensó más que en vengarse. Sin embargo, esto pronto le resultó en gran daño y le trajo bastantes remordimientos. Luego reparó su error ganándose a las personas con las que había desavenido. Creo que si no hubiera tenido esta educación (tan diferente a la de los otros señores de este reino) nunca hubiera destacado. A estos señores se les educa solamente para que puedan vestirse y hablar prepotentemente. Nunca se les hace leer, así como jamás se les proporciona un maestro sabio. No obstante, se les pone a hablar a los gobernadores: pero a ellos nunca se les habla, en razón de hallarse únicos jueces de sus acciones.

Así pueden verse los señores que, cobrando una renta de apenas trece libras, se vanaglorian de decir: “Hable con mi gente.” Estos imaginan estar a la altura de los grandes por el sólo hecho de hablar así. Aunque, yo mismo he visto a sus servidores aprovecharse de ellos y les he escuchado decir que son unas bestias. A algunos de ellos les llega un día el momento en que reflexionan sobre su situación y desean volver a hallar su lugar, no obstante, en la mayor parte de los casos es muy tarde, y no sirve de nada. En efecto, puede observarse cómo todas las grandes figuras del pasado (los que hicieron alguna cosa valiosa) comenzaron muy jóvenes. Ello depende de la educación o de la gracia divina.

Capítulo 11

Rumores de una ofensiva de las tropas reales

He tomado mucho tiempo para relatar este tema, sin embargo, ya es hora de que no me salga de mi tema principal tan fácilmente. Para regresar al asunto de la guerra, recordaré cómo la gente del Rey, que se había instalado en esta trinchera a lo largo de la Sena, abandonó el campo de batalla en el momento en que se les iba a atacar. La tregua nunca duró más de uno o dos días y en los momentos de guerra las batallas fueron lo más violentas que podían ser. Las batallas duraban todo el día. Aunque no salían compañías grandes de la ciudad, muy a menudo hacían replegarnos de nuestros puestos de combate, que después reforzábamos. Jamás vi tantas batallas en un solo día como en aquella ocasión, incluso si se trataran de pequeñas escaramuzas. Estas hubieran podido ser mucho

más grandes si el Rey hubiese querido. Como ya lo he mencionado, el Rey se hallaba inseguro, a veces sin mucha razón. Después me contó cómo una noche había encontrado la puerta de la Bastille Saint-Antoine abierta de par en par hacia el campo. Lo que le había hecho dudar mucho de la lealtad de monseñor Carlos de Melun, ya que su padre estaba encargado de proteger aquél lugar. Yo no diré nada más de lo que he dicho ya en relación al messire Carlos, que en ese año, el Rey no tuvo mejor sirviente que él.

Un día nos enteramos de que París tenía intención de venir a atacarnos por tres flancos (no creo que el Rey tuviera nada que ver en esto, sino más bien sus capitanes): unos vendrían desde París, como columna principal; otra columna nos atacaría desde el puente de Charenton (sin que nos pudiera haber hecho daño) y doscientos hombres vendrían desde el bosque de Vincennes. Nuestro ejército fue prevenido de esta iniciativa por un paje, que hacia media noche, desde el otro lado del río, vino a gritar que algunos buenos amigos de los señores les hacían saber esta intención, dando incluso sus nombres. Tan pronto el paje dijo esto, huyó.

Así, justo al alba, monseñor Poncet de Rivière se colocó enfrente del puente de Charenton, y monseñor Du Lau y otros llegaron hasta nuestra artillería desde el bosque de Vincennes, matando un cañonero. Hubo una gran alarma. Nos imaginábamos que era esto lo que el paje nos había advertido la noche anterior. Monseñor de Charolais se equipó rápidamente, no más que el duque Juan de Calabria, que en cada alerta era siempre el primero en armarse (también su caballo). Este duque se vestía como los condotieros de Italia y daba la impresión de ser un verdadero jefe de guerra. En esta ocasión ordenaba a las demás compañías de no salir; a este se le obedecía tanto como al conde de Charolais, pero incluso de mejor gana. En mi opinión bien merecía este honor.

En un minuto todo el ejército se puso en armas. El equipaje se había puesto en el interior, a excepción de doscientos caballos que se encontraban fuera del campamento. Fuera de este día, no vi ningún otro en que tuviéramos tantas ganas de pelear. Enterándose de la noticia, llegaron los duques de Berry y de Bretaña, armados de pies a cabeza (a quienes nunca vi armados a excepción de aquel día). Estos últimos atravesaron el campamento hasta estar fuera de él, donde encontraron a los señores de Charolais y de Calabria. Ahí hablaron todos juntos. Los exploradores llegaron hasta París donde vieron muchos otros exploradores, que a su vez venían hacia nosotros para saber qué pasaba con nuestro

campamento.

Nuestra artillería había tirado cuando los hombres de monseñor Du Lau se acercaron. El Rey tenía buena artillería en las murallas de París. Estas tiraron en contra nuestra, tocando a nuestro ejército; lo que es un gran alcance, porque debíamos estar separados de París por dos leguas (yo creo que levantaron mucho la boca de esta artillería). Los estruendos de los golpes de artillería hacían creer, en ambos lados, que una gran operación era inminente. Aquel día, el clima era muy malo y estaba muy oscuro. Nuestros exploradores, que se habían acercado a París, vieron muchos exploradores enemigos aproximarse, y más allá veían una gran cantidad de lanzas levantadas, que pensaban que eran todas las compañías del Rey, junto con todo el pueblo de París, que se hallaban a campo abierto. Los exploradores fueron con los señores (que se hallaban fuera de nuestro campamento) informándoles lo que habían visto y asegurándoles que era el momento de la batalla. Los exploradores que habían salido de París, seguían acercándose hacia los nuestros (puesto que los habían visto huir) lo que confirmaba esta primera impresión. De esta manera, el duque de Calabria fue hasta donde se hallaba el estandarte del conde, listo para desplegarse junto con la guía de sus armas. El duque dirigiéndose a todos nosotros dijo: “Por fin hemos aquí en el momento que todos habíamos deseado. Vean cómo el Rey y todo el pueblo salen de la ciudad, como nos lo dicen nuestros exploradores. ¡Que cada quien tenga valor! Puesto que todos han salido de París, tomemos sus medidas en medida de París, que es la más grande medida”. Así fue como tranquilizó a la tropa. Nuestros exploradores se armaron de valor nuevamente al ver que los otros exploradores no eran tantos. El día había clareado y se acercaron lo más que pudieron a la ciudad, donde se dieron cuenta que las lanzas que habían visto no eran más que grandes cardos, que los habían confundido. Después fueron hasta las puertas donde no hallaron a nadie fuera. Avergonzados, comunicaron esto a los señores, los cuales se fueron a misa y a cenar. A los exploradores, la ocasión los disculpaba de su error, sobradamente por lo que el paje había dicho la noche anterior.

Capítulo 12

Negociaciones entre el Rey y los Príncipes

Las negociaciones de paz continuaron, ahora casi reducidas al encuentro del Rey con el conde de Charolais, los que a final de cuentas tenían verdaderamente el poder en sus manos. Las exigencias de los señores no eran pequeñas. El duque de Berry quería la Normandía, lo que el Rey se negaba rotundamente a entregarle. Por otra parte, el conde de Charolais quería recuperar las ciudades que se situaban en la Suma, como Amiens, Abbeville, Saint-Quentin, Perona y otras. Estas ciudades se habían comprado al duque Felipe en razón de cuatrocientos mil escudos, no hacía tres meses.²⁰ El duque Felipe las había obtenido de manos del rey Carlos VII, al término de la paz de Arras. El conde de Charolais denegaba al Rey el derecho de hacer la compra en tanto viviera su padre. Le recordaba a este, cuáles eran sus obligaciones frente a la casa de Borgoña: huyendo de su padre (el rey Carlos) había sido recibido por el duque Felipe, hospedándolo durante seis años, dándole dinero para su manutención, además de que después había sido llevado por ellos a Reims para su coronación y luego a París. La compraventa de estas tierras había hecho enojar mucho al conde de Charolais.

Estas negociaciones progresaron tan bien que una mañana el Rey llegó por barco al río frente al cual se hallaba nuestro ejército. A la orilla del río había numerosos caballeros, pero en el barco que venía el Rey no había más que cinco personas, sin contar los que estaban remando. Al lado del Rey se hallaban monseñor Du Lau, monseñor de Montauban, entonces almirante, monseñor de Nantouillet y otros. Los condes de Charolais y de Saint-Pol se hallaban del otro lado del río, esperando al Rey. Este último le preguntó a monseñor de Charolais: “Mi hermano, ¿garantiza mi seguridad? (le había dicho “mi hermano” ya que antes el conde se había casado con su hermana)²¹. A lo que el conde le respondió: “Monseñor, sí” (yo lo escuché, como muchos otros). El Rey descendió de su barco junto con todos los que venían junto a él, y en seguida, los condes lo recibieron con el honor que es propio de un príncipe. El Rey tampoco escatimó en cumplidos y pronto se puso a hablar: “Mi hermano, yo se que usted es un gentilhombre de la casa de Francia”. El conde le respondió: “¿Por qué, monseñor?” – “Porque, hace poco, cuando envié mis embajadores a Lille con mi tío, su padre, y con usted mismo. Cuando este tonto de Morvilliers le dirigió la palabra, usted me mandó decir por el arzobispo de

²⁰ “Tres meses” está escrito en todas las ediciones y en todos los manuscritos. Debería leerse: “tres años”. Fue en el otoño de 1463 cuando Louis XI compró las ciudades de la Somme. N. del. E. Fr.

²¹ Catherine de France (1428-1446) quien se casó con el conde de Charolais en 1439.

Narbonne, que me arrepentiría antes de que pasara un año, por las palabras que Morvilliers le dijo. Y usted me ha cumplido su promesa, incluso antes de que pasara el año.” El Rey hablaba de esto de buena manera y con soltura, riéndose, a sabiendas que escuchar esto le ocasionaría placer al conde, pues conocía bien su carácter. Decía concluyendo: “y con la gente que cumple sus promesas me gusta mucho trabajar.” El Rey desaprobó la actitud de Morvilliers, diciendo que él no le había dicho que se expresara de tal manera. Durante un largo rato, el Rey se paseó entre estos dos condes, rodeado por muchos hombres del conde, que los miraban de cerca. Ahí se le exigió al Rey el ducado de Normandía y el río de la Suma, y fueron expuestas muchas propuestas para el bien del reino. Este último punto fue minúsculo, puesto que el bien público se había convertido en bien privado. Acerca de la petición sobre la Normandía, el Rey no quiso poner atención; sin embargo, acordó entregarle al conde lo que exigía y ofreció al conde de Saint-Pol el oficio de contestable, con la intención de complacer al conde de Charolais. Su despedida fue muy gentil. El Rey tomó de nuevo su barco para irse a París. Los otros señores se fueron a Conflans.²²

Así pasaron los días entre treguas y guerra; no obstante, todas las pequeñas negociaciones se habían roto (hablo de aquellas negociaciones de los diputados de ambos lados, a las que se habían acostumbrado, en la Grange aux Merciers). Las negociaciones entre el Rey y el conde de Charolais, de las que hablé aquí arriba, continuaron. Seguido se enviaban mensajeros a pesar de que la guerra no había parado. Entre estos se hallaba uno que se llamaba Guillaume Bische y otro que se llamaba Guyot d’Usie, que eran del condado de Borgoña, pero habían sido exiliados por el duque Felipe, y acogidos por el Rey a petición del conde de Charolais. Estas idas y venidas no les agradaban a todos y los señores comenzaron a desconfiar los unos de los otros y a agotarse de aquella situación. Y si no hubiera pasado lo que sucedió unos días después, estos señores su hubieran tenido que ir avergonzados. A estos los vi reunirse en una recámara en tres ocasiones para tener consejo. Después, un día vi al conde de Charolais muy disgustado porque estos señores se habían reunido, ya dos veces, a sus espaldas. Al conde le parecía que, en la medida en que poseía la parte más grande del ejército, no debían reunirse para deliberar sin llamarlo. Nos pusimos a discutir ello. El señor de Contay, que es un hombre de gran sabiduría, como ya

²² Esta entrevista entre el rey y el Temerario tuvo lugar el 3 de octubre de 1465, después de la entrada del duque de Bourbon en Ruán, de lo cual se enteró el rey el 29 de septiembre. N. del E. Fr.

lo he mencionado en otras partes, aconsejó al duque sobrellevar pacientemente la situación, ya que si hacía enojar a estos señores, estos negociarían la paz sin él, y ya que él era el señor más poderoso de estos, también debía ser el más sabio; diciéndole que debía mantenerlos unidos a todos en lugar de separarlos, y guardar en secreto esto, pero que se hablara realmente de lo que pasaba, sobre todo alrededor de él: como el peligro que conllevaba la intermediación de estos dos pequeños personajes (mencionados aquí arriba) en un asunto tan importante; conociendo la liberalidad del Rey. Contay odiaba a Guillaume Bische; sin embargo, creo que aquí hablaba más por necesidad de las circunstancias que se presentaban que por pasión.

Este consejo agradó mucho al conde de Charolais, que en seguida simpatizó mucho más con los otros señores, adoptando un comportamiento más afable y familiar, que antes no acostumbraba. En mi opinión, aquello sin duda era necesario, pues estuvieron a punto de separarse. Un hombre sabio es de gran utilidad en circunstancias como estas, siempre y cuando se le sepa escuchar. No sabríamos cómo pagarle. Nunca conocí algún príncipe que supiera juzgar bien a los hombres, hasta que se hallaba en la necesidad. Y aunque supieran discernir bien entre los buenos y los malos, la mayor parte de las veces los ignoraban. Los príncipes delegan su poder a aquellos que les son agradables, ya sea por la edad que tienen en común, o porque se apegan a las mismas ideas; ya sea incluso porque se dejan manipular por sus servidores más cercanos, quienes satisfacen sus pequeños placeres. Pero aquellos príncipes que usan un poco la razón se reponen rápidamente cuando es necesario. Entre estos se hallaba el Rey Luis XI, el conde de Charolais (en la época que estuve con él) y el rey Edward de Inglaterra. Aquellos vivieron la experiencia de la necesidad y de volver a traer a su lado en momentos de peligro a los que antes habían despreciado. Después de que el conde de Charolais se convirtió en duque de Borgoña, la fortuna (o lo que llamamos así) lo puso más alto que cualquier otro hombre de su casa, siendo tan poderoso, que tenía por seguro que no había un príncipe que fuera su igual. Pero Dios lo dejó caer de esta gloria, reduciendo su inteligencia al punto de menospreciar toda opinión a excepción de la suya. Poco después, perdió la vida, rodeado de sufrimientos y arruinando su casa. Tal y como puede verlo ahora.

Ruán entregado a los príncipes

Arriba he hablado mucho sobre los peligros que se pueden correr haciendo estos tratados. He dicho que los príncipes tienen que ser muy prudentes y conocer bien a la gente que lleva estos asuntos (sobre todo los que no tienen un papel muy evidente). Ahora se entenderá porque me he extendido de esta manera en el tema.

Mientras se discutían los tratados en las reuniones, hablando unos y otros, en lugar de firmar la paz en los términos que se habían convenido, algunos decidieron poner el ducado de Normandía en las manos del duque de Berry (único hermano del Rey) quien de esta manera recibiría lo que le correspondía, dejando el ducado de Berry al Rey. Aprovechando el desarrollo de las cosas, la gran senescal de Normandía y algunos servidores y parientes muy afectos instalaron a Juan de Borbón en el castillo de Ruán y después en la ciudad. La ciudad consintió rápidamente este cambio, pues deseaban mucho tener un príncipe que residiera en Normandía. Poco después, todas las ciudades y los fuertes de Normandía (o poco faltó) siguieron el ejemplo de Ruán. Los normandos siempre han creído y creen todavía que un gran ducado como el suyo merece un duque. Es verdad que Normandía tiene un gran valor y ahí se cobra en impuestos una gran cantidad de dinero. Una vez vi cómo se cobró novecientos cincuenta mil francos. Hay quienes dicen que se cobra más.

Una vez que la ciudad de Ruán cambió de bando, todos los habitantes prestaron su juramento al duque de Borbón (en representación del duque de Berry) a excepción de un baile llamado Vaste (que antes había sido mantenido por el Rey en calidad de paje de cámara, cuando se hallaba en Flandes) y un personaje llamado maestro Guillaume Picard, quien después fue general de Normandía. Tampoco el que es hoy gran senescal de Normandía quiso prestar juramento, regresando con el Rey pese a la voluntad de su madre (quien había entregado la ciudad como ya lo dije).

Cuando el Rey se enteró de los acontecimientos que habían ocurrido en Normandía decidió firmar la paz; viéndose en la imposibilidad de remediar lo que ya había pasado. En seguida hizo saber a monseñor de Charolais (que se hallaba con su ejército) que quería hablarle, comunicándole el momento en el que se reuniría con él, al descubierto, en Conflans. El Rey fue ahí a la hora convenida junto con cien caballeros, la mayoría de su

guardia de Escoceses y muy poca de otros lados. El conde de Charolais llegó casi sin nadie. Había llegado sin ninguna ceremonia; sin embargo, poco después llegaron muchos caballeros con él, incluso más que los del Rey. El conde dejó a estos un poco apartados para pasarse únicamente con el Rey. Este último le dijo al conde que la paz estaba hecha, le contó lo que había pasado en Ruán (de lo cual el conde aún no se enteraba) y le dijo que él jamás hubiera aceptado de buena manera tal repartición con su hermano; sin embargo, dijo el Rey, si los normandos habían hecho esto por su voluntad, entonces aceptaría el tratado en los términos que habían sido convenidos unos días antes. Después de ello muy pocos puntos quedaban a tratar. El señor de Charolais se hallaba muy satisfecho de terminar los acuerdos, ya que su ejército sufría de la escasez de víveres, pero sobre todo de dinero. Yo creo que si esto no hubiera sucedido los señores que ahí estaban se hubieran tenido que ir avergonzados. Aunque es verdad que ese mismo día (o algunos después) el duque Felipe de Borgoña le mandó refuerzos al conde. Llegaron hasta ahí ciento veinte hombres de armas y mil quinientos arqueros, con una gran cantidad de arcos y flechas, todos conducidos por monseñor de Saveuse, junto con ciento veinte mil escudos traídos en diez bestias de carga. La razón por la que el duque Felipe proveía así a su ejército era por temor a que los otros llevaran a cabo el tratado sin los borgoñeses.

Estas palabras de buen entendimiento alegraban tanto al Rey como al conde de Charolais; sobre todo al conde (como me lo dijo después). En este lugar hablaban tan amigablemente que ni siquiera se daban cuenta por dónde iban. Se dirigieron hacia París, tan distraídamente, que de repente se hallaron en una fortificación de tierra y madera, que el Rey había mandado construir al final de una trinchera que llevaba hasta la ciudad. No había más que cuatro o cinco personas con el duque, y cuando vieron que habían entrado a la fortificación se quedaron perplejos. Es verdad que, a pesar de que había pasado el tiempo, la confianza entre estos dos príncipes no había crecido ni un poco, sin embargo, en esta ocasión el duque se contuvo, y al final no hubo ninguna consecuencia ni para uno ni para otro.

En el momento que se supo que el conde había entrado en esta fortificación, empezó el ejército a murmurar sobre esta situación. El conde de Saint-Pol, el mariscal de Borgoña, el señor de Contay, el señor de Haubourdin y algunos otros, pensaron que los responsables de esta locura eran el conde de Charolais y a sus acompañantes. Recordaban la gran

desgracia que le había sucedido en las mismas circunstancias al abuelo del conde: Montereau-Fault-Yonne, cuando se hallaba en presencia del rey Carlos VII. En seguida, estos señores llevaron hasta ahí a todos los soldados que se habían quedado en campo abierto. El mariscal de Borgoña, llamado Neufchâtel, soltó estas palabras: “Si perdemos a este joven príncipe, no perdamos su casa, ni nuestro propósito ni el de su padre. Así sea que todo mundo tenga que retirarse; sea lo que nos depare nuestra fortuna, aunque haga falta irse hasta Hainaut o Picardía, incluso hasta Borgoña, a condición de mantenernos unidos.”

Después de decir esto montó su caballo. El conde de Saint-Pol fue a ver si nadie venía de París. Después de un largo rato, vimos venir alrededor de cuarenta o cincuenta jinetes, entre los cuales se hallaba el conde de Charolais, junto con la gente del Rey que lo traía a salvo. El conde envió a los que venían con él hacia su ejército. Llegando, el mariscal le decía al conde: “Yo no estoy con usted más que a manera de préstamo por el tiempo que viva su padre” Este último era un buen caballero, fiel a la causa del conde, sin embargo, en esta ocasión le hablaba con rabia. El conde le respondió: “No necesito una reprimenda de parte suya. Reconozco mi gran locura, sin embargo, me hallaba muy cerca de la fortificación cuando me di cuenta de la situación en la que estaba.” El mariscal había dicho más en presencia del conde de lo que dijo cuando se hallaba ausente. El conde no respondió a nada, bajando la cabeza, se dirigió de nuevo a su ejército. Ahí todos estuvieron contentos de su regreso; reconociendo la rectitud del Rey. No obstante, el conde nunca volvió a ponerse a su disposición en una situación peligrosa.

Capítulo 14

El tratado de Conflans

Al final todo se arregló y al día siguiente el conde de Charolais hizo una gran revista para saber cuánta gente tenía y cuánta había perdido. Sin avisar, el Rey fue junto con una treintena o cuarentena de caballeros para ver a las compañías, una tras otra, a excepción de la compañía del mariscal de Borgoña, quien tenía mucho odio por el Rey, ya que le había quitado el Espinal en Lorena para dárselo al duque Juan de Calabria (lo que había disgustado mucho al mariscal). Poco a poco el Rey se reconciliaba con los caballeros

(buenos y de reputación) que había expulsado el día de su advenimiento (lo que los había hecho volverse contra él) a pesar del servicio que le habían prestado a su padre. Ahí dijo el Rey que reconocía su error y que al día siguiente se encontraría en el castillo del bosque de Vincennes para que los señores le hicieran homenaje. Decía que le daría el castillo al conde de Charolais con el fin de garantizar la seguridad de todos.

Al día siguiente el Rey y todos los príncipes se encontraron ahí sin que faltara uno sólo. La puerta del castillo estaba vigilada por mucha gente en armas que pertenecía al conde de Charolais. Ahí se leyó el tratado de paz. Monseñor Carlos de France presentó su homenaje al Rey por haberle dado el ducado de Normandía, el conde de Charolais hizo lo mismo en razón de las tierras de Picardía y otros hicieron el homenaje que debían. También, el conde de Saint-Pol prestó juramento por su oficio de contestable. Nunca hubo mejor banquete que este, en el que nadie se quedó sin cenar.

El Rey ahí ganó algunos personajes de buena calidad, sin embargo, la mayoría de ellos se quedó del lado del nuevo duque de Normandía y el duque de Bretaña, que fueron casi inmediatamente a tomar posesión de Ruán. Al momento de dejar el castillo del bosque de Vincennes, todos se despidieron unos de otros y cada quien regresó a su casa. Algunas cartas se redactaron, se convinieron algunas disculpas y se realizaron todos los actos necesarios después de un acuerdo de paz.²³ Ese mismo día los duques de Normandía y de Bretaña se fueron a Normandía y el conde de Charolais se fue a Flandes. Cuando el conde se había puesto en camino hacia Flandes, el Rey lo alcanzó y lo acompañó hasta Villiers-le-Bel, una ciudad a cuatro leguas de París, manifestando en este gesto su gran deseo por conservar la amistad con el conde.

Esa noche todos se quedaron en aquella ciudad. El Rey traía pocas gentes consigo, pero más tarde llegaron alrededor de doscientos hombres con el fin de escoltarlo después hasta París. Cuando estaba por acostarse el conde se enteró de esto. Desconfiando de los propósitos del Rey, hizo que se armaran un gran número de hombres. De esta manera, se corrobora una vez más que es imposible que dos grandes señores puedan confiar el uno del otro, a cusa de los rumores que les llegan al oído y de los suspicaces que son en todo momento. Y si dos príncipes quisieran mantener su amistad no deberían verse jamás. Deberían enviar a gente de calidad y de gran sabiduría el uno con el otro; quienes

²³ Tratados de Conflans y de Saint-Maur, el 5 y 29 de octubre de 1465. N. del E. Fr. *Vid. Supra*, nota 21.

mantendrían sus buenas relaciones y rectificarían sus errores.

Los dos señores se despidieron cordialmente a la mañana siguiente, diciéndose buenas y sabias palabras. El Rey regresó a París en compañía de los caballeros que habían venido a buscarlo, lo que hizo desaparecer los temores que se habían desatado la noche anterior. El conde de Charolais tomó el camino hasta Compiègne y Noyon; por todas partes donde pasó se le abrieron las puertas bajo órdenes del Rey. De ahí se fue a Amiens, donde recibió el homenaje de las ciudades al borde de la Suma y de las tierras de Picardía restituidas al término del tratado de paz. Como ya lo había dicho más arriba, estas tierras habían sido compradas por el Rey en cuatrocientos mil escudos de oro, apenas hace nueve meses.²⁴ En seguida continuó su camino en dirección de Lieja, donde los liejos hacían la guerra contra su padre, hacía cinco o seis meses, en los cuales habían mandado algunas gentes en contra de Brabante y Namur. Por causa del invierno el conde no había podido hacer mucho, pero esta vez se quemaron algunos pueblos y se arremetió un poco contra los liejos. Después se firmó un tratado de paz con ellos, que prometían respetar bajo pena de pagar una gran suma de denarios. Después el conde regresó a Brabante.

Capítulo 15

El Rey recupera la Normandía

Vuelvo con los duques de Normandía y de Bretaña que habían ido a tomar posesión del ducado de Normandía. Tan pronto como llegaron a Ruán, a la hora de dividirse el botín, comenzaron los desacuerdos. Estos dos seguían acompañados por diversos señores que estaban acostumbrados a tener altos cargos, así como a los grandes favores del rey Carlos. Pensado que habían logrado sus fines, sin tener confianza en el Rey, querían para sí la mejor parte. También el duque de Bretaña quería su parte, ya que él había gastado más en esta guerra. El desacuerdo se hizo tan grande que el duque de Bretaña tuvo que emprender la huida hacia Mont-Sainte-Catherine (cerca de Ruán) temiendo por la seguridad de su persona. Las cosas se habían emponzoñado a tal punto que los hombres del duque de Normandía, junto con los de la ciudad de Ruán, estaban listos para atacar al duque de

²⁴ Commynes repite el error que se había señalado más arriba. N. del E. Fr.

Bretaña en su retirada. Lo que hizo, en efecto, que el duque se tuviera que ir hasta Bretaña.

El Rey, al ver esta división, fue hasta aquel país. Puede creermelo que el Rey sabía bien cómo dividir a la gente. En esta ciencia él era un maestro. Así, una parte de los que tenían en su poder las fortificaciones de Normandía empezaron a tratar con el Rey y a abandonar a los duques. No sé más de lo que el Rey me contó después, pues yo no estuve en aquellos lugares. Después el Rey se reunió con el duque de Bretaña, que en ese momento ocupaba algunos lugares de la Basse-Normandía, con la intención de que abandonara totalmente a su hermano. El Rey y el duque se quedaron algunos días en Caen, donde firmaron un tratado en el que se convenía que el señor de Lescun conservara la ciudad de Caen y algunas más. Pero este tratado era tan poco claro que creo que ni uno ni otro lo entendía bien. Después el duque se fue a Bretaña y el Rey se puso en dirección de su hermano. Este último, viendo que el Rey tomaba Pont-de-l'Arche y que no podría resistir su embate, decidió huir hacia Flandes.

El conde de Charolais en este momento se hallaba en Saint-Trond (una pequeña ciudad en el país de Lieja) con su ejército descompuesto; además era invierno y se hallaba en parte ocupado contra los liejos. Al duque le pesó enterarse de esta división. Su más grande deseo era ver un duque en Normandía, puesto que, al perder estos territorios, el Rey perdía un tercio de sus medios. Así, el duque comenzó a conformar algunas tropas en Picardía para llevarlas a Dieppe; no obstante, el Rey negoció con quien tenía la ciudad de Dieppe antes que las tropas del duque estuvieran listas. De esta manera, todo el ducado de Normandía regresó a las manos del Rey, a excepción de los lugares que conservaba el señor de Lescun por el tratado de Caen.

Capítulo 16

La dificultad de lograr un acuerdo entre los príncipes

Como lo dije antes, el duque de Normandía había decidido fugarse a Flandes, sin embargo, rápidamente el duque de Bretaña y él se reconciliaron, reconociendo ambos sus errores y

aceptando que todas las cosas buenas en este mundo se pierden por el desacuerdo. Además es casi imposible que muchos personajes, tan grandes y notables como ellos (de igual condición) puedan ponerse de acuerdo y actuar unidos por un largo tiempo sin que por encima de estos haya un jefe que les guíe. Para esto sería necesario alguien de gran sabiduría y que fuera muy apreciado, con el fin de hacerse obedecer. No lo digo sin ninguna razón: he visto con mis propios ojos muchos ejemplos de esto y es verdad que somos muy propensos a dividirnos en nuestro propio perjuicio; sin tomar en cuenta las consecuencias que de nuestros actos puedan resultar. Y esto lo he visto tantas veces, de la misma manera que me han llegado los rumores y ecos de las mismas cosas. Me parece que un príncipe sabio, que tuviera el poder sobre diez mil hombres y los medios con que mantenerlos, se temería y apreciaría bastante más que un grupo de diez aliados que sujetaran seis mil hombres cada uno; ya que en el caso de estos últimos habría tantas cosas por resolver y acordar, que la mitad del tiempo se perdería en discutir, antes de que cualquier asunto fuera concluido y acordado.

Después de retirarse a Bretaña, el duque de Normandía se encontró pobre, derrotado y desamparado por sus caballeros, que se habían pertenecido antes al rey Carlos (quienes después de tener un acuerdo con el Rey se vieron mejor provistos y acomodados que cuando estaban con el Rey Carlos, su padre). Estos dos duques fueron sabios después de todo. Y como se dice de los bretones: se quedaron en Bretaña. Ahí el señor de Lescun era el primero de sus servidores. Numerosas embajadas venían de parte del Rey, de ellos hacía el Rey y hacía el conde de Charolais (que se había vuelto duque de Borgoña) y de este último hacia ellos. Algunos venían para obtener información, otros para ganarse a la gente y negociar fechorías bajo el disfraz de la buena fe. Algunos iban con las mejores intenciones, imaginándose que irían a pacificar las cosas. Pero tontos son los que se creen tan buenos y sabios para creer que con su sola presencia podrán poner en orden las cosas, sin tomar en cuenta que los príncipes que visitan son igualmente inteligentes y conocen las mismas artimañas que estos. Así, normalmente, no hay concesión a las razones de una y de otra parte. Pero hay buenas personas que se hacen fama de buenos diplomáticos aunque no sepan nada de este oficio, ya que la mayor de las veces sus amos no les revelan sus pensamientos más secretos, y estos no hacen otra cosa más que entretenerse en la fiesta (la que se hace regularmente a costa suya). Siempre hay un modesto personaje para negociar

alguna parte; esto lo he comprobado en todos los lugares y en toda época de la que hablo. Y al mismo tiempo que los príncipes deben poner atención a quiénes les confían sus asuntos, también los que se encargan de estos asuntos deberán reflexionar y quizás renunciar (si es el caso) a excepción de aquellos que conocen bien los asuntos de los que se encargan y mezclan con ellos parte de los suyos. Todo ello sería muy prudente. Yo he visto mucha gente que, sin darse cuenta, de repente se halla en una posición que rebasa su inteligencia y de la que no encuentra la salida.

He visto príncipes de ambas disposiciones: algunos tan suspicaces y desconfiados que no sabe uno cómo tratarlos, y que tienen consigo siempre la sensación de que se les está traicionando. Otros que tienen plena confianza en sus servidores, pero que son carentes de la inteligencia y capacidad que requieren sus asuntos, y por consiguiente, no saben si se les hace bien o se le hace mal. Estos últimos son capaces de pasar del amor al odio en un instante y con la misma rapidez del odio al amor. Aunque no se encuentra gente totalmente buena ni de uno ni de otro lado (gente con la que se podría contar y tener confianza) a mí me gustaría vivir mucho más con los sabios que con los tontos, ya que con los primeros existen los medios para salir adelante y atraer sus favores, mientras que con los ignorantes, por el contrario, no hay ninguna solución que pueda esperarse, ya que ni siquiera se trata con ellos sino siempre con sus sirvientes, que son bastantes y cambian muy rápido. No obstante, es menester que cada uno le sirva y le obedezca en el país que le concierne, a esto estamos obligados. Aunque, reflexionando todo, nuestra única esperanza debe estar en Dios, sólo en él se hallan la confianza plena y la bondad absoluta; nada de esto se encuentra aquí abajo. Aunque esto lo aprendemos tan tarde, cuando la necesidad ha pasado. Más vale tarde que nunca.

hace mal. Estos últimos son capaces de pasar del amor al odio en un instante y con la misma rapidez del odio al amor. Aunque no se encuentra gente totalmente buena ni de uno ni de otro lado (gente con la que se podría contar y tener confianza) a mí me gustaría vivir mucho más con los sabios que con los tontos, ya que con los primeros existen los medios para salir adelante y atraer sus favores, mientras que con los ignorantes, por el contrario, no hay ninguna solución que pueda esperarse, ya que ni siquiera se trata con ellos sino siempre con sus sirvientes, que son bastantes y cambian muy rápido. No obstante, es menester que cada uno le sirva y le obedezca en el país que le concierne, a esto estamos obligados. Aunque, reflexionando todo, nuestra única esperanza debe estar en Dios, sólo en él se hallan la confianza plena y la bondad absoluta; nada de esto se encuentra aquí abajo. Aunque esto lo aprendemos tan tarde, cuando la necesidad ha pasado. Más vale tarde que nunca.

Libro II

Capítulo 1

Ofensiva borgoñesa contra Dinante y Lieja

Así pasaron muchos años durante la guerra del bien público, y en cada uno de estos años, el duque de Borgoña tuvo guerra contra los liejos. Tan pronto el Rey veía que este se ocupaba en la guerra, intentaba todo tipo de ofensiva contra los bretones, lo que ayudaba un poco a los liejos. Así el duque de Borgoña se iba contra él para socorrer a sus aliados, o a veces, ellos mismos hacían una tregua con el Rey.

En el año de 1466, el duque de Borgoña se apoderó de Dinante, ciudad situada en el país de Lieja, fuerte e imponente, y muy rica gracias al comercio de sus objetos de cobre (lo que se le llama dinandria): ollas, cazuelas y otros utensilios. La derrota de esta ciudad ocurrió un año antes de la muerte de su padre, el duque Felipe, en junio de 1467. Fue él mismo, ya muy viejo, el que hizo llevarse en una cama hasta la ciudad de Dinante, ya que a esta le tenía mucho odio por las crueldades que había causado a los habitantes de Bouvignes, una pequeña ciudad a un cuarto de legua de Dinante, que no estaba separada más que por el río de La Meuse. Poco tiempo atrás, los dinanteses había asediado la ciudad de Bouvignes por espacio de ocho meses, cometiendo toda suerte de crueldades en los alrededores. Tiraban a las casas sin dar

descanso a dos cañones y otras piezas de artillería pesada con las que contaban, forzando a esta pobre gente a esconderse en sus bodegas y vivir bajo la tierra.

El odio que se tenían estas dos ciudades era increíble, al grado de que sus hijos no se casaban sino con los de la misma ciudad, hallándose lejos de cualquier otra ciudad importante. Un año antes de la destrucción de Dinante –en el momento en que había regresado el Conde de Charolais de París donde se había reunido con los otros señores de Francia- los de Dinante habían negociado con el conde, firmando un tratado de paz. Aquellos dieron al conde una suma de dinero y se separaron de Lieja con el fin de administrarse solos. Este suceso puede verse como el verdadero signo de la destrucción de un pueblo, pues no hay cosa peor para aquellos que deberían apoyarse que separarse y desolidarizarse. Lo digo tanto para los señores y príncipes como para las ciudades y las comunas.²⁶ Entiendo que de este tema todos pueden haber visto o leído algo al respecto, pero mejor guardo silencio; no sin considerar que nuestro amo y señor, el rey Luis, era experto en este arte de dividir a la gente, más que cualquier otro príncipe que haya conocido jamás. Para ello no escatimaba ni en dinero ni en sus bienes, ni en el trabajo que pudiera costarle. No solamente en el caso de las negociaciones que se hacían con otros señores sino también dirigiendo con inteligencia a sus servidores.

No tardaron en arrepentirse estos habitantes de Dinante de su tratado con el duque de Borgoña, y de esta manera, dieron cruel muerte a cuatro de sus principales burgueses que habían participado en la firma del tratado. Pronto volvieron a comenzar la guerra contra el duque de Borgoña, yendo al condado de Namur. Fue por tales razones, y por petición de los habitantes de Bouvignes, que el duque Felipe fue a asediar la ciudad, poniendo a cargo de su ejército a su hijo. El conde de Saint-Pol, contestable²⁷ de Francia fue en ayuda de los sitiados (no por mandato del Rey sino por su propia voluntad) trayendo como ejército a la gente que había ido levantando en su paso por los mercados de Picardía.

Durante este asedio, los defensores de la ciudad de Dinante intentaron hacer frente a sus invasores temerariamente, lo que les resultó en su perjuicio ya que, después de ocho días, fueron tomados por asalto después de ser violentamente bombardeados, mientras que sus aliados seguían discutiendo si era bueno ir en su ayuda o no. Dinante fue arrasada y después quemada; los prisioneros (que llegaron a ser ochocientos) se mandaron ahogar en el río de La Meuse, frente a Bouvignes, por petición de estos últimos. Yo no sé si Dios hubiera permitido esto como castigo en razón de la maldad de este pueblo, sin embargo, es verdad que aquella

²⁶ “communes” N. del T.

²⁷ “connétable” N. del T.

venganza se realizó con crueldad.

Al día siguiente de la destrucción de esta ciudad llegaron los de la ciudad de Lieja, que a pesar de que se habían comprometido a no intervenir en los asuntos de Dinante (ni Dinante en los de Lieja) vinieron en su apoyo. En este momento el duque, cansado por su edad, se retiró, dejando todo a cargo al conde de Charolais, quien avanzó contra los liejos. Por error de nuestros guías encontramos a estos antes de lo previsto, quedando así todo el grueso de nuestro ejército frente a ellos, incluyendo sus principales jefes. Aunque era tarde y ya estaba oscuro nos preparamos para atacarlos; en este momento llegaron embajadores de la parte de Lieja para reunirse con el conde de Charolais. Estos imploraron al conde de Charolais, en nombre de la Virgen María (protectora de esta ciudad) que tuviera piedad de los liejos. Los embajadores trataron de excusar las faltas de este pueblo lo mejor que pudieron. Al contrario, a los liejos se les veía la intención de hacer la guerra, aunque después de dos o tres idas y venidas de aquellos embajadores, estos acordaron con el conde mantener la paz (que había durado todo un año) y dar una suma de dinero. Y como muestra de la voluntad de mantener su promesa mejor que la vez pasada se le ofrecieron al conde trescientos rehenes, designados sobre una lista hecha por el obispo de Lieja, así como a algunos hombres que servían en el ejército. Se dijo que tal promesa debería cumplirse antes de las ocho horas del día siguiente.

Esa noche la armada borgoñesa se mantuvo muy alerta, ya que se hallaba en posición desventajosa por no tener nada que la protegiera en el campo abierto. En cambio los de Lieja, que iban a pie y conocían mejor el terreno, hubieran tenido ventaja si hubieran decidido atacarnos. Supe después que algunos liejos tuvieron esta intención, sin embargo, fueron apaciguados por sus embajadores.

Al alba del siguiente día todo nuestro ejército se ordenó, con sus escuadrones bien formados y con un efectivo de tres mil hombres de armas, entre buenos y malos, junto con doce o catorce mil arqueros, así como con numerosos soldados que venían a pie desde el país vecino. Se marchó directo hacia ellos para recibir a los rehenes, o llegado el caso, entrar en combate si los rehenes no se entregaran. Así, llegando frente a ellos, los encontramos divididos; se dispersaban en desorden y en bandas, como un gentío sin líder.

Ya era cerca del mediodía cuando aún no se habían entregado los rehenes. El conde de Charolais pidió el consejo del mariscal de Borgoña, que a la sazón se hallaba presente, preguntándole si debía ir contra ellos. A lo que el mariscal respondió afirmativamente, diciendo que podría derrotarlos sin ningún problema, que no debía dudar viendo cómo estos

se hallaban tan desorganizados. Después el conde le preguntó lo mismo al señor de Contay (de quien he hablado muchas veces) siendo de la misma opinión que el mariscal y señalándole al conde que los liejos se encontraban muy dispersos y además huían, y que no encontraría jamás ocasión como esta para combatirlos. Después, el conde interrogó al contestable (el conde de Saint-Pol) quien se opuso a estas opiniones. Para él, ir contra los liejos significaba romper la promesa que había hecho el conde, y en consecuencia se mancillaría su honor. Diciendo esto, aconsejó al conde mandar embajadores con los liejos para saber qué sucedía, ya que –decía el conde de Saint-Pol- era difícil para tantas personas ponerse de acuerdo en tan poco tiempo y por ello debía concederles una oportunidad. La discusión entre el conde y los otros tres nobles sobre este asunto fue larga e intensa. Por un lado, Charolais veía en este momento la ocasión para vencer de una vez por todas a sus enemigos de siempre (estos no hubieran podido defenderse propiamente) pero por otro lado, se le recordaba su promesa que por honor debía mantener. El asunto concluyó cuando se envió hacia los liejos una trompeta para advertirles de su situación, esta misma se encontró con los rehenes que ya venían hacia el campo de los borgoñeses. Así, cada ejército emprendió su partida. La gente de armas estuvo en franco desacuerdo con la opinión del contestable, pues eran de la idea que se había perdido un gran botín. Muy pronto se enviaron embajadores a la ciudad de Lieja con el fin de confirmar la paz, sin embargo, el pueblo (que es inconstante) los recibió de muy mala manera gritándoles ofensas, diciendo que no se habían atrevido a pelear contra ellos y tirándoles piedras con rudeza.

Mientras tanto, el conde regresó a Flandes. En este momento su padre murió. Se le hizo un gran oficio y solemnes obsequias en Brujas; también se le informó al Rey sobre su muerte.

Capítulo 2

Batalla de Brusthem

Las negociaciones secretas continuaron entre el duque de Borgoña y el de Bretaña. El Rey se había instalado entre aquellos dos príncipes, haciendo que estos tuvieran bastante dificultad para comunicarse; los mensajeros encontraban muy a menudo bastantes obstáculos en su camino, y en tiempo de guerra debían hacer el camino por mar. Yendo de Bretaña hacia Inglaterra, después por vía terrestre hacia Douvres, y así ir a Calais. Si se tomaba el camino por vía terrestre se corrían muchos riesgos.

Durante todo este periodo de hostilidad, alrededor de una veintena de años o más,²⁸ algunos en guerra abierta, otros vacilando entre treguas y simulaciones, Dios hizo bien al reino de Francia ya que las guerras y las divisiones de los ingleses continuaron sin cesar. Estas habían comenzado alrededor de quince años atrás, en el curso de los cuales hubo grandes y crueles batallas en que murieron bastantes hombres de calidad. Todos se decían traidores, puesto que había dos casas que reivindicaban para sí la corona: la casa de Lancaster y la casa de York. Es verdad que si los ingleses hubieran conservado el poderío que tenían antaño, esto hubiera provocado al reino bastantes dificultades.

El Rey tenía puesta la mira siempre en Bretaña; pensaba que su conquista era más fácil y opondría menos defensa que la de la casa de Borgoña, además de que ahí se encontraban refugiados sus enemigos, como su hermano y otros que enviaban espías hacia el reino. Por esta razón el Rey intentó ganarse la amistad del duque Carlos de Borgoña, tratando de convencerlo haciéndole varios ofrecimientos y proponiéndole varios arreglos. El Rey le dejaría el camino libre para ir contra los liejos y sus otros enemigos, si este a su vez, dejaba que él fuese contra los bretones. Sin embargo el duque no aceptó. En cambio, sí fue una vez más en contra de los liejos, que poco antes habían roto la paz al tomar la ciudad de Huy, expulsando a sus habitantes y pillando sus bienes. Hicieron todo esto sin importarles los rehenes que habían dejado con el duque, que ahora ponían sus vidas en peligro y también una suma de dinero bastante considerable.

El duque reunió a su ejército cerca de Lovaina, en Brabante, en los confines de Lieja. El conde de Saint-Pol, contestable de Francia, que se había acercado ahora al Rey, se reunió ahí con él, acompañado del cardinal de Balue y con algunos otros. Ellos hicieron saber al duque de Borgoña que los liejos eran aliados del Rey, que habían pactado tregua con él, y le advirtieron que si se les atacaba, el Rey vendría en ayuda de este pueblo. Por otra parte, también le propusieron lo siguiente: que si el duque consentía que Francia fuera a la guerra contra Bretaña, el Rey dejaría hacer lo que quisiese el duque con los liejos. Tal audiencia tuvo un carácter público, y duró apenas un día. El duque de Borgoña se justificó con el argumento de que fueron los liejos quienes lo habían atacado y no al contrario, y que en esas condiciones no podía abandonar a sus aliados. Con esto los embajadores fueron despachados, y a la mañana siguiente, cuando el duque se disponía a montar su caballo, les dijo en voz alta a los embajadores: que suplicaba al Rey de no ir en contra de Bretaña; a lo que el contestable

²⁸ Sin duda menos si se toma en cuenta que los años de conflicto entre Luis XI y Carlos el Temerario abarcaron de 1465 a 1477.

respondió con vigor: “Monseñor, esa decisión no está en sus manos. Quiere tomarlo todo sin dejarnos nada. Quiere hacer la guerra a nuestros aliados pidiendo que nos quedemos de brazos cruzados, sin que podamos atacar a nuestros enemigos como usted hace con los suyos. Eso es inaceptable y el Rey no lo consentirá”. Dicho esto, respondió el duque a los embajadores en tono de despedida: “Los liejos están ya reunidos y la batalla tendrá lugar en tres días. Si pierdo, considero que harán como les plazca, pero si gano dejarán en paz a los bretones.” De esta manera el duque montó su caballo y los embajadores regresaron a sus campamentos, preparándose para partir. El duque abandonó Lovaina junto con una gran tropa que fue a sitiar a una ciudad llamada Saint-Trond. Su ejército era considerable; todo lo que podía venir de Borgoña estaba ahí. Jamás vi al duque con tanto ejército como en aquella ocasión.

Poco antes de su partida el duque había deliberado sobre el asunto de qué se haría con los rehenes, si merecían la muerte o qué se haría con ellos. Algunos eran de la opinión que se le diese muerte a todos, sobretodo el señor de Contay, del que tanto he hablado. Jamás lo vi expresarse con tanta crueldad y maldad como en aquella ocasión. Es por esta razón que para un príncipe es muy importante contar con muchas personas en su consejo, ya que hasta los más sabios se equivocan o bien se apasionan tanto en estos asuntos que se expresan por amor o por rabia, u otras veces son de la opinión totalmente contraria de alguien más, y las más de las veces se hayan indispuestos (pues no es prudente tomar por cierto el consejo que se ha dado después de comer). Alguien podrá decir que un hombre así no merece estar en el consejo de un príncipe, sin embargo, a esto se debe responder que todos somos hombres, y si quisiéramos tener gente que nunca se equivocara debería buscarse en el cielo y no aquí abajo. Pero en compensación, cuando es variado este consejo, habrá alguno que se exprese sabiamente y mejor que los demás en algunas ocasiones. De esta manera unos compensan a otros.

Pero volviendo a nuestro propósito. Dos o tres de estos consejeros compartieron la opinión de Contay, del cual estimaban su poder y su razón. Siempre hay en estos consejos gente que no opina más que en función de los demás, sin entender nada de lo que se habla ahí, con el único propósito de agradar a quien da una opinión que se aprecia por ser alguien poderoso. Después del voto de Contay, se le pidió opinión a monseñor de Humbercourt, nacido cerca de Amiens, uno de los caballeros más sabios y más inteligentes que yo haya conocido. Su opinión era que si el duque quería poner a Dios de su lado, tenía que mostrar al mundo entero que él no era un

príncipe cruel ni rencoroso;²⁹ que debía liberar a los trescientos rehenes, porque estos habían sido entregados de buena fe con la confianza de que la paz se mantuviera; y que debía hacerles comprender la gracia que se les concedía, invitándolos a reconducir al pueblo de Lieja de nuevo a la paz, y que si no querían hacerlo, que al menos reconocieran la bondad con la que se les había tratado y esperar que no se les encontrara haciendo la guerra en contra del duque y su obispo. Y así, este consejo tomó por buena esta opinión, liberándose los trescientos rehenes y advirtiéndoles antes de su partida que si alguno de ellos se le veía y capturaba en la batalla lo pagarían con la propia cabeza. Y así partieron.

Creo que no está de más decir que, después de la opinión tan cruel del señor de Contay contra estos pobres rehenes -entre los cuales, como lo he dicho, había algunos que habían aceptado esta condición con generosidad- vino a decirme alguien del consejo al oído: “Vea al hombre de allá (el señor de Contay). Es viejo pero tiene buena salud, sin embargo, apuesto todo a que el no vivirá más de aquí en un año”. Y si bien esto me lo dijo a causa de la crueldad de este señor de Contay, tal sentencia se cumplió pues Contay no vivió mucho más tiempo.³⁰ A pesar de ello, antes de su muerte sirvió bien a su amo en una batalla, un día que evocaré más adelante.

Retomo el hilo del relato. Recuerdan cómo, al partir de Lovaina, el duque acampó sus tropas frente a Saint-Trond, utilizando su artillería para bombardear la ciudad. Ahí había tres mil liejos bajo el mando de un buen caballero (aquel que había negociado la paz en los combates del año pasado). Tres días después de que habíamos acampado ahí los liejos vinieron en gran número para hacernos levantar el campamento. Estos venían con treinta mil (quizás más) buenos y malos soldados, todos a pie, con la excepción de quinientos caballos, así como con una imponente artillería. Hacia las diez de la mañana los liejos se encontraban en una aldea llamada Brusthem, bastante fortificada y rodeada de pantanos. Con ellos se encontraba Francisco Royer, embajador del Rey y baile de Lyon. Al punto se dio alarma a nuestro ejército. Hay que decir que se cometió el error de haber enviado exploradores en malas direcciones, puesto que fuimos advertidos por los propios hombres de equipaje de nuestro ejército que venían huyendo.

Nunca me encontré en ningún lugar en que el duque diera una buena orden como en aquel día. Cuando le fue entregada la noticia, rápidamente hizo avanzar a sus tropas, con excepción de

²⁹ Commines retomará a lo largo de las *Memorias* este tema de los procesos crueles como actos inútiles, siempre respecto a Carlos el Temerario, a quien condena por este motivo.

³⁰ Murió el 19 de diciembre de 1467. N. del E. Fr.

quinientos ingleses que se quedaron a cuidar del campamento, y ordenó que se pusieran doscientos hombres de armas en cada uno de ambos flancos de la ciudad. El duque, junto con su vanguardia, compuesta de ochocientos hombres: soldados a pie, arqueros y caballeros en gran número, se quedó delante de la ciudad. Entonces, Monseñor de Ravastin marchó junto con la vanguardia, todos a pie, hasta la orilla de las fosas con agua, que eran largas y profundas. Ahí hizo a los liejos retroceder a golpe de cañón y flechas, tomando sus fosas y su artillería. Cuando a los nuestros se les habían acabado las flechas, estos liejos retomaron la batalla con gran coraje, y con sus grandes y eficaces lanzas, fueron a la carga de nuestra línea de vanguardia, matando, casi de un solo golpe, a cuatrocientos o quinientos arqueros y caballeros de nuestro ejército. Nuestras banderas se replegaban como si estuviéramos al borde de la derrota, cuando al momento, el duque ordenó que avanzaran los arqueros de su propio cuerpo de batalla, que venían bajo el mando de Felipe de Crevecoeur, señor Des Cordes, junto con algunos caballeros de gran calidad, los cuales al instante arremetieron con un gran grito contra los liejos, quienes fueron derrotados en un instante.

Los caballeros que estaban a ambos flancos de la ciudad no pudieron hacer daño al ejército contrario, e incluso el duque de Borgoña no pudo hacer gran cosa por causa de los pantanos, se limitó a quedarse en su posición para asistir a su vanguardia en caso de que esta se penetrara por los liejos. Una vez que se hubieron roto las líneas de los liejos, algunos de ellos emprendieron la fuga, a través de los estrechos pasos de los pantanos, razón por la cual solo los que venían a pie pudieron seguirlos. El duque, viendo esto, mandó a algunos escuadrones de caballeros a darles persecución, aunque estos se vieron en la necesidad de hacer un rodeo de aproximadamente dos leguas para cruzar los pantanos, cuando fueron sorprendidos por la noche; sin duda aquello le salvó la vida a no pocos liejos. Mientras esto sucedía, el duque hizo llamar al resto de las tropas del campamento para venir enfrente de la ciudad, ya que se escuchaba un alboroto que hacía que se temiera de una salida por parte de los liejos, y en efecto, estos salieron en tres ocasiones en las cuales fueron repelidos por estos ingleses que hicieron correctamente lo que debían.

Los liejos, ya derrotados, se replegaron hacia su retaguardia sin poder resistir demasiado. En total murieron seis mil liejos, lo que parece mucho a todos los que no quieren mentir. Aunque tengo que decir que desde mi nacimiento he visto tantas veces cómo por cada hombre muerto se dice que se mataron cien, sólo para satisfacer a los amos, y es que con tales mentiras se confunde muy a menudo a los príncipes. En esta ocasión, si no hubiera llegado la noche

probablemente hubieran quedado ahí quince mil muertos. Ya en la noche, el duque de Borgoña se retiró a su campamento con todo su ejército, a excepción de mil doscientos caballeros, que partieron a dos leguas (ya que tenían que hacer un largo rodeo para evitar un río que les impedía el paso) para seguir a los que escapaban. No hubo éxito, pues la noche cayó, ayudando a los liejos en su huída. Con todo y eso, se pudieron matar a algunos de ellos y capturar a otros. La mayoría de ellos se salvó al llegar a la ciudad. Este día el señor de Contay se mostró diligentemente en el mando de las tropas; pocos días después murió en Huy.³¹ Tuvo un entierro digno de su nobleza, pues fue un hombre valiente y sabio; aunque vivió poco tiempo después de la cruel opinión que expresó contra los rehenes aquel día, que ya he contado más arriba.

Una vez que el duque se desarmó en el campamento, mandó llamar inmediatamente a su secretario para que escribiera una carta dirigida al contestable y a los otros (que apenas hace cuatro días se habían ido de Lovaina donde habían estado en presencia del duque como embajadores) con el motivo de notificarles de su victoria, así como para pedirles que no se hiciera nada en contra de los bretones.

Dos días después de esta batalla, el orgullo de este pueblo de insensatos que es Lieja quedó por los suelos, y esto aunque hubieran tenido pocas pérdidas. Pues el ánimo cambia después de cada batalla, y se debe tener mucho cuidado en dejar al azar el entrar a una guerra o no, y si se puede evitar esta mejor. Ya que, aunque sean muy pequeñas las pérdidas, estas cambian la disposición de los servidores para con los amos, ya se trate del temor que le causan sus enemigos, o bien al contrario, del desprecio que se pueda tener de ellos. Y así los servidores de un príncipe comienzan a murmurar y crear intrigas, y sus demandas se vuelven más celosas que de costumbre, y su cólera se torna más violenta en caso de no ser escuchados. Para ellos un escudo tenía mucho más valor antes de lo que valen tres escudos después de una derrota. Y si el que ha perdido es sabio, no irá más en busca de una aventura, y menos con los que han emprendido la huída, sino se quedará en guardia e irá a dar batalla a quien sea fácil vencer, para disipar el temor y darle de nuevo confianza a sus hombres. De todos modos, una derrota siempre tiene consecuencias nefastas para quien ha perdido.

En cambio, las naciones conquistadoras siempre buscan el combate para continuar con su empresa; sobre todo las que tienen buenos y mejores soldados que sus vecinos, como hoy los

³¹ Murió en Bruselas y no en Huy. N. del E. Fr.

tienen los ingleses o los suizos.³² No digo esto en menosprecio de otras naciones, pero es verdad que estos últimos han tenido muchas victorias. Aunque esta gente no está hecha para aguantar grandes campañas sin ser utilizados, como sí podría decirse de los franceses o los italianos, que son más disciplinados en lo militar y más fáciles de mandar. El que gana siempre ve que su reputación crece y sus sujetos le estiman más. Además, sus sujetos se dejan gobernar más fácilmente, y al príncipe se le concede con más facilidad lo que desea por tenerlo en buena estima. Sus hombres se vuelven más valientes y osados. Sin embargo, no pocas veces pasa que el orgullo de un príncipe se manifiesta con tal pompa y gloria, que seguido a esto, les llega la desgracia (yo lo he visto muchas veces), ya que semejante gracia viene solamente de Dios.

Los que estaban en Saint-Trond, viéndose sitiados por todos lados, creyeron que la derrota era más grande de lo que en realidad fue. Por esta razón rindieron la ciudad, abandonando sus armas y otorgando diez hombres, elegidos por el duque, para decapitarlos. Entre ellos, había seis rehenes que habían sido soltados unos días atrás, bajo las condiciones que he evocado.

El duque levantó el campamento y marchó hacia Tongres, en donde ya se esperaba el sitio. No obstante, esta ciudad no era de mucho interés para el duque, y sus habitantes se rindieron antes de que fuesen bombardeados, otorgando una decena de rehenes, entre los cuales había cinco o seis que habían sido liberados en las mismas condiciones que los anteriores. A estos se les dio muerte de la misma manera que a los otros.

Capítulo 3

Rendición de Lieja

De ahí el duque marchó a Lieja, donde la población se encontraba en disputa: unos querían defender la ciudad, argumentando que eran suficientes para mantenerla (entre ellos un caballero en particular, llamado Messire Raes de Lintre) y otros que querían evitar a toda

³² La reputación de los suizos viene sobretodo de la batalla de Montlhéry, de la que Commynes señala la presencia de 500 suizos que venían a pie. Después de la derrota de Guinegatte (1479), Louis XI corre a los “francos arqueros y los remplaza por mercenarios suizos, reclutados en grandes proporciones. Maquiavelo (*L’art de la guerre*, trad. C. Bec, Paris, 1996, p.527) nos informa de su organización en rangos espesos y sólidos, apoyándose uno sobre otro, a la manera de la falange romana. Sin embargo, en 1520, la época de oro de los mercenarios suizos se termina. “La ‘hallebarde’ suiza que había remplazado la lanza de los caballeros, fue a su vez remplazada por el mosquete” (F. Terrier, *Les Armes de Minerve. L’humanisme militaire dans l’Italie du XVIe siècle*, Paris, 1997, p.21) En cuanto a los ingleses, Commynes se refiere aquí sobre todo a los « arbalétriers » y a los arqueros, sobretodo, de los que hace hincapié en la importancia de su papel. Estos son al principio una infantería montada, de arqueros a caballo, que bajaban de él para pelear. De ahí que Commynes los considere como “la gente que venía a pie” en el mismo nivel que los suizos. N. del E. Fr.

costa la batalla, que ya veían la ciudad incendiada y en ruinas, y buscaban la paz cualquiera que fuese el costo que esto implicaba. Cuando el duque se aproximaba a la ciudad algunas gentes menores y prisionero salieron a su encuentro, para solicitar la paz. Entre ellos estaban algunos de los rehenes que ya he mencionado, pero que actuando de manera inversa a los otros, reconocían la gracia que se les había otorgado, llevando con ellos trescientos hombres de entre los más importantes de la ciudad. Estos venían en camisa, con la cabeza y las piernas desnudas, trayendo consigo las llaves de la ciudad, rindiendo la ciudad a la voluntad del duque, con exclusión del pillaje y el fuego.³³

Monseñor de Mouy y un secretario llamado Juan Prévost, se encontraban ahí como embajadores del Rey, con las mismas demandas que habían hecho días atrás el contestable y su embajada.

El día de la rendición, el duque pensó en entrar a la ciudad, aunque mandó primero a monseñor de Humbercourt, ya que este conocía bien la ciudad, habiéndola administrado durante los años de paz. No obstante aquel día se le negó la entrada, obligándolo a alojarse en una pequeña abadía que había cerca de una de sus puertas. Traía consigo alrededor de cincuenta hombres de armas, y en suma habría doscientos hombres de guerra, entre los que me encontraba yo mismo. El duque de Borgoña le ordenó quedarse ahí si se hallaba seguro, y en el caso contrario, retirarse hacía él si el lugar no fuese defendible. El camino era bastante pedregoso y accidentado en el caso de que se hubiera querido ir en su ayuda.

Humbercourt decidió quedarse ahí pensando que la posición era sólida. Consigo mantuvo a cinco o seis notables de la ciudad (algunos de los que habían entregado las llaves). A las nueve de la noche, se escuchó sonar la campana de la ciudad. Humbercourt temió que esto significara una salida de ataque por parte de los leijos; no sin razón, ya que se hallaba bien informado de que Monseñor Raes de Lintre y muchos otros querían enfrentarlo. Sus temores se hallaban bien fundados ya que en ese momento los leijos estaban listos para salir al ataque. Humbercourt decía: “Si podemos entretenerlos hasta la media noche estaremos salvados, ya que se cansarán y querrán irse a dormir; y todos aquellos que tengan mucho coraje contra nosotros verán esto y se darán a la huída.” Y para esto mandó a dos notables de la ciudad, que se encontraban como rehenes, dándoles un mensaje en tono de conciliación. Si bien esto se hacía con intención de darles la ocasión de hablar entre ellos y sobretodo de ganar un poco de

³³ Sobre los rituales de sumisión ver: J.-M. Moeglin. *Les Bourgeois de Calais. Essai sur un mythe historique*, Paris, 2002, passim. El relato de Froissart de la rendición de Calais en las *Chroniques*, de la cual Comynnes como tantos otros habían leído asiduamente a finales del siglo XV, sin duda ha inspirado esta parte del relato. N. del E. Fr.

tiempo. Su costumbre era (y lo sigue siendo hoy) de ir todos juntos al palacio del obispo para discutir los asuntos de importancia, llamando a todos con el sonido de una campana. Así nuestros dos burgueses, que habían sido rehenes (de los buenos rehenes) fueron a la puerta de la ciudad. Cuando entraron encontraron al pueblo en armas (aunque había algunos que querían ir a la batalla y otros que no) y allí dijeron en voz alta que traían buenas nuevas por escrito de parte del señor de Humbercourt, lugarteniente del duque de Borgoña en esta avanzada, y que tendrían a bien en ir a examinar tales mensajes al palacio. Así lo hicieron, y pronto se escuchó la campana que sonaba en señal de que estaban ocupados. Nuestros dos burgueses ya no regresaron, sin embargo, después de una hora se escuchó mayor estruendo que antes por detrás de la puerta. Allí había ahora más gente que gritaba por encima del muro, lanzándonos insultos. Humbercourt comprendió en este momento que el peligro estaba más cerca que momentos antes, y decidió enviar a los otros cuatro rehenes para hablarles de lo bien que los había tratado cuando gobernaba la ciudad para el duque de Borgoña, y que no actuaría en perjuicio suyo, ya que, no hacía mucho tiempo, él había sido parte de sus corporaciones

Se les solicitaba que, si querían quedarse en paz y salvar a su país, se necesitaba que, una vez abriendo la ciudad, hicieran lo que se había decidido en una memoria, comprometiéndose a cumplirla. Humbercourt, así dio instrucciones específicas a estos cuatro hombres; estos fueron a las puertas de la ciudad, como habían hecho los otros, y encontraron la puerta abierta. Algunos los recibían con gritos e insultos, otros más se mostraron dispuestos a escuchar su mensaje y regresar al palacio. Pronto escuchamos la campana y el alboroto que se había escuchado en la puerta cesó; aquello nos dio mucho gusto. En el palacio estuvieron bastante tiempo (hasta las dos de la mañana) y finalmente decidieron respetar el acuerdo que se les había propuesto. Así, por la mañana abrieron una de las puertas al señor de Humbercourt; tan pronto como sucedió esto, messire Raes de Lintre y todo su séquito huyeron de la ciudad. No me hubiera extendido tanto en este tema a sabiendas que no es un evento tan importante. Lo que he querido mostrar es cómo, algunas veces, por estrategias y astucias que dan cuenta de una gran experiencia,³⁴ pueden evitarse grandes peligros y daños.

Al alba del día siguiente, varios rehenes fueron a rogarle al señor de Humbercourt que fuera al palacio, donde todo el pueblo había hecho asamblea, y allí se le rogó que prestase su juramento sobre dos cosas que atemorizaban al pueblo: el incendio y el pillaje. Estos le dijeron que tras prometer esto se le daría otra puerta de la ciudad. Humbercourt, le comunicó

³⁴ « savoir-faire » N. del T.

esto al duque de Borgoña y fue para allá. Una vez que prestó juramento se regresó a la puerta. Ahí, hizo bajar a los soldados que estaban sobre ella y se les reemplazó por doce hombres de armas y arqueros; también, encima de la puerta se colocó una bandera del duque de Borgoña. Después fue hacia otra puerta (que estaba amurallada) y se la entregó al bastardo de Borgoña, después se le dio otra puerta al mariscal de Borgoña y finalmente otra para algunos gentilhombres que seguían todavía con él. De esta manera, las cuatro puertas se aseguraron por una muy buena cantidad de hombres del duque de Borgoña, con todo y sus banderas arriba.

Hay que recordar que en esta época la ciudad de Lieja era una de las más poderosas y más pobladas de la región, después de cuatro o cinco más. En ella habitaba mucha gente, entre estas algunas personas de los alrededores que se habían refugiado en ella. Por esta razón no se notaban tanto las pérdidas que había causado la derrota. No les faltaba nada a pesar de que estábamos en invierno y las lluvias eran impresionantes (lo que provocaba que el país estuviera mojado y fangoso). A nosotros nos faltaban los víveres y el dinero, además de que nuestro ejército se encontraba en mal estado. A esta ciudad el duque nunca hubiera querido enfrentarla (ni hubiera podido hacerlo). Si los liejos se hubieran tardado dos días más en rendirse, el duque hubiera tenido que regresar por el mismo camino por el que vino. Por esa razón quiero decir que el duque recibió gran gloria y honor en esta expedición, contra toda expectativa, y esto sólo se lo debe a la gracia de Dios. Así, confiando en el buen juicio de sus hombres, el duque recibió todos los honores y bienes gracias a la clemencia que mostró con los rehenes. Me place contar esto ya que algunas veces los príncipes sienten pesar en cometer un favor o hacer el bien a alguien. Dicen los príncipes: que cometer tal acción se hace en perjuicio suyo, y que la siguiente vez no serán misericordiosos, no perdonarán fácilmente ni actuarán con flexibilidad ni harán favores; que todo eso no es materia de un príncipe. Yo pienso que los que hablan así se equivocan y tienen un corazón malvado, puesto que un príncipe (o cualquier otra gente) que no se haya equivocado jamás no sería más que una bestia que no puede distinguir entre el bien y el mal. Además, todas las personas no son de la misma naturaleza, y el vicio de uno ó diez no tiene porque impedir el hacer el bien a los demás, cuando la ocasión se presenta. Yo pienso que hay que tener un gran juicio frente a los hombres, pues no todos tienen los mismos méritos. Para mí es casi imposible pensar que un hombre sabio –y más después de haber sido agraciado por alguien- pueda ser ingrato. Y parece que los príncipes se confunden muy a menudo con sus consejeros (a la larga la

compañía de un descerebrado no tiene mucha ventaja) pero es muestra de sabiduría el saber rodearse de gente virtuosa y honorable; así, la opinión pública podrá atribuirle las disposiciones y cualidades de aquellos mismos que se encuentren en su círculo más cercano. Y para terminar con este punto, me parece que uno siempre debe aceptar a aquellos quienes hacen bien, pues estos mismos estarán tan agradecidos reconociendo el favor que se les hace, que incluso podrán compensar las faltas y actos mezquinos de otras personas que estén en la misma circunstancia. Se ha visto cómo entre estos rehenes unos fueron buenos y agradecidos, otros fueron malos e ingratos. Bastó con cinco o seis de ellos para llevar este asunto a buen término, de acuerdo con las intenciones y objetivos del duque de Borgoña.³⁵

Capítulo 4

Sumisión de Lieja y de Gante.

Al día siguiente de la entrega de las puertas, después de que se abatieron veinte brasas de muro y se rellenó el foso a lo largo de la gran calle, el duque de Borgoña entró en la ciudad con gran gloria. Venían con él dos mil hombres de armas que hicieron entrada armados de pies a cabeza, y con ellos diez mil arqueros. A pesar de esto hubo alguna parte del ejército que se quedó en el campamento. El duque venía a caballo con la gente de su casa y los más altos capitanes de su ejército (los más astutos y equipados). Así fue como el duque descendió hasta la gran iglesia. Para no detenerme más en esto, diré que después el duque se quedó algunos días en la ciudad; durante los que hizo morir a cinco o seis hombres que habían sido rehenes, entre ellos el mensajero de la ciudad, contra el que profesaba gran odio. Asimismo, le impuso a la población algunas leyes y costumbres nuevas, así como algunas contribuciones en razón de la ruptura del tratado de paz de los años precedentes. Llevando toda su artillería, el duque hizo arrasar con todas las torres y murallas de la ciudad. Una vez que llegó a su país, se le recibió con gran gloria y obediencia, sobretodo en Gante. Estos últimos se habían rebelado, por así decirlo, junto con otras ciudades antes de que el duque entrara en Lieja, sin embargo en esta ocasión acogían al duque en calidad de vencedor. Ahí las personalidades más sobresalientes de la ciudad venían delante de él, trayendo consigo las banderas de Borgoña y

³⁵ Todo este relato es caótico, muy a la manera del memorialista. No se sale de la idea que ha expresado desde antes, pero que recupera recurrentemente, variando los puntos de vista y las aproximaciones. El acento está puesto en las relaciones que estrechan el bienhechor y el obligado. Es una visión “laica” y secularizada (evaluada en términos de “ventaja” y “ganancia”) de las costumbres de una sociedad oligárquica en la cual las relaciones son de carácter contractual. N. del E. en Fr.

caminando a pie hasta Bruselas.³⁶ Y así hizo el duque en razón de que, después de la muerte de su padre, entró a Gante antes que a cualquier otra ciudad, persuadido de que en esta ciudad era en la que se le estimaba más; y que así las otras ciudades seguirían su ejemplo, y así fue (aunque fuera solamente a la postre)...

En efecto, al día siguiente de su entrada, algunas personas se instalaron con sus armas en el mercado, ahí llevaron a un santo que ellos mismos llamaban Saint-Liévin y con su caja comenzaron a golpear a una pequeña casa llamada “La casa de la Cueillette”, en la que se recaudaban los impuestos sobre el trigo como pago de la deuda que la ciudad había hecho con Felipe de Borgoña, cuando se firmó la paz de Gavre, después de dos años de guerra. Decía esta gente que el santo quería pasar por aquella casa, negándose a hacer un rodeo; al instante, derrumbaron la casa. Viendo esto, el duque fue hacia el mercado y se subió a una casa para poder hablarles. Una gran parte de los notables de aquella ciudad, trayendo consigo sus armas, lo interceptaron en el camino proponiéndole acompañarlo; a lo que el duque les respondió que lo esperaran enfrente del ayuntamiento.³⁷ Sin embargo, poco a poco el pueblo fue obligándolos a reunirse en el mercado.

Cuando llegó, el duque ordenó que se retirara esta caja para ponerla de nuevo en la iglesia, lo que resultó en que unos la llevaban de nuevo a la iglesia y otros la volvían a sacar. En el mercado se le expusieron al duque algunas demandas en contra de ciertos particulares, en relación a problemas de dinero. A lo que el duque respondió que se haría justicia, con toda la intención de calmar los problemas, no obstante, cuando este vio que nadie se retiraba de aquel lugar, decidió irse a sus aposentos, y aquellos que se colocaron en el mercado estuvieron por ocho días más en este mismo lugar. Al día siguiente la gente del pueblo llevó al duque algunos documentos escritos en los que demandaban el reembolso de todo lo que se les había quitado por el duque Felipe en la paz de Gavre.³⁸ Entre otras cosas reclamaban que cada oficio pudiera tener su bandera (como era la costumbre) que en esta ciudad eran setenta y dos.

³⁶ Commynes coloca en 1467 una escena que pasó en enero de 1469. N. del E. en Fr. La traducción de Vitrián informa en una nota de pie la razón del caminar a pie por parte de los notables de la ciudad: la demostración de la sumisión hacia el duque de Bourgogne. *Las memorias de Felipe de Comines*, Amberes, Ivan Merusio (ed.), 1643, cap. XXXII, p. 115. La explicación de Vitrián es clave para la comprensión de las prácticas medievales. Si bien Huizinga explica que las costumbres medievales se fincaban en una demostración intensa, socialmente regulada, de la diversidad de sentimientos de estas sociedades, es verdad que hay que tomar en consideración que Vitrián está tratando de dar razón de una práctica social basada en la demostración visual de tal o cual sentir. Este propósito (el de traducir un código simbólico-social) interesa en la medida en que para esta época no se da por sentado el sentido de una práctica social común en la época medieval. N. del T.

³⁷ “Hôtel de ville” literalmente “Hotel de la ciudad”, es el equivalente jurídico del “ayuntamiento” español. N. del T.

³⁸ En 1453. N. del E. Fr.

Viendo la situación peligrosa en la que se encontraba, el duque se mostró reacio a aceptar todas las demandas de este pueblo y de restituirles todos sus privilegios. Y fue así que una vez que el duque cedió, después de numerosas negociaciones, la gente plantó sus banderas en el mercado, mostrando que ya las tenían preparadas desde antes, sin importar mucho la permisión del duque. El duque tenía razón en decir que otras ciudades tomarían el ejemplo de los de Gante, puesto que una vez cometido este acto, otras ciudades se rebelaron y mataron a algunos oficiales de Borgoña. Si el duque hubiera tomado en cuenta el proverbio de su padre: que el pueblo quería siempre al hijo del príncipe, sin embargo, nunca al príncipe, tal vez hubiera podido ser más precavido y evitarse esta situación. Y para terminar con esto, el asunto fue que nunca ha habido pueblo más inconstante (después de Lieja) que este de Gante. La única cosa buena entre ellos es que jamás se atreverían a tocar al príncipe, además de que sus burgueses y personalidades importantes son gente excelente, a la que le disgusta mucho la locura del pueblo.

El duque tuvo que soportar todos estos actos de desobediencia sin caer en la desesperación, sólo por no llevar dos guerras al mismo tiempo. Él tenía confianza en que si las cosas se llevaban bien, después podría hacerlos entrar en razón. Y así fue después, puesto que los de Gante llevaron a pie todas las banderas a Bruselas, así como todos los privilegios que se habían firmado a su salida de Gante. Después, en el desarrollo de una gran asamblea en el gran salón de Bruselas, se le presentaron al duque todas las banderas y los documentos con los privilegios, en presencia de numerosos embajadores, para que hiciera con ellos lo que le satisficiera. Entonces, el duque ordenó a sus oficiales de armas que retirasen las banderas de las lanzas en las que se habían fijado y se enviasen a Boulogne-sur-Mer, a diez leguas de Calais. Ahí se encontraban las banderas que se habían quitado alguna vez por el duque Felipe de Borgoña al término de las guerras en las que los de Gante fueron derrotados y sometidos.³⁹ Ahí también el canciller de Borgoña⁴⁰ revocó los privilegios de Gante en particular uno que concernía a los regidores.⁴¹ En todas las ciudades de Flandes, es el príncipe quien renueva cada año a los regidores exigiéndoles que le rindan cuentas al término de cada periodo. Sin embargo, en el caso de Gante, de acuerdo con sus privilegios, el príncipe sólo puede nombrar

³⁹ El uso de las banderas definía el papel político de las corporaciones de la ciudad. Las medidas punitivas del duque consistieron en retirar aquello que constituía su identidad y su poder. En muchas ocasiones los duques habían adoptado esta postura. *Vid.* P. Arnade. *Realms of Ritual: Burgundian Ceremony and Civic Life in Late Medieval Ghent*, Cornell University Press, 1996, p. 107. N. del E. Fr.

⁴⁰ Pierre de Goux, sucesor de Nicolas Rolin, muerto en 1471. N. del E. Fr.

⁴¹ “échevinage”. N. del T.

a cuatro regidores, dejando que los de Gante designen los veintidós que restan (en total son veintiséis regidores). Por supuesto que, cuando los regidores son favorables a las intenciones del conde de Flandes, se encuentran las ciudades en paz, y al contrario, cuando los regidores desfavorecen los intereses de esta región las rebeliones estallan rápidamente.

Además de todo lo dicho, el duque les hizo pagar treinta mil florines a su persona, así como seis mil más para su gente más próxima; también, se exilió a algunos habitantes de aquella ciudad. Fuera de ello todos los demás privilegios les fueron restituidos. Las otras ciudades, sin excepción, hicieron la paz con el duque (por medio del dinero) ya que en realidad no habían intentado nada contra él.

En todas las ocasiones puede ver el beneficio que significa ser vencedor y la desgracia que significa ser el vencido; aunque es sabio tener prudencia a fin de evitar una batalla, y en el caso de que sea sumamente necesario, es indispensable considerar todos los riesgos que implica esta. Ya que los que actúan precavidamente y se proveen bien siempre tienen la ventaja sobre aquellos que proceden con gran orgullo, a excepción, claro está, cuando Dios quiere poner su mano, y con esto nada se puede hacer. Los liejos, habían sido excomulgados hace cinco años⁴² por los diferendos que tenían con su obispo. Estos liejos persistían en su locura y en su mala disposición, sin cura alguna y sin que pudieran decir qué es lo que les impulsaba, a excepción, quizás, del exceso de su riqueza y de su gran orgullo. El rey Luis se servía de una frase que considero bastante justa: “Cuando el orgullo cabalga en la cabeza, vergüenza y daño le siguen muy de cerca”. En lo que respecta a él, no sufría de este pecado.

Capítulo 5

Despliegue del Rey en contra del Temerario.

Una vez terminados estos asuntos, el duque volvió a Gante,⁴³ donde fue recibido fastuosamente, haciendo una entrada con gala de sus armas. Ahí, los habitantes salieron de la ciudad para que el duque pudiera decidir a voluntad quién entraba y quién se quedaba afuera. Numerosos embajadores del Rey llegaron para ver al duque, así como embajadores de parte de Bretaña; asimismo, se despacharon embajadores del duque hacia estos dos últimos. De esta manera se pasó el invierno: el Rey ponía todo su esfuerzo para convencer al duque de dejarlo

⁴² El príncipe obispo de Lieja, Louis de Bourbon, había lanzado el edicto sobre la ciudad el 29 de octubre de 1461. N. del E. Fr.

⁴³ No fue a Gante sino a Mons (el 27 de marzo de 1468), dónde fue recibido solemnemente, algunos días después el duque partió a Brujas (el 9 de abril), ahí celebró el 8 de mayo la fiesta de la “Toison d’or”. N. de. E. Fr.

actuar a su voluntad frente a Bretaña, con la promesa de compensar al duque. En esto no podía haber acuerdo, al entender del duque y en gran pesar para el Rey, sobre todo por lo que le acababa de suceder a los liejos, quienes eran sus aliados.

Al final, una vez que el verano regresó, el Rey perdió la paciencia y su ejército penetró en Bretaña, donde tomó dos pequeños castillos: uno llamado Champtocé y otro llamado Ancenis. Tan pronto como el duque se enteró de esto (a la par de que instantáneamente le fue solicitada ayuda por parte de los duques de Bretaña y Normandía) este preparó su ejército y le escribió al Rey suplicándole que desistiera de llevar a cabo tal empresa (ya que los duques se hallaban en tregua y eran sus aliados). Sin hallar la respuesta que esperaba, el duque se instaló en campo abierto, cerca de la ciudad de Perona, con un gran número de guerreros. El Rey estaba entonces en Compiègne y su ejército seguía todavía en Bretaña.

Después de estar tres o cuatro días en Perona, el duque recibió la visita del cardenal Balue, que estaba ahí como embajador del Rey. El cardenal estuvo poco tiempo aunque tuvo algunas pláticas con el duque. El cardinal le dijo que los de Bretaña podían arreglárselas muy bien sin él. La intención del Rey todavía consistía en separar a los aliados. Dicho esto, se despidió rápidamente al cardenal (al que habían recibido con honor y buen trato) y este regresó con el Rey para darle el mensaje del duque. Este último decía que no había traído a su ejército para hacerle daño al Rey, sino para ayudar a quienes eran sus aliados. Todo esto no eran más que palabras dulces en medio de una guerra. Poco después de la partida del cardenal, llegó con el duque un heraldo llamado Bretaña que traía consigo cartas de los duques de Normandía y de Bretaña en las que decían que habían hecho las paces con el Rey⁴⁴ y que renunciaban a todas sus alianzas, especialmente a la de Borgoña. Con este trato el duque de Normandía exigía sesenta mil libras de renta como precio por su renuncia a la Normandía; tierras que se le habían otorgado hace poco. Por supuesto, al duque no le gustaron nada estas noticias, sin embargo, tuvo que mantenerse callado.

El duque de Borgoña estaba sorprendido aún por aquellas cartas que recibió (sobre todo después de poner a su ejército en campo abierto para ir en ayuda de sus aliados). El heraldo enviado por el Rey corría gran peligro; el duque sabía bien que este último había pasado por donde estaba el Rey y que las cartas pudieron haberse falsificado. A pesar de ello, el duque no insistió mucho en esto, puesto que poseía cartas de los duques que eran idénticas a estas. Por su parte, el Rey supuso que había cumplido su cometido y que convencería fácilmente al

⁴⁴ Tratado de Anciens, el 10 de septiembre de 1468. N. del E. Fr.

duque de Borgoña de abandonar su alianza con los otros duques. Así fue como el duque y el Rey empezaron a intercambiar mensajeros en secreto, y en el transcurso de estos eventos, el Rey ofreció al duque la cantidad de ciento veinte mil escudos de oro, como compensación por el costo del despliegue del ejército del duque; suma que el Rey pagaba en dos partes: la primera mitad en ese momento y la segunda mitad en cuanto el duque retirara su ejército. Así, el duque envió al Rey un paje de cámara,⁴⁵ muy próximo al duque, llamado Juan de Boschue. Con esto el Rey se confió un poco más del duque, deseando reunirse en persona con él, con la confianza de que por fin podría ganarle después de los problemas que había tenido con los otros duques. Tomando en cuenta la gran cantidad que el Rey había dado al duque, este envió de nuevo a Boschuse, junto con el cardinal Balue y el señor Tanneguy du Chastel (gobernador de Rosellón) quienes dijeron al duque que el Rey se hallaba deseoso de encontrarse con él. Los embajadores se encontraron con el duque en Perona, sin muchas ganas de ser recibidos ya que los liejos mostraban señales de un nuevo levantamiento (en buena medida incitado por aquellos embajadores que acabo de nombrar). Al respecto, Balue y Tanneguy du Chastel decían que no había de qué preocuparse, puesto que los liejos no osarían rebelarse de nuevo; que estos habían sido derrotados finalmente el año anterior al destruir sus murallas. Decían estos embajadores: que cuando se enteraran los liejos de este acuerdo se calmarían. De esta manera se decidió que el Rey fuera a Perona, si así lo deseaba. El duque le escribió una carta, de su puño y letra, garantizando la seguridad del Rey;⁴⁶ mensaje que los embajadores llevaron con el Rey, que se encontraba entonces en Noyon. Mientras, el duque quiso restablecer el orden en Lieja, quitando de ahí al obispo de la ciudad (el origen del conflicto) y con él, al señor de Humbercourt (lugarteniente de la región) y muchos otros.

Ya escuchó de qué manera se acordó que el Rey viniera a Perona. Así lo hizo, sin traer consigo ninguna guardia (fiándose del salvoconducto del duque) más que algunos grandes personajes. Entre ellos se encontraban, el duque de Borbón, su hermano el cardinal y contestable: el conde de Saint-Pol (este último tenía sus reservas respecto a esta visita, ya que su orgullo había crecido y no guardaba la humildad con la que trató al duque en el pasado) el cardinal Balue y el gobernador de Rosellón, entre otros. El Rey solicitó que monseñor Des Cordes fuera a su encuentro, junto con los arqueros del duque, para conducirlo hasta donde se encontraba este último. Así fue, y mientras el Rey se acercaba con ellos a Perona, el duque

⁴⁵ “valet de chambre” N. del T.

⁴⁶ Esta carta es capital para el desarrollo de los eventos siguientes, está fechada el 8 de octubre de 1468. N. del E. Fr.

(bien acompañado) fue a su encuentro. Ahí lo llevó hasta la ciudad, alojándolo en la casa del recibidor,⁴⁷ quien tenía una casa muy bella justo al lado del castillo, no pudiéndolo alojar en este último ya que este se encontraba descuidado y tenía poco lugar.

La guerra entre dos príncipes puede comenzar fácilmente, sin embargo, una vez que comienza, es muy difícil terminarla por todo lo que pasa en ella y por las consecuencias que esta desata. De cada lado, los príncipes se precipitan para derrotar a su enemigo, sin poder controlar este movimiento súbito que implican las acciones de una guerra (como habían hecho en esta ocasión) y sin poder prevenir a tiempo a la gente necesaria para tomar buenas decisiones. A este respecto, el conde de Borgoña había traído consigo el ejército de Borgoña, que en este tiempo contaba con poderosos nobles como monseñor de Bresse, el obispo de Génova, el conde de Romont, todos los hermanos e hijos de la casa de Saboya y muchos otros de la misma casa (los de Borgoña siempre han tenido excelentes relaciones con estos últimos) también venían con ellos, algunos alemanes de los confines de la Saboya y del condado de Borgoña. Hay que decir que el Rey había puesto alguna vez en prisión al señor de Bresse, por la muerte de dos de sus caballeros en Saboya (claro está que nunca había habido buenas relaciones entre ellos). En la misma tropa se encontraba también monseñor Du Lau, al que igualmente se le había puesto, durante mucho tiempo, en prisión por orden del Rey (monseñor de Lau era pariente del Rey, pero había escapado de la prisión y se había refugiado en Borgoña); también ahí se encontraban el señor de Poncet de Rivière y el señor de Urfé (quien después fue gran escudero⁴⁸ de Francia). Toda la tropa llegó en el momento en que el Rey entró a Perona, a excepción del señor de Bresse y los otros tres de los que he hablado arriba; estos últimos venían cargando una cruz de San Andrés. Pensaban que llegarían a tiempo para acompañar al duque en su encuentro con el Rey, pero llegaron tarde, dirigiéndose directamente a las habitaciones del duque para darle sus reverencias.

Una vez que se encontró con el duque, el señor de Bresse tomó la palabra para suplicar al duque que lo pusiera, a él y a los otros tres, a pesar de la llegada del Rey, bajo su protección, como lo había prometido cuando llegaron por primera vez a Borgoña. También dijo que estaban dispuestos a ayudarlo en lo que quisiera y a servirle en contra de quien fuera. A lo que el duque contestó positivamente y les agradeció. El resto del ejército, conducido por el mariscal de Borgoña, se plantó en cuadrillas a campo abierto, por órdenes del duque. Tampoco el mariscal tenía en mayor estima al Rey, pues este, después de haberle concedido el

⁴⁷ “receveur” Vitrián lo traduce como “recibidor”. N. del T.

⁴⁸ “grand écuyer” N. del T.

Espinal (que se encuentra en la Lorena) se lo había quitado para dárselo a Juan de Calabria; asunto que he tocado recurrentemente en estas Memorias. El Rey prontamente se enteró de la llegada de estos personajes, y de las armas que traían consigo. Se atemorizó mucho por esto y le comunicó al duque que todos los que habían llegado eran sus enemigos, y que deseaba quedarse en el castillo. Esta solicitud fue recibida con gusto por parte del duque, preparando su alojamiento en el castillo y asegurándole al Rey que no se hallaba en peligro.

Capítulo 6

La mutua desconfianza de los príncipes

Es una gran tontería, por parte de un príncipe, ponerse en las manos del otro (sobre todo si están en guerra, o lo han estado). En todos los casos es bueno que un príncipe haya aprendido ejemplos de este tipo de encuentros, en los que la gente del pasado ha cometido fraudes, engañado y perjudicado al otro. El arresto e incluso la muerte le han llegado a las víctimas que se confían de las garantías que se les ofrecen.⁴⁹ No digo que nadie haya sacado provecho de estas situaciones, sino que el ejemplo de uno es suficiente para volver sabios a los demás e incitarlos a protegerse. Y me parece, por lo que he visto en este mundo (yo que durante dieciocho años o más he tenido conocimiento de los asuntos más secretos del reino de Francia y de todas sus señorías vecinas) que de la misma manera en que ahora morimos más jóvenes y que la vida de los hombres no es tan larga como antes, ni el cuerpo es tan fuerte como lo fue otrora, también la fe y la lealtad en los demás se han disminuido en nosotros.

Yo no podría decir cómo se puede confiar el uno en el otro sin correr riesgos, más cuando se trata de príncipes, que actúan bajo sus propios términos y que no reflexionan en nada; aún peor, cuando los que están a su lado no piensan más que en adular a sus amos y acoger todas sus acciones, buenas o malas. Y si existe el caso de un servidor que quiera hacer algo más que esto, sólo armará un lío del que no podrá salir bien librado.

No puede resistirme a abominar a los señores ignorantes. Alrededor de todos los señores siempre se encuentra gente del clero y nobles (como es normal) que son útiles cuando son buenos, y bastante inútiles y peligrosos cuando son malos. Para toda ocasión estos tienen una

⁴⁹ “Nolite confidere in principibus” decía Thomas Basin en su *Histoire de Louis XI*, I, p.240-242; II, p.180; III, p.208. Comynnes puede que retome por su cuenta la fórmula bíblica. Todos los ejemplos extraídos de las Memorias sirven para ilustrar que un príncipe jamás puede “asegurarse”. N. del E. Fr.

cantaleta o un ejemplo que citar, y a pesar de la sabiduría de estas frases ni el mejor de ellos puede comunicar con entendimiento lo que dice. Sin embargo, los sabios que han leído no permitirán ningún abuso en contra de ellos, ni las personas que se encuentren con ellos serán tan desvergonzadas como para aceptar palabrerías. Y crea bien que Dios no creó el oficio de Rey ni de príncipe para ser ejercido por bestias, ni por aquellos que dicen con tanta pompa: “yo no soy clérigo y dejo a ellos que me aconsejen; me fio de ellos”, y sin atender lo importante se dedican a sus diversiones egoístas. Pero si se hubieran educado bien en su juventud, su razonamiento sería otro y le gustaría mucho que se les estimara por las cualidades de su persona.

No quiero decir que todos los príncipes son propensos a rodearse de gente incompetente; la mayoría de los príncipes que conocí no estaban desarmados frente a las dificultades que se les presentaban, y de estos, los príncipes sabios supieron rodearse de la gente más competente. Y de entre todos los príncipes que yo conocí, fue el Rey Luis, nuestro amo, quien supo reconocer con cabalidad a las personas de mejor calidad. Él era alguien cultivado, gustaba de escuchar y cuestionar todo, además de que tenía muy buen juicio, lo que vale más que cualquier otro conocimiento que podamos aprender en este mundo. Y de qué servirían los libros que son objetos planos si no fuera para recordar las cosas que han pasado; pues en un libro se puede ver más en tres meses que lo que veinte hombres pudieran ver en veinte vidas, una seguida de la otra.⁵⁰ Así, para terminar con este punto, me parece que Dios no puede enviar peor mal a cualquier país que un príncipe ignorante. Todos los males vienen de ello, como la división y la guerra; ya que el príncipe delega su autoridad a otra persona sin tener en cuenta que debería guardarla siempre, por encima de todo. La hambruna y la mortalidad vienen de esta división, así como otros tantos males vienen de la guerra. Pongo a su juicio la consideración de que los vasallos de un príncipe deban quejarse cuando lo ven poco educado y en las manos de gente incompetente.

⁵⁰ Ejemplo, entre otros, que Commynes usa para mostrar una discontinuidad paradójica: el rey

Capítulo 7

Levantamiento de Lieja y entrevista de Perona

Ya he dicho cómo este ejército de Borgoña había llegado a Perona casi al mismo tiempo que el Rey. El duque, aunque hubiese querido, no hubiera podido dar la orden de parar la marcha de su ejército a tiempo. Este ejército se hallaba ya en Champaña a la hora en que se discutía la venida del Rey. Las sospechas que surgieron desataron la tormenta después de la calma. Sin embargo, en esta ocasión los dos príncipes reunieron a cada una de sus gentes para discutir y tratar sus asuntos lo más amablemente posible. Las discusiones se habían realizado con éxito por el tiempo de tres o cuatro días, hasta el momento en el que llegaron importantes noticias de Lieja:

Cuando el Rey llegó a Perona no había tomado en cuenta que había enviado embajadores hacia Lieja con el fin de rebelarlos en contra del duque. Pues estos embajadores habían realizado con tal éxito su trabajo que una tropa de liejos se reunió en gran cantidad. De golpe, los liejos tomaron la ciudad de Tongres, donde se encontraban en ese momento el obispo de Lieja y el señor de Humbercourt, que estaban acompañados por dos mil o más hombres de armas. Ahí los liejos mataron a unos cuantos; al obispo y al señor de Humbercourt se le hizo prisioneros, junto con otros de sus familiares; y los demás salieron huyendo en gran desconcierto, dejando atrás todo lo que tenían. Una vez sucedido esto, los liejos se pusieron en camino a la ciudad de Lieja (que estaba cerca de Tongres) y en el camino se encontraron con un caballero llamado Guillaume de Wilde, lo que quiere decir en francés el Salvaje.⁵¹ Este caballero conocía a Humbercourt y logró salvarlo (temiendo que este pueblo en su locura lo matara) así fue, sin embargo el honor de esta proeza no le duró tanto tiempo ya que murió poco tiempo después.

Este pueblo estaba muy contento por el arresto de su señor, el obispo de Lieja. Ahí, insultaban a varios canónigos a los que se habían arrestado aquel día, y como si fueran un entremés en sus planes, mataron a cinco o seis de ellos. Entre estos se encontraba un canónigo llamado maestro Robert, cercano del obispo, a quien yo mismo había visto en varias ocasiones armado de pies a cabeza (así es la costumbre de los prelados de Alemania). Los liejos mataron al maestro Robert enfrente del obispo, después lo partieron en pequeños trozos que se aventaban a las cabezas de unos y otros con gran escarnio. Antes de recorrer siete u ocho leguas, los

⁵¹ “Le Sauvage” N. de. T.

liejos mataron hasta dieciséis personas (canónigos y otras personas de importancia) que en su mayoría eran servidores del obispo. Estos clamaban por la muerte del obispo y otros borgoñeses. Estaban enterados que el tratado de paz se había llevado a cabo y esperaban que sus acciones fueran consideradas únicamente en contra de su obispo, al que llevaron prisionero hasta Lieja.

Estos rebeldes habían sembrado el terror por cada lugar por el que pasaron y pronto el duque se enteró de estas noticias. Unos decían que todo había sido arrasado, otros lo contrario. Vinieron no sólo uno sino varios mensajeros diciendo que se había tratado muy mal a los canónigos, y que creían que tanto el obispo como el señor de Humbercourt habían corrido con la misma suerte; y que todos los demás estaban muertos. Testificaban haber visto ahí a los embajadores del Rey, diciendo incluso de quiénes se trataban. Todo eso se le contó al duque, quien lo creyó y estalló en gran cólera, diciendo que el Rey había venido para engañarlo. Instantáneamente, el duque mandó cerrar las puertas de la ciudad y las del castillo, dando una torpe razón: que se le había perdido un cofre con dinero y joyas. El Rey ahora se encontraba encerrado en este pequeño castillo, con una gran cantidad de arqueros apostados en las puertas. Ahí estaba pues alojado contra las gruesas paredes de una torre en la que ya tiempo atrás un conde llamado de Vermandois había matado a otro rey de Francia, uno de los predecesores de Luis XI.⁵²

En esta época yo todavía servía al duque (que me tenía a su servicio en calidad de chambelán) y podía presentarme en sus habitaciones cada vez que lo quisiera, así era la costumbre de esta casa. Cuando el duque vio que las puertas se hallaban cerradas ya, sacó a la gente que estaba en su habitación y nos dijo a algunos que el Rey había venido para traicionarlo, que había ocultado la verdad sobre las razones de su encuentro, disfrazando un golpe que venía directamente contra él. Así nos contó lo que había pasado en Lieja, cómo el Rey había desatado la rebelión mediante sus embajadores, y todas las personas a las que se había dado muerte. En este momento el duque se había vuelto terriblemente en contra del Rey, a quien no dejaba de amenazar con enojo. Yo creo que si en este momento hubiera habido ahí personas que hubiesen estado dispuestas a reconfortar y complacer al duque, y se le hubiera aconsejado hacer algo en contra del Rey (o por lo menos mantenerlo prisionero) tal cosa se hubiera hecho. Pero no había más gente ahí, aparte de mí, que dos pajes de cámara; uno de ellos se llamaba Carlos de Visan, nacido en Dijon (un hombre honorable al que el

⁵² Carlos el Simple, prisionero del conde Herbert de Vermandois, había sido encerrado en la torre de Péronne. Murió en 929. N. del E. Fr.

duque le tenía confianza). Nosotros, en lugar de emponzoñar más las cosas tratamos de apaciguarlas lo mejor que pudimos. Instantes después, el duque comunicó algunos de estos asuntos a unas personas que habían cruzado la ciudad precipitándose a los aposentos del duque. El Rey estaba muy asustado (tal y como los estaba cada uno de nosotros) pues esto no prefiguraba nada bueno. Ahora vea bien todo lo que se necesita hacer cuando hay una desavenencia entre dos príncipes de esta talla; el error que cometieron cuando no se comunicaron con sus servidores que se hallaban lejos; el temor que pronto nos invadió por lo que podía estar a punto de ocurrir.

Capítulo 8

El peligro de las entrevistas principescas

Es una gran locura acordar una reunión entre dos príncipes de igual poder, a excepción de cuando son niños, puesto que a esa edad no piensan más que en sus placeres. No obstante, cuando les llega el deseo de volverse más poderosos entre unos y otros (incluso si no se pusiera en peligro a nadie, lo que es casi imposible) su hostilidad y su codicia no dejan de crecer. De esta manera, sería mejor que sus diferencias se arreglaran por servidores sabios y leales, tal y como lo he dicho otras veces en estas Memorias. Sin embargo, quisiera evocar algunas de estas situaciones que he visto en mi época o de las que me he enterado.

Poco después del coronamiento de nuestro Rey, antes de la guerra del Bien público, hubo una entrevista entre Luis XI y el rey de Castilla. Estos dos son los reyes más unidos, por tratado, en toda la cristiandad. Están ligados de rey a rey, de reino a reino y de hombre a hombre, bajo pena de los mayores infortunios que resulten de su separación. Cuando ocurrió este encuentro, el rey Enrique de Castilla fue con gran acompañamiento hasta Fontarabie (el Rey estaba en Saint-Juan-de-Luz, a cuatro leguas de ahí).⁵³

Cada uno se encontraba en los confines de su reino. Yo no estaba ahí pero de ello me han hablado el Rey y monseñor Du Lau, así como algunos señores del reino de Castilla. Ahí se encontraban los más grandes de Castilla: el gran maestro de Saint-Jacques,⁵⁴ arzobispo de

⁵³ La entrevista tuvo lugar en Bidassoa el 24 de abril de 1463. Louis XI se propuso como intermediario en el conflicto que opuso a Aragón y Castilla en torno a la Cataluña, el Rousillon y la Navarra. Este es el propósito de las negociaciones de los primeros meses de 1463.

⁵⁴ “Santiago”. N. del T. El conde de Ledesma era el gran maestro de la orden de Santiago, pero como este es mencionado más abajo, debe tratarse aquí de D. Juan Pacheco, marqués de Villena, que fue gran maestro de la Orden sólo en 1468. En efecto, este asistió al encuentro. N. del E. Fr.

Toledo, así como el conde de Ledesma, favorito del Rey, que se hallaba con gran séquito. También estaba ahí toda su guardia, que sumaba trescientos caballos con Moros de Granada, de los cuales muchos eran de raza negra. Es verdad que el rey Enrique era alguien muy mediocre, este daba (o se dejaba despojar) todo lo que poseía a todo el que lo quisiera y pudiera tomarlo. Nuestro Rey iba igualmente muy bien acompañado (como he contado que se acostumbra) y toda su guardia estaba magnífica. En este encuentro también participaron la reina de Aragón, por el problema que tenía con el rey de Castilla en torno a Estela y otros lugares cerca de la Navarra. El Rey pretendía conciliar estas diferencias.

Para continuar con este tema es necesario decir que estos dos reyes no habían tenido nunca ningún problema, se habían visto solamente una vez o dos en la margen del río⁵⁵ que separa a ambos reinos, en un pequeño castillo llamado Urtubie. En esta ocasión el rey de Castilla pasó del otro lado del río. No se apreciaban mucho. Nuestro Rey sabía que el rey de Castilla no tenía más poder del que le permitían el gran maestro de Saint-Jacques y el arzobispo de Toledo. Así el rey pidió verlos y ellos fueron con él a Saint-Jean-de-Luz. Había tejido una estrecha amistad y complicidad con ellos, desestimando a su rey.

La mayoría de los sujetos de ambos reinos se encontraban instalados en Bayonne. De entrada estos se lanzaban indirectas (cualquiera que sea la alianza entre estos dos reinos siguen siendo lenguas diferentes). El conde de Ledesma cruzó el río en un barco que tenía una vela con tisú de oro. Cuando llegó con el Rey este traía unos zapatos cubiertos de piedras preciosas. Los franceses decían que los zapatos los había rentado y el tisú lo había tomado de las iglesias. Claro que esto no era cierto. El conde tenía bienes en abundancia; yo lo vi después convertido en duque de Albuquerque y dueño de grandes propiedades de Castilla. Así pues, en este momento ambas naciones se lanzaban algunas burlas. El Rey de Castilla era feo, y sus vestimentas no gustaban a los franceses y se burlaban de ellas. Nuestro Rey usaba vestimentas muy cortas, que elegía tan mal que no podían haber sido peores. Algunas veces se vestía con telas de muy mala calidad y se ponía un sombrero simple que traía fijado una imagen de plomo.⁵⁶ Los castellanos se burlaban diciendo que era por avaricia. Al final esta

⁵⁵ La Bidassoa. N. del E. Fr.

⁵⁶ La simplicidad de los gustos de Louis XI se confirma por esta anécdota: durante su misión en otoño de 1461, los tres embajadores florentinos, Filippo di Vieri de' Medici, arzobispo de Pisa, Buonaccorso di Luca Pitti y Piero de' Pazzi, que fueron a Francia para otorgar sus condolencias por la muerte de Charles VII y sus felicitaciones al nuevo rey por su advenimiento, encontraron a este último cerca de Tours, acompañado del duque de Bretagne y de una cuarentena de jinetes, "y si Piero Baronacelli, viendo llegar al rey, no nos lo hubiera dicho: 'es él el rey', nosotros no hubiéramos podido identificarlo". G. Milanese. *Il viaggio degli ambasciatori fiorentini al re di Francia nel MCCCCLXI descritto da Giovanni di Francesco di Neri Cecchi loro cancelliere*,

asamblea se separó por las indirectas y las burlas. Después los reyes no se tuvieron más aprecio y surgieron diversas intrigas entre los servidores del rey de Castilla (que siguieron hasta la muerte de este último e incluso después). Nunca vi rey más miserable y más abandonado por sus servidores.

En este encuentro la reina de Aragón se quejó de la sentencia que el Rey dio a favor del rey de Castilla. Esta le guardó un odio profundo, así como al rey de Aragón, incluso aunque este la había ayudado contra los Barceloneses tiempo atrás. La amistad entre el Rey y el rey de Aragón duró muy poco, la guerra entre estos siguió durante dieciséis años y el conflicto aún no ha terminado.

Es necesario recordar otros encuentros, como la entrevista que sostuvieron el duque de Borgoña Carlos con el emperador Federico –quien todavía vive-. El duque gastó cantidades extraordinarias de dinero para mostrar su esplendor. Se encontraron en Trèves y trataron muchos asuntos.⁵⁷ Se discutieron, entre otras cosas, el casamiento de sus hijos (que después se llevó a cabo). Después que estuvieron bastantes días juntos, el emperador se fue sin despedirse, lo que significó gran vergüenza y humillación para el duque. Después de esto nunca volvieron a simpatizarse, ni ellos ni su gente. Los alemanes despreciaban la pompa y la manera de hablar del duque (que consideraban un signo de orgullo) y los borgoñeses menospreciaban la pequeña tropa del emperador y sus miserables vestimentas. Las cosas degeneraron hasta la guerra, que sucedió en Neuss.

También estuve presente en el encuentro que se hizo en Saint-Pol en Artois entre el duque de Borgoña y el rey Eduardo de Inglaterra. El duque se había casado con una de las hermanas del rey, además de que eran hermanos de orden.⁵⁸ Estuvieron dos días juntos, pero los servidores del rey se habían dividido fuertemente. Las dos partes habían ido a quejarse con el duque, a lo que este hizo caso más a unos que a otros, lo que hizo solamente acrecentar su odio. A pesar de ello, el duque había ayudado al rey a recuperar su reino, prestándole hombres, barcos y dinero, en contra del conde de Warwick, quien se había apoderado del trono. A pesar de haberle prestado esta ayuda y de haber recuperado su reino, nunca volvieron a estimarse estos dos, ni nunca volvieron a decir algo bueno el uno del otro.

Archivo storico italiano, ser. Terza, t. I (1865), p. 3-62. N. del E. Fr.

⁵⁷ Sobre este célebre encuentro (septiembre-noviembre de 1473) *vid.* R. Vaughan, *Charles the Bold*, p.140-155, J.-M. Cauchies, *Louis XI et Charles le Hardi. De Péronne à Nancy (1468-1477) : le conflit*, Bruselas, 1996, p. 59-82.

⁵⁸ El encuentro tuvo lugar el 7 de enero de 1471. Carlos el Temerario había desposado a Marguerite de York en 1468. El rey de Inglaterra había recibido el orden de la “Toison d’or” un poco antes de su casamiento; Carlos el Temerario recibió por su parte el de la Jarretièrre el 4 de febrero de 1470.

Yo estaba presente cuando se reunieron en Picquigny nuestro Rey y el Rey Eduardo de Inglaterra (de ello me detendré más en el momento oportuno). Ahí se prometieron muchas cosas de las cuales pocas se cumplieron. Ciertamente no hubo más guerra entre ellos (¡es verdad que el mar está entre ellos!) pero tampoco hubo de nuevo un buen acuerdo.

Para concluir, mi opinión es que los príncipes no deben verse jamás si quieren seguir siendo amigos. He aquí las ocasiones que suscitan las desavenencias: los servidores no pueden abstenerse de hablar del pasado, y ya sean unos u otros, siempre hay rencor. No se puede evitar que la gente y equipaje de un príncipe sea mejor que las del otro, lo que siempre es el origen de burlas que poco soportan las víctimas de estas. Cuando se trata de dos naciones diferentes, las lenguas y las costumbres son diferentes, y lo que le gusta a unos no le gusta a los otros. Entre dos príncipes uno se presenta como más digno y más agradable que el otro y se aprovecha de esta gloria, placiéndole estos elogios; pero a cambio de la reprobación del otro príncipe. Los primeros días que vienen después de su separación, todos los chismes corren de oreja a oreja. Los cuchicheos aparecen por fuerza en el desayuno y en la cena, y pronto de ambos lados se enteran qué se ha dicho; ya que hay pocos secretos que puedan mantenerse en este mundo, sobre todo a los que les conciernen. Ahí están algunas de las observaciones que extraigo de mi experiencia personal, directa o indirecta.

Capítulo 9

El tratado de Perona

He tomado mucho tiempo para retomar mi relato sobre la captura del Rey, por haber dado mi opinión acerca de los encuentros entre príncipes. Así, las puertas del castillo seguían cerradas y vigiladas por guardias designados a esta tarea. Tal situación duró dos o tres días. Durante este tiempo el duque no fue a ver al Rey y las personas del Rey tenían poco acceso al castillo, únicamente por la puerta peatonal. Al Rey no se le retiró a nadie que estuviera con él, pero nadie o muy poca gente del duque iban a hablarle (menos aquellos que tuvieran algún poder). El primer día hubo temor y rumores en la ciudad. El segundo día el duque se calmó un poco. Tuvo consejo durante la mayor parte del día y una parte de la noche. El Rey, por su parte, hacía enviar mensajes, prometiendo sinnúmero de favores, a todos los que pensó que pudieran haberlo ayudado. Ordenó que se distribuyeran quince mil escudos entre la gente del duque, sin embargo, aquel que fue encargado de esta tarea se quedó con una parte del dinero, como el

Rey se enteró más tarde.⁵⁹ Por encima de todo, el Rey temía a los que le habían servido alguna vez y que ahora se habían puesto del lado del ejército de Borgoña, diciendo que ya eran sujetos del duque de Normandía, su hermano. En este consejo, del que he hablado, había muchas opiniones diferentes: la mayoría decía que el salvoconducto que se había otorgado al Rey fuera respetado, con la condición de que aceptara la paz, tal y como se había puesto por escrito. Había otros que aconsejaban que se despojara al Rey de una vez por todas, sin ninguna ceremonia. Otros más decían que había que llamar al señor de Normandía, su hermano, para que se firmara una paz que conviniera a todos los príncipes de Francia. Los que proponían esto pensaban que si esta paz se aceptaba el Rey podía permanecer prisionero, poniéndolo bajo vigilancia; que un señor tan grande como este no podría liberarse jamás, o malamente, de un ultraje parecido a éste. Y estuvo a punto de hacerse esto, al grado que vi como un hombre calzado con botas se disponía a partir con cartas dirigidas al duque de Normandía, que se hallaba en Bretaña esperando las instrucciones del duque. Este plan se vino abajo. El Rey hizo sus propuestas: ofrecía entregar como rehenes al duque de Borbón, a su hermano el cardenal, al contestable y otros, si la paz se concluía. Dijo que regresaría a Compiègne, declarándose en contra de los liejos y que haría que pagaran sus acciones. A los que el Rey designaba como rehenes lo tomaban de buena manera, al menos así lo decían en público (no se en privado, no lo creo). Seguramente el Rey los habría abandonado ahí y no hubiera regresado por ellos. Llegada la noche, que ya era la tercera, el duque ni siquiera se desvistió para acostarse (tal era su costumbre cuando se hallaba preocupado) y se acostó en la cama sólo dos o tres veces, después se ponía a caminar y yo lo acompañaba constantemente. En la mañana, el duque estaba furioso (más que antes) y amenazaba que estaba dispuesto a cometer algún acto de gravedad. No obstante, se mantuvo en la siguiente disposición: si el Rey juraba la paz y aceptaba ir con él a vengar al señor de Lieja (que era su pariente cercano) se daría por satisfecho. De golpe fue a reunirse con el Rey para comunicarle estas condiciones.

El Rey tenía un amigo que le advirtió sobre esto, asegurándole que no tenía nada por qué temer si aceptaba estos dos puntos,⁶⁰ y que si no los aceptaba se encontraría en grave peligro. Cuando se halló en presencia del Rey, la voz del duque temblaba; se hallaba abrumado y a

⁵⁹ Jean Balue fue el encargado de distribuir a los servidores del duque de Bourgogne 15,000 escudos, de los cuales se quedó una parte. *Vid. M. Forgeot, Jean Balue, cardinal d'Angers, 1895, p.63*

⁶⁰ Se está de acuerdo, desde hace mucho, en que tal amigo (discretamente mencionado) es el mismo Philippe de Commynes. La cartas de don consentidas a Commynes por Louis XI confirman (si necesidad hubiera) esta identificación. Dupont (ed.), *Mémoires*, v.3 "Preuves", p.12 N. del E. Fr.

punto de estallar en cólera. Hizo un esfuerzo para mantenerse calmado pero su voz y sus gestos eran feroces. Preguntó al Rey si estaba dispuesto a mantener el tratado que se había hecho antes y del que ya se habían puesto de acuerdo; le preguntó que si estaba listo para prestar su juramento. A lo que el Rey respondió que sí. En realidad, en lo que concernía al duque nada había de nuevo (o no gran cosa ni de más ni de menos respecto a lo que ya se había firmado en París) pero en cuanto al duque de Normandía, le iba mucho mejor, ya que se acordaba que el renunciaría al ducado de Normandía en pos de la Champaña, la Brie y algunos lugares vecinos, que compartiría.

Después de esto el duque le preguntó al Rey si estaba dispuesto a acompañarlo a Lieja, para vengarse de la traición de los liejos bajo instigación del Rey. Igualmente le habló del parentesco con el que estaba ligado al obispo de Lieja, ya que este último pertenecía a la casa de los Borbón. El Rey le respondió que una vez que la paz fuera firmada (lo que en verdad deseaba) él lo acompañaría de buena gana a Lieja, trayendo a su ejército en número que satisficiera al duque. Aquellas palabras llenaron de alegría al duque, y tan pronto se dijo esto, se hizo traer la verdadera cruz de Carlomagno, llamada la Cruz de la Victoria, sobre la cual los dos juraron la paz. En seguida sonaron las campanas en la ciudad y todo el mundo se halló lleno de alegría. Después el Rey me honró con gusto al decir que yo le había servido mucho en esta circunstancia. Al instante, el duque le mandó estas noticias por escrito a Bretaña, asimismo, envió una copia del tratado, donde se decía que no rompía ninguna alianza que hubiera firmado con ellos, ni mucho menos los abandonaba. En esto, monseñor Carlos recibía una parte importante, puesto que en el tratado firmado un poco antes, no le había quedado más que una pensión, como ya lo ha leído.

Capítulo 10

Expedición contra Lieja

A la mañana siguiente de que esta paz fue hecha, el Rey y el duque fueron para Cambrai, y de ahí al país de Lieja. El clima no era bueno, era la época en que el invierno estaba entrando. El Rey traía consigo a los escoceses de su guardia y algunos pocos guerreros, alrededor de trescientos hombres de armas que había hecho venir. El ejército del duque estaba repartido en dos partes, una comandada por el mariscal de Borgoña (de quien he hablado más arriba) en la que se hallaban todos los borgoñeses y los señores de Saboya, un gran número de gentes del

Hainaut, de Luxemburgo, de Namur, y de Limburgo. La otra parte la comandaba el mismo duque. Cuando se acercaron a la ciudad se tuvo consejo en presencia del duque. Algunos eran de la opinión de que bastaba mandar una parte del ejército, tomando en cuenta que se habían arrasado en año anterior las puertas y murallas de la ciudad, y que estos no podrían contar con ningún tipo de seguridad; además, decían, que el Rey se encontraba ahí en persona contra los liejos, y que procedía prácticamente de acuerdo con lo que los borgoñeses habían pedido.⁶¹ Esta propuesta no le complació mucho al duque (una buena decisión, teniendo en cuenta que nunca hubo otro hombre tan cerca de perderlo todo). Las sospechas que guardaba respecto al Rey le hicieron tomar este sabio partido. Los que compartían esta opinión estaban engañados al creer que eran muy fuertes, esto era una forma muy alta del orgullo o de la locura. Muchas veces escuché este tipo de discursos. A veces es la manera de hablar de los capitanes que se comportan así para que se les reconozca su valentía, o simplemente porque son ignorantes y no conocen su trabajo. Sin embargo, cuando los príncipes son sabios no hacen caso de estas cosas. El Rey, nuestro amo (que Dios lo perdone) entendía bien estos asuntos, desconfiaba y era cauteloso con todo lo que hacía,⁶² pero cuando lo hacía estaba tan preparado para cualquier cosa que se presentara, que nunca fallaba en demostrar su supremacía y ejercer con dominio su oficio.

Así se ordenó al mariscal de Borgoña, y a todos de los que he hablado, que se colocaran en la ciudad. Y que si los liejos se rehusaban que se forzara la entrada, si esto fuese posible (había habitantes de la ciudad que iban y venían para negociar). El ejército del mariscal llegó a Namur y a la mañana siguiente llegó el Rey y el duque, al mismo tiempo que el mariscal partía. En el momento en que se acercó el ejército de Borgoña a la ciudad, algunos habitantes salieron y se colocaron frente a este. La mayoría de ellos sufrió una derrota y el resto se retiró. En el desconcierto el obispo de la ciudad escapó y llegó con nosotros. Había ahí un legado pontificio del papa⁶³ que había sido enviado para hacer las paces e informar sobre la situación que oponía al obispo y el pueblo (ya que todavía se encontraban bajo excomuni3n por los

⁶¹ La influencia de los hermanos de Louis de Bourbon: el arzobispo de Lyon, Charles de Bourbon, el duque de Bourbon, Jean II y Pierre, señor de Beaujeu, sin duda fue decisiva para la participaci3n de Louis XI en el ataque a Liège. Estos se hallaban presentes al lado del rey. Vid. R. Vaughan, *Charles the Bold*, p.30-31; J.-M., Cauchies, *Louis XI et Charles le Hardi*, p. 30. N. del E. Fr.

⁶² Con la noci3n de temor viene a ligarse otra idea que es la del cálculo. Esta última se vincula con el temor por la constataci3n de que puede deshacerse del temor. El memorialista propone de cierta manera que hay un remedio del temor que es el “temor útil”. N. del E. Fr. Lo que se nota en esta definici3n del oficio de un príncipe es el requisito de que sea un “estadista”. N. del T.

⁶³ Onofrio de Santa Croce, obispo de Tricarico. Fue enviado por el papa Pablo II como mediador entre el prelado liejo y los habitantes. Es autor de una memoria sobre los acontecimientos locales de la época. N del E. Fr.

ultrajes que he señalado).⁶⁴ Este legado en realidad abusaba de su autoridad con la esperanza de convertirse en el obispo de la ciudad. Por ello incitaba al pueblo a tomar las armas y a defenderse, cometiendo todo tipo de locuras.⁶⁵

Cuando el legado vio el peligro en el que la ciudad se hallaba emprendió la huida, no obstante fue capturado con toda su tropa (compuesta por alrededor de veinticinco jinetes bien equipados). Cuando el duque se enteró de esto, mandó decir a los que se habían apoderado de este prelado que se lo llevaran sin decir nada y que hicieran su voluntad con él, como si se tratase de un mercader cualquiera; ya que si el asunto se hacía público, él no podía retenerlo y tendría que liberarlo por deferencia a su puesto apostólico. Aquellos no supieron cómo manejar el asunto, dividiéndose. A la hora de la comida los que pretendían estar interesados en esta situación fueron a ver al duque públicamente; el duque les arrebató el prelado y lo puso bajo su protección; le hizo la mejor recepción posible, devolviéndole todo lo que le pertenecía.

La gran cantidad de gente que se encontraba en la vanguardia conducida por el mariscal de Borgoña y monseñor de Humbercourt se plantó directamente en la ciudad, pensando entrar en ella. Arrastrados por la codicia, estos señores prefirieron pillar la ciudad antes de buscar cualquier acuerdo que les fuera propuesto. Pensaron que no era necesario esperar al Rey y al duque de Borgoña, quienes se encontraban siete u ocho leguas detrás. De esta manera, al mismo tiempo que caía la noche, penetraron una de las puertas de la ciudad que habían demolido un poco. La oscuridad de la noche los sorprendió pero no se detuvieron a discutir. No habían hecho ningún campamento, ni habían elegido lugar propicio para la batalla, así pasó que se desató un gran desorden. Unos se iban, otros llamaban a sus amos o a sus compañeros y gritaban los nombres de sus capitanes. Messire Juan de Wilde y otros capitanes de los liejos se dieron cuenta de esta situación y retomaron valentía, sacando provecho de su debilidad, es decir de las murallas que estaban derrumbadas, saliendo a voluntad a través de ellas. Pasando las brechas de los muros se aventaban contra el primero que encontrasen, después pasando las viñas y las colinas se dirigieron contra los lacayos y los pajes (que se encontraban en los extremos de la ciudad) además de encontrarse con gran cantidad de caballos que también mataron. Muchos huyeron (ya que la noche no conoce la vergüenza) sin embargo alcanzaron a matar alrededor de ochocientas personas, entre las cuales se hallaban

⁶⁴ El legado había retirado la sentencia de excomuni3n a los liejos el 8 de mayo precedente.

⁶⁵ En los ap3ndices de su obra G. Kurth contradice las dos acusaciones que Commynes lanza en contra del legado. *La cit3 de Li3ge au Moyen 4ge*, Bruxelles, Li3ge, 1904-1910, t.III, p. 370-371.

una centena de hombres de armas.

Los bravos y valientes soldados de esta vanguardia eran casi todos hombres de armas de buen linaje y se mantuvieron juntos, se dirigieron con sus banderas directamente a la puerta, previniéndose que los liejos no salieran por ahí. Las continuas lluvias hacían que el terreno estuviera lodoso, de suerte que los hombres de armas se enlodaron por encima de sus tobillos, todos yendo a pie. En algún momento el resto del pueblo pensó en salir por la puerta trayendo consigo grandes linternas que proyectaban una fuerte iluminación. Los nuestros, que estaban cerca y traían cuatro piezas de buena artillería, tiraron dos o tres golpes de cañón al alineamiento que salía de la “gran calle”, matando a muchos de los que estaban ahí, haciendo que se retiraran y volviesen a cerrar la puerta. El combate continuó a lo largo de las afueras de la ciudad. Los que estaban afuera, cerca de la ciudad, se hicieron de algunos carruajes en los que se protegían, resistiendo bien el ataque poco vigoroso de los liejos; no obstante, el combate fuera de la ciudad duró de las dos a las seis de la mañana. A pesar de ello, cuando el alba despuntó y pudieron verse bien los unos a los otros, a nuestro ejército se le logró echar para atrás. Juan de Wilde fue herido durante estos combates y murió dos días después dentro de la ciudad, así como uno o dos de sus otros jefes.

Capítulo 11

Sitio de Lieja

Aunque las salidas sean algunas veces muy necesarias, es verdad que estas son muy peligrosas para quien defiende un sitio fortificado; la pérdida de diez hombres les cuesta a los defensores lo que cien hombres a los que asedian, ya que su número nunca es igual y no pueden reponer hombres como quisieran. El duque de Borgoña se hallaba alojado a tres o cuatro leguas de la ciudad, cuando recibió la preocupante noticia, anunciándole que la batalla había sido una derrota total. Él y todo su ejército montaron sus caballos, ordenando no decirle nada de esto al Rey. Más tarde, acercándose a la ciudad, el duque se enteró que la cosa no estaba tan mal y que no había tantos muertos como se había pensado (sólo un hombre de reputación había perecido: un caballero de Flandes llamado monseñor de Sengnière) pero que la gente de valor que se hallaba ahí estaba en una situación difícil, por no decir deplorable. Toda la noche había estado de pie combatiendo en la puerta de sus enemigos entre el lodo. Algunos soldados que habían huido decidieron regresar, pero se hallaban descorazonados, no

era posible exigirles ninguna hazaña. Los que estaban ahí rezaban a Dios para que el duque llegara pronto y con eso hiciera replegar a los defensores de la ciudad, y les enviara víveres, pues ya no había nada. Sabiendo esto, el duque hizo enviar doscientos o trescientos jinetes, para que fueran rápido hacia ellos y les dieran apoyo, víveres y un poco de valor. Los que habían hecho el sitio de Lieja llevaban dos días y una noche sin comer ni beber (exceptuando a los que habían llevado sus propias botellas) además que sufrían del peor tiempo que pudiera haber. Asimismo les era imposible salir de ahí si el duque no llegaba y atacaba por otro lado a los liejos. Había numerosos heridos, entre ellos el príncipe d'Orange, quien he olvidado nombrar pero que se mostró como un valiente hombre, puesto que no quiso moverse de ahí en ningún momento. Monseñores Du Lau y D'Urfé igualmente se habían mostrado valientes. Más de dos mil hombres habían emprendido la huida la noche precedente.

Fue en el momento en que caía la noche cuando el duque se enteró de todo esto. Después de hacer las diligencias de las que he hablado más arriba, se dirigió con el Rey para comunicarle la situación. El Rey se mostró contento (la reacción contraria hubiera podido molestar al duque). Pronto nos acercamos a las afueras de la ciudad, ahí convergieron un buen número de buenos guerreros y hombres de armas con sus arqueros, y se instaló el campamento. Al bastardo de Borgoña se le había asignado una parte importante del ejército, así como al señor de Ravastin, el conde de Roussy, hijo del contestable; así como a otras gentes de bien. El campamento se instaló sin dificultad en las afueras de la ciudad, casi al ras de la puerta que habían reparado los liejos. El duque se instaló en medio del campamento; el Rey, por su parte, rodeado de sus hombres y algunos de los del duque, se instaló en una granja o cortijo, muy bien construida, que se hallaba a un cuarto de legua de la ciudad.

Los alrededores de la ciudad de Lieja están repletos de montañas y valles. Es atravesado por el río de La Meuse, haciendo que sea un país muy fértil. En este tiempo era una ciudad bastante poblada y puede que tuviera la misma importancia que Ruán. Era corto el camino entre la puerta donde nos habíamos instalado y la puerta en la que se hallaba nuestra vanguardia, sin embargo, por fuera de la ciudad se hacían tres o cuatro leguas, a causa de los pantanos y los malos caminos. Además, ya había llegado el invierno. Sus murallas estaban derrumbadas y podían pasar por donde quisieran. Tenían unas zanjas parecidas a unos fosos, pero ninguna fosa profunda, ya que el suelo era de roca sólida.

La primera noche que nos instalamos a las afueras de la ciudad, nuestra vanguardia por los menos tuvo un respiro, ya que las fuerzas con las que habían peleado ahora se dividían en dos.

Hacia media noche corrió una alarma. Pronto, el duque salió a la calle, seguido por el Rey y el contestable, que llegaron de lejos con presteza. Algunos gritaban que venían por la puerta, otros decían cosas verdaderamente enloquecidas; la noche oscura y el mal tiempo ayudaban a espantar a la gente. Al duque de Borgoña no le faltaba coraje pero carecía de orden, y en verdad no tenía el comportamiento que se esperaba por los que estaban ahí (incluyendo al Rey). El Rey tomó la iniciativa de dirigir y dar las órdenes, diciéndole a monseñor contestable: “Vaya en aquella dirección con sus hombres, puesto que si ellos salen, deben hacerlo por aquel camino”. Al verlo hablar con tanto aplomo verdaderamente daba la impresión de un Rey de gran coraje y buen sentido, que se había enfrentado en el pasado a estas situaciones. No obstante, no pasó nada, se trataba de una falsa alarma y el Rey y el duque regresaron a sus respectivos alojamientos.

A la mañana siguiente el Rey fue a alojarse a las orillas de la ciudad, en una pequeña casa que se hallaba contra la casa del duque. Su guardia de cien escoceses y gente de armas se habían alojado en un pueblo cerca de ahí. El duque de Borgoña desconfiaba de esta actitud, temía que el Rey entrara en la ciudad antes que él o que huyera antes de que se tomara la ciudad, o incluso que tratara de atacarlo ahí mismo aprovechándose de la proximidad que los separaba. No obstante, estaban separados por una granja de grandes dimensiones en la que se instalaron cien hombres de armas (toda la flor de la casa del duque). Estos habían demolido las paredes de la granja para salir más fácilmente llegado el caso, pero también para no quitarle de encima la vista a la casa contigua del Rey. Esta farsa duró ocho días (el octavo la ciudad fue tomada) sin que nadie se deshiciera un momento de sus armas, ni el duque ni los demás.

En la víspera se había decidido que se atacaría al día siguiente, el domingo treinta de octubre de 1468. Se acordó que se le daría una señal a la vanguardia para comenzar, al tirar dos golpes de cañón y dos grandes serpentines seguidamente, y así lanzar intrépidamente el ataque, alrededor de las ocho de la mañana. Igualmente, se decidió que esa noche el duque y su gente, sobre todo la que estaba en la granja, se quitarían su armadura para descansar antes de la batalla. Poco después, como si estuvieran al tanto, los de la ciudad decidieron salir por la puerta en la que nos habíamos apostado, de la misma manera que lo habían hecho por la otra.

Capítulo 12

Salida de los Liejos

Ahora bien, obsérvese cómo un gran príncipe, tan poderoso, puede caer sombríamente en un infortunio, aún por la acción de un pequeño número de enemigos. Esta es la razón por la que se deben calcular bien todas las decisiones y discutir con calma cualquier empresa antes de proceder. En la ciudad no había ningún hombre de guerra, exceptuando a los que venían de los alrededores. No tenían ni caballeros ni gentilhombres (los pocos que habían estaban muertos o se hallaban heridos) y no tenían ni puertas, ni murallas, ni fosas; tampoco alguna pieza de artillería importante. No había más que la población de esta ciudad y setecientos u ochocientos soldados de infantería que venían de una pequeña montaña que se hallaba detrás de Lieja, llamada el país de Franchimont. Todos los que viven en esta región siempre han tenido reputación de ser valientes, y viendo que no podían contar con ninguna ayuda, y que el Rey en persona estaba en contra de ellos, decidieron tomar todos los riesgos (sintiéndose perdidos) y salir en masa contra nosotros. Decidieron que la gente de Franchimont saldría en número de seiscientos (los mejores entre ellos) por las brechas que había entre sus murallas, por detrás del alojamiento del duque de Borgoña. Tenían como guía al dueño de la casa donde estaba el duque y pretendían aproximarse hacia esta, sin hacerse notar ni hacer ruido, deslizándose por las cavidades de una planicie rocosa. Y aunque esperaban encontrarse con centinelas en el camino, contaban con que los matarían o se acercarían a la casa tan rápido como ellos. Confiaban en que los dos propietarios los llevarían directamente a sus casas, donde los príncipes se hallaban alojados, y que no perderían tiempo afuera. Pensaban que si llegaban rápido podrían matar a los que estaban ahí y apoderarse de ellos antes de que la gente se ordenara. Y que en el peor de los casos no había un largo camino para regresar pero que si debían morir en esta empresa lo aceptarían de buena gana; ya que de todas maneras se veían completamente derrotados, como ya lo he dicho. Por otra parte, ordenaron que todo el pueblo saliera por la puerta que daba sobre la gran calle de nuestro campamento, haciendo gran barullo, con la esperanza de sorprender a los que se hallaban ahí. No esperaban una gran victoria sino un glorioso fin. Incluso si hubiesen tenido ahí mil hombres de gran valor, su empresa habría sido difícil, no obstante, faltó poco para que cumplieran sus metas.

No eran ni las diez de la noche y, tal y como lo habían decidido, los seiscientos hombres de Franchimont salieron por las brechas de las murallas, matando a la mayor parte de los

centinelas, entre ellos tres gentilhombres de la casa de Borgoña. Y si hubieran ido derecho, sin hacer ruido, hasta donde querían llegar, hubieran matado a los dos príncipes sin dificultad, todavía en sus camas. Detrás del alojamiento del duque había una tienda de campaña, en la que estaba acostado el que hoy es el duque de Alençon junto con monseñor de Craon, quienes hicieron una barricada y dieron golpes de pica a través de ella, matando a un paje. Este alboroto despertó a un grupo de guerreros, quienes dejaron sus tiendas de campaña para ir a las habitaciones del Rey y del duque. En la granja contigua al alojamiento del duque, de la que he hablado, se habían puesto trescientos hombres de armas. Ahí los liejos perdieron tiempo, puesto que los que estaban ahí, a pesar de haberse desarmado unas pocas horas antes, se levantaron y dieron golpes de pica, a través de los agujeros hechos en las paredes, a los que llegaban. Algunos se habían puesto sus armaduras a causa del ruido que se había hecho en la tienda del duque de Alençon. Lo que realmente fue la razón de que se salvaran estos dos príncipes, ya que este retraso le dio tiempo a muchos hombres de armarse y salir a la calle. Yo estaba acostado en la recámara del duque de Borgoña (que era muy pequeña) con dos gentilhombres. Arriba de nosotros solamente se encontraban una docena de arqueros, que estaban ahí para hacer la guardia, y jugaban a los dados cuando ocurrió todo esto. La gran escolta del duque se hallaba lejos de ahí, apostados en la puerta de la ciudad. El dueño de la casa del duque guió a una tropa de liejos hasta ahí y comenzaron a asediar la casa. Todo esto pasó tan rápido que apenas y pudimos ponerle la armadura y casco al duque. En seguida bajamos las escaleras con la intención de salir a la calle, donde nos encontramos con nuestros arqueros ocupados en defender la puerta y ventanas que atacaban los liejos. Había un estrépito impresionante en la calle, unos gritaban: “¡Borgoña!”, otros: “¡Viva el Rey!” y otros: “¡Maten!”. Nos quedamos junto a la puerta el tiempo de dos padres nuestros, antes que los arqueros pudieran salir de la casa, y nosotros con ellos. No sabíamos con quién o en qué estado se encontraba el Rey, lo que nos preocupaba mucho. En el momento en el que salimos de la casa nos encontramos con gente que luchaba alrededor de nosotros, lo que duró un instante, ya que cada vez llegaba más gente a la casa del duque. El primero de los liejos que murió fue el dueño de aquella casa (no murió instantáneamente en el campo de batalla puesto que después lo escuché hablar) después se mató a todos o casi todos. Guiados por el dueño de la casa donde se hallaba el Rey, los liejos habían atacado igualmente ahí. El Rey fue defendido por los valientes Escoceses, quienes no se separaron ni una pulgada del Rey, tirando una cantidad considerable de flechas (que mataron a más borgoñeses que liejos). En

cuanto al pueblo que pretendía salir por la puerta que daba a nuestro campamento, hallaron ahí a un número importante de gente que se había reagrupado y que los hicieron retroceder rápidamente, además de que se mostraron menos enérgicos que los otros.

Después que se les hizo replegarse, el Rey y el Duque se reunieron. Viendo tantos muertos, temían que fueran bajas de sus ejércitos, sin embargo, fueron pocos los que murieron de nuestro lado, aunque sí hubo muchos heridos. Y en verdad que si los liejos no hubieran perdido tiempo en la granja que les resistió y hubieran seguido a sus guías, sin duda hubieran matado al duque y al Rey, y en seguida hubieran puesto en confusión a todo nuestro ejército. Los dos señores se retiraron a sus alojamientos, estupefactos por la temeridad de estas acciones. Después tuvieron consejo para saber que se haría respecto al ataque concertado para el día siguiente. El Rey temía que si el duque no pudiera tomar la ciudad, él mismo tendría que pagar, igualmente, el precio de su derrota, además de que correría el riesgo de caer prisionero. Por su parte, el duque temía que si dejaba ir al Rey, este podría hacerle la guerra viendo tales circunstancias. Vea cuál es la miserable condición de los príncipes que no pueden confiar el uno en el otro. Estos dos habían firmado la paz definitiva quince días atrás, prestando su juramento de honor. Sin embargo, ahí estaban y no podía haber confianza posible entre ellos.

Capítulo 13

Captura y saqueo de Lieja

Una hora después de haberse retirado a su alojamiento, el Rey (con el fin de aplacar sus temores) llamó a algunos servidores del duque, que habían estado momentos antes en la reunión, para preguntarles que es lo que se había decidido. A lo que le respondieron que la decisión que se había tomado era atacar la ciudad por la mañana de la manera que se había convenido originalmente. El Rey expresó su temor de atacar la ciudad, en lo que estuvieron de acuerdo los consejeros de duque, ya que todos temían este ataque a causa de la gran población que se hallaba dentro de la ciudad y la gran audacia de los liejos, que habían manifestado hace apenas un par de horas. Estuvieron de acuerdo en que sería mejor esperar algunos días y obtener una rendición por parte de los de la ciudad. Los consejeros entregaron este mensaje al duque, comunicándole las reservas que el Rey tenía respecto a este ataque (atribuyéndole todo al Rey, sin involucrarse ellos mismos, por temor a la reacción del duque). Lo que el duque

tomó de mala gana, respondiéndoles que el Rey hacia esto para salvar a los liejos y que las cosas no serían así; que no había ya más murallas ni puertas que se pudieran bombardear; que era el momento oportuno para atacar y no se postergaría más. Les dijo que si al Rey le placía podía esperarlo en Namur mientras se tomara la ciudad, que no veía ningún problema en ello pero que debía esperarlo ahí hasta que se terminara el asunto. Esta respuesta no gustó mucho a los que se hallaban presentes, sin embargo, se le envió este mensaje al Rey (no con las palabras brutales del duque sino en términos más diplomáticos). Este escuchó tranquilamente y dijo que no quería ir a Namur, que al otro día se encontraría con los otros. Mi opinión es que si el Rey hubiera querido irse aquella noche lo hubiera podido hacer sin problemas, ya que con él se encontraban cien arqueros y un poco más lejos se hallaban trescientos hombres de armas suyos. Pero sin duda, si su honor se jugaba en ello, no hubiera aceptado jamás que se le tachara de cobarde.

Esa noche todo mundo descansó un poco en espera de la mañana; todos seguían armados; algunos se confesaron, pues lo que estaba por pasar era incierto. Cuando llegó la hora del ataque (las ocho de la mañana como se había previsto) el duque hizo tirar los dos golpes de cañón seguido de las serpentines para advertir a la vanguardia de la entrada. Estos escucharon la señal y se colocaron en posición para el asalto. Las trompetas del duque comenzaron a sonar y las banderas (seguidas por aquellos que debían acompañarlas) se aproximaron a las murallas de la ciudad.

El Rey se hallaba a mitad de la calle acompañado por sus trescientos hombres de armas y su guardia personal, así como por algunos gentilhombres de su casa. Así llegó el momento de entrar y cuando esperábamos encontrarnos cuerpo a cuerpo con los liejos nos sorprendimos de no hallar ningún defensor. No había más que tres o cuatro hombres que estaban ahí; los demás habían ido a comer. Creían que por ser domingo no se les intentaría atacar, y así encontramos a todos en sus casas con el mantel puesto. El pueblo es poca cosa si no es conducido por un líder a quien respeten y teman, en ese caso, hay momentos en los que su furia es digna de miedo.

Así pasó que los liejos ya estaban derrotados antes del asalto a su ciudad; habían tenido muchas pérdidas después de sus dos salidas y todos sus jefes estaban muertos. También se hallaban agotados a causa del esfuerzo físico que habían soportado durante estos ocho días, pues habían tenido que hacer vela en razón de que se hallaban descubiertos, como lo he dicho. Y creo que se imaginaban que iban a tener un buen descanso por ser domingo; pero les

sucedió lo contrario. No había persona alguna para defender la ciudad por donde nosotros entrábamos y mucho menos del lado de los borgoñeses que constituían nuestra vanguardia. Estos entraron antes que nosotros, matando pocas gentes. El pueblo se había ido más allá del puente de la Meuse, hacia los Ardennes, y de ahí hacia diversos lugares en los que pensaban hallarse seguros. Donde estábamos nosotros, no recuerdo haber visto más que tres hombres y una mujer muertos. En total no murieron ahí más de doscientas personas; el resto se echó a la fuga o se escondió en sus casas y las iglesias. El Rey caminaba a gusto, viendo que no había ninguna persona que quedara ahí y que todo el ejército ya había entrado por ambos lados a la ciudad (creo que en total había cuarenta mil hombres). El duque, que se había adentrado más en la ciudad, regresó con el Rey, a quien condujo hasta el palacio y en seguida a la iglesia de Saint-Lambert, donde había gente de él que quería forzar las puertas para apoderarse de la gente y los bienes que hubiera adentro. A pesar de que el duque había mandado a gente de su casa para controlarlos no fue suficiente, y vi cómo cuando él llegó mató a alguien por su propia mano. Todo el mundo se dispersó y la iglesia no fue pillada sino hasta después.

La mayoría de las iglesias se pillaron bajo el pretexto de obtener prisioneros. En esta ciudad las iglesias se encuentran en gran cantidad, y yo mismo escuché decir al señor de Humbercourt que ahí se celebran la misma cantidad de misas que en Roma; yo sólo tuve la oportunidad de entrar a la iglesia principal. Mucho tiempo después, el papa amenazó con excomulgar a todos aquellos que no restituyeran los bienes de las iglesias de aquella ciudad. Así, el duque envió comisarios a todos los países, ejecutando la orden del papa.

De esta manera, la ciudad fue tomada y pillada. Hacia mediodía el duque regresó al palacio. El Rey que se hallaba ahí, expresando su gran alegría por la toma de la ciudad y exaltando la gran valentía del duque, diciéndole que le sería bien recompensada. El Rey no tenía otro deseo más que de regresar a su reino. Después de la comida el Rey y el duque se reunieron mostrándose gran simpatía. Y si el Rey hacía alabanzas de las hazañas del duque a sus espaldas, las celebraba aún más en su presencia, lo que al duque le satisfacía mucho.

Regreso a este pobre pueblo que emprendió la huída, con el fin de confirmar algunas cosas que he dicho al principio de estas Memorias. He hablado de los males que acompañan una derrota (o una pérdida de menor importancia). Esta miserable gente huía a través de los Ardennes con todo y sus mujeres y niños. Un caballero de su país, que hasta ese día había estado de su parte, se encontró con toda una tropa de ellos y los detuvo, con el fin de obtener el favor del vencedor. Así fue, este le escribió al duque diciéndole lo que había hecho

(exagerando el número de muertos y prisioneros) llegando a tener un acuerdo con él. Otras personas huyeron hasta Mézières sur la Meuse (que es parte del reino) donde se detuvieron a dos o tres de los jefes de sus bandas, entre ellos uno que se llamaba Madoulet, y se les llevó con el duque, quien los hizo morir. Algunos murieron de hambre, de frío y de falta de sueño.

Capítulo 14

La destrucción de Lieja

Cuatro o cinco días después de la toma de esta ciudad, el Rey comenzó a hablar con algunos consejeros del duque que tenía por amigos con el fin de obtener todas las precauciones para irse. También le hablaba con mucho tacto al duque, diciéndole que si tenía necesidad de él no dudara en utilizarlo, pero que si no había nada más por hacer, deseaba irse a París con el fin de publicar el tratado de paz al Parlamento, como era la costumbre de su reino, de otra manera el acuerdo sería nulo (no obstante el poder de los reyes en la materia está lejos de ser desdeñable). Además le pedía al duque que se reunieran de nuevo en verano para pasar un mes en Borgoña en la mejor disposición. Al final, a pesar de que el duque refunfuñaba todo el tiempo, este aceptó que se fuera, haciendo que se leyera una última vez el tratado de paz frente al Rey y a él, preguntándole si había alguna cosa que no le pareciera, diciendo que aún podía aceptar o rechazar el tratado y ofreciéndole sus disculpas por haberlo llevado hasta Lieja. Además de ello preguntó al Rey si aceptaba que se incluyera un párrafo a favor de los señores Du Lau, D'Urfé y de Poncet de Rivière, respecto a sus tierras y sus títulos con el fin de ser restituidos como estaban antes de la guerra. Esta solicitud no le gustó nada al Rey, ya que estos señores no eran sus aliados como para ponerlos en este tratado, y menos porque reconocían solamente al monseñor Carlos como su soberano. El Rey respondió inteligentemente al duque diciendo que estaría contento de incluirlos en aquel tratado si él incluía las mismas disposiciones a favor de monseñor de Nevers y de monseñor de Croÿ. El duque se calló, el Rey le había respondido hábilmente, puesto que el duque odiaba tanto a estos dos que nunca podría haber aceptado tal acuerdo. Respecto a todos los demás puntos el Rey respondió que no había que cambiar nada, que confirmaba lo que se había jurado en Perona. Así pues, se convino en que el Rey podía partir, y el duque lo despidió acompañándolo una media legua fuera de la ciudad. Ya en el momento en que se separaban el Rey le preguntó al duque: "Si por azar mi hermano de Bretaña no estuviera de acuerdo con las

tierras que le doy a compartir para complacerlo a usted ¿qué cosa quisiera usted que yo hiciese?” a lo que el duque respondió sin pensar: “Si no quiere tomar estas tierras pero usted logra que quede satisfecho, me remito a la voluntad de ustedes dos”. De esta pregunta y de esta respuesta se desataron muchas cosas, como lo verá más adelante. El Rey se fue así de buena gana, escoltado por monseñores Des Cordes y de Aimeries (gran baile de Hainaut) hasta las afueras de las tierras del duque.

El duque se quedó en la ciudad. Es verdad que esta ciudad fue tratada después con crueldad, pero igualmente es cierto que esta había sido cruel contra los sujetos del duque, cometiendo toda suerte de exacciones. Desde el tiempo del abuelo del duque, nunca había cumplido con sus compromisos ni con los acuerdos que se habían firmado entre ellos. Esta era la quinta vez⁶⁶ que el duque venía en persona para hacer la paz con ellos, que siempre terminaban rompiendo un año después. Esta ciudad había sido excomulgada durante muchos años por las crueldades que habían cometido contra su obispo, además de que nunca habían aceptado las órdenes de la Iglesia ni tenían respeto alguno por ella.

Cuando el Rey se fue, el duque decidió ir con una pequeña tropa a Franchimont, que está un poco más allá de Lieja⁶⁷ (una tierra llena de montañas y bosques) el lugar de donde venían los guerreros de los que he hablado. Antes que partiera de la ciudad se hizo ahogar a un gran número de prisioneros que se habían escondido en sus casas a la hora del asalto a la ciudad. Además, se decidió quemar esta ciudad, que siempre estuvo poblada. Se dijo que sería quemada en tres momentos; para ello se designó a tres o cuatro mil soldados de infantería traídos de Limburgo, que eran los vecinos de estos liejos y tenían las mismas costumbres y la misma lengua. Primero se destruyó un puente muy grande que atravesaba la Meuse. Después se encargó a un gran número de gentes que protegiera las casas de los canónigos alrededor de la gran iglesia, de manera que pudieran permanecer como un lugar para el servicio divino. Igualmente se designó gente para la protección de las iglesias. Hecho esto, el duque se fue a Franchimont. Desde que partió de aquella ciudad se vio el fuego prendido en un gran número de casas del otro lado del río. El duque se instaló a cuatro leguas de ahí, sin embargo, fue espantoso escuchar en la noche el ruido de las casas que se hundían y desmoronaban por el fuego. Nosotros nos hallábamos a cuatro leguas y podíamos escucharlo como si estuviéramos ahí. No sé si fuera por el viento, que producía este efecto o porque estábamos alojados cerca del río.

⁶⁶ En realidad era la tercera vez. N. del E. Fr.

⁶⁷ Al sur-este de Liège. N. de. E. Fr.

El duque partió al otro día. Los que se quedaron en la ciudad continuaron con el trabajo de destrucción que se les había encargado. Todas las iglesias (o casi todas) fueron conservadas, así como alrededor de trescientas casas para alojar a la gente de la Iglesia. Esto fue una de las razones por las que la ciudad se repobló rápidamente, ya que mucha gente fue a vivir ahí con los clérigos. Por causa de las heladas y el frío, la mayoría de la gente que venía con el duque tuvo que ir a pie hasta Franchimont; allá no hay más que pueblos dispersos y ninguna ciudad cerrada. El duque se alojó cinco ó seis días en un pequeño valle de un pueblo llamado Polleure. El ejército se dividió en dos cuerpos para arrasar mejor al país. Se acorraló a la población en los grandes bosques, donde se escondían con sus bienes, se mataron a varios y se tomaron muchos prisioneros; los hombres de guerra amasaron un botín importante.⁶⁸ Ahí vi cosas increíbles causadas por el frío: un gentilhombre que perdió un pie, un paje a quien se le cayeron dos dedos de la mano, una mujer muerta junto con su hijo que acababa de nacer. Durante tres días se cortó en pedazos, a golpe de hacha, el vino que el duque daba a quien lo pidiera; ya que este se hallaba congelado en los toneles y debían romperse los pedazos de hielo para que después la gente lo pudiera meter en un sombrero o en una cesta, y así tomarlo. Podría contar muchas más cosas extraordinarias que nos pasaron, pero solamente diré que, después de haber estado ahí por ocho días, el hambre nos hizo huir precipitadamente hacia Namur y de ahí a Brabante, donde se recibió muy bien al duque.

Capítulo 15

La herencia de Carlos de Francia

Después de dejar al duque, el Rey fue a su reino lleno de alegría. No guardó ningún rencor en contra del duque por las condiciones que se le habían puesto en Perona y en Lieja, al contrario, parecía soportarlo todo pacientemente. Aquello de lo que he hablado en las páginas precedentes no es la causa verdadera de la larga guerra que se desató después entres los dos (al menos no fue la causa inmediata) aunque haya podido contribuir a ello. El tratado que se

⁶⁸ El relato de Haynin (*Mémoires de Jean de Haynin, sire de Haynin et de Louvignies, 1465-1477*, ed. de D.D. Brouwers, Liège, 1905, t.II, p. 84-85) no difiere mucho de la versión de Comynnes sobre las condiciones con las que se llevó a cabo la campaña por el duque en contra de Franchimont (condiciones climáticas, observaciones de orden geográfico, táctico, etc.). El estruendo con el que se destruyó la ciudad de Liège y las atrocidades cometidas por el duque fueron considerables, sobre todo con las poblaciones de las ciudades de Alemania occidental, Aix y Colonia, en particular, en la cuales las prevenciones respecto al duque no dejaron de crecer. Diez años más tarde, Carlos el Temerario pone sitio a la ciudad de Neuss, con un ejército formidable, sin que la historia se haya repetido. Las ciudades eran el principal obstáculo del imperialismo borgoñés. *Vid.* Vaughan, *Charles the Bold*, p. 37, retomado también por J.-M. Cauchies, *Louis XI et Charles le Hardi*, p. 33)

firmó hubiera sido el mismo que si se hubiera firmado en París. Sin embargo, aconsejado por sus oficiales, el duque decidió que era tiempo de expandir sus fronteras. Además hubo algunas intrigas que reavivaron viejas querellas, de las cuales hablaré cuando sea el momento apropiado. Monseñor Carlos de Francia, el único hermano del Rey, y desde ahora duque de Normandía, estaba informado de este tratado de Perona y de la parte que el Rey debía entregarle. Pronto envió mensajeros con el Rey para pedirle que aplicara el tratado y darle lo que se le había prometido. El Rey también envió mensajeros con el mismo propósito, habiendo muchas idas y venidas de embajadores entre ellos. Asimismo, el duque de Borgoña envió sus embajadores con monseñor Carlos rogándole que no aceptara más que la Champaña y la Brie; decía el duque a Carlos que él había intervenido en este tratado para que pudiera obtener estos beneficios, demostrando así la afección que sentía por él, a pesar de que lo hubiera abandonado antes, pero que él no actuaría así, como quedaba demostrado. Le dijo que había nombrado al duque de Bretaña como su aliado. Además, le mostraba cómo la situación de la Champaña y de la Brie le era favorable a los dos, y que si el Rey tratase de engañarlo, de un día para otro podía contar con el socorro de la Borgoña, ya que los dos países son limítrofes. Decía que compartir estos territorios tenía un gran valor que se verificaba en las alianzas y las ayudas que se pudieran dar, mientras que el Rey no tenía más que el homenaje que se le hacía y la autoridad de justicia.